MARINO Y MISIONERO

O EL

P. JULIÁN DE MADARIAGA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

MISIONERO EN LAS ISLAS MARIANAS,

CAROLINAS Y MARSHALL,

POR EL

P. VICENTE GUIMERÁ

DE LA MISMA COMPAÑÍA

SEVILLA, 1929

Imprenta y Librería de Eulogio de las Heras

Sierpes, 13

IMPRIMI POTEST
ANTONIUS REVUELTO, S. J.
PRAEP. PROV. BOETICAE.

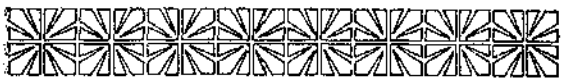
NIHIL OBSTAT
DR. SEVERUS DAZA
CENSOR ECC.

IMPRIMATUR
SEVILLA 26 DE MARZO DE 1928
E. CARDENAL ILUNDAIN
ARZOBISPO DE SEVILLA.

(ES PROPIEDAD).

A los fervorosos misioneros de la Misión de Marianas, Carolinas y Marshall, en testimonio de amor y veneración,

El Autor.



INTRODUCCIÓN

I

Cualquiera que en vísperas de la partida para las islas, centro de sus amores, se fijara en solas las apariencias de aquel misionero de figura modesta, de menos que mediano talle; oyera sus frías y lacónicas palabras; leyera en sus hundidos y casi mortecinos ojos un como aire de esquiva melancolía, y observara cierta como torpeza en todos sus movimientos exteriores, creería hallarse en presencia de un ser vulgar, de un hombre, como hay muchos, que víctima del desengaño y harto de sufrir a la sociedad en que viviera y de ser por ella sufrido, se desterraba voluntariamente del comercio humano para enterrarse, vivo aún, en los abismos de las soledades del inmen-

so Océano, para vivir allí, a sus anchas, a solas y sin testigos, con sus amigos, el desamor y el silencio. Y, sin embargo, muy otro era nuestro héroe el P. Julián de Madariaga en el momento histórico a que nos referimos.

Bajo un físico de poca robustez, encerraba una alma grande, grande como pocas. Sus labios destilaban a veces dulces hilos de sabrosa miel, soplaban en otras ligero polvillo de mostaza, rompían en ocasiones en chispas de luz o arrojaban carbones encendidos de fuego; pero de modo que, informados del espíritu de lo alto, vertían siempre néctar de caridad divina, aunque en más de una vez disfrazado con el ropaje del chiste y del gracejo. No hay artefacto mecánico que con más precisión mida la cuantía de una magnitud cualquiera, como mide el tierno niño o el fogoso adolescente los quilates del afecto con que es amado, al romperse el capullo de su corazón y al abrirse su alma, como fragante rosa, y recibir los primeros arrullos del céfiro del amor. El P. Julián de Madariaga, al partir para las misiones, no se llevaba el corazón, se lo dejaba hecho jirones y repartido entre los corazoncitos de sus adolescentes discípulos que le amaban con pasión, y que cual bandada de inocentes palomillas, a su vez, le siguieron amorosas a través de

dilatados mares, hasta más allá de los confines del Imperio del Sol naciente.

II

LA FAMILIA MADARIAGA.

Don Dionisio de Madariaga y Real de Asúa y doña Petra Rementería y Aldamiz, naturales, respectivamente, de Erandio y de Elanchove, poblaciones ambas enclavadas en el Señorío de Vizcaya, se unieron con el santo vínculo del matrimonio en Abando, hoy Bilbao, el día 26 de diciembre de 1868, en la iglesia de San Vicente Mártir.

Nueve hijos constituyen el fruto del cielo con que el Señor bendijo el hogar de tan cristianos caballeros. Tres de ellos, Juan, María Josefa y Leonardo, segados en flor, fueron en tiempos sucesivos tomando posesión en nombre de la familia, de los tronos de gloria que sin duda tiene el Señor a ella reservados, en los senos de la gloria. Otros tres, dedicados a los negocios, sirven a Su Divina Majestad en la ciudad de Bilbao: doña Presentación, esposa que fué de don José Terán, y cabeza de la razón social Viuda de Terán; don

Cesáreo, casado con doña Margarita Gericke, actual profesor y director que fué de la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao, y doña Nicasia, esposa del hoy en día empleado jubilado de la Diputación de Vizcaya don Basilio Camiruaga. Los tres restantes, llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos, siguieron el camino del claustro. La Rvda. Madre María de las Mercedes, Superiora del Colegio que la Congregación de los Santos Angeles Custodios tiene en Madrid. La señorita María Piedad, que, ingresada en las Damas Catequistas, se halla al presente en la residencia de la Congregación en Roma, y nuestro protagonista el P. Julián.

Según los datos que, recogidos en la parroquial de San Vicente Mártir, nos proporciona don Cesáreo, vino al mundo el niño Julián, sexto de sus hermanos, el día 16 de marzo de 1883, en el piso primero de la casa número 8 de la calle de la Estación, de Bilbao, y fué lavado con las aguas del bautismo el siguiente día 17 por el Reverendo Cura propio de la parroquial de San Vicente Mártir, don Benito de Villalaín, siendo padrinos don Ramón Real de Asúa y doña Sofía Real de Asúa, naturales ambos del mismo Bilbao. Tres años más tarde, el día 10 de julio de 1886, el Ilustrísimo señor Doctor don Mariano Miguel

Gómez, Obispo de Vitoria, administró al niño Julián el Sacramento de la Confirmación, siendo padrino don Daniel de Echevarría, Alcalde de la Ante-Iglesia de Abando.

La solicitud que en la educación de sus hijos desplegaron los cristianos consortes don Dionisio y doña Petra, nos lo refleja el ingeniero don Cesáreo, con esta valiente frase: «Fué grande el deseo de mi padre (q. e. p. d.) de que nos ilustráramos cuanto más posible: y todos los sacrificios en este sentido, los daba por bien empleados.» Y más que las palabras transcritas, prueban lo esmerado de la educación que a sus hijos dieron, la posición social que actualmente ocupan y la estima que con justicia hacen las personas cultas y virtuosas de los vástagos supervivientes de tan ilustrada cuanto cristiana familia.

Una exigente curiosidad de la Madre Mercedes nos ha deparado preciosos documentos que nos permitirán seguir paso a paso la vida de Julián en el instructivo cuanto azaroso periodo de su juventud. Niña Mercedes, nacida inmediatamente después de Julián y casi de la misma edad, debió de quedar impresionada por las que se dieron en llamar travesuras del muchacho. Andando los años, y cuando ya ambos religiosos, deseosa sin duda de saber por qué caminos tan escondidos

llevó Dios a su hermano a la vía de la santidad, rogóle que le pusiera por escrito las aventuras de su juventud y el motivo de su nueva vocación. Accedió a ello, aunque con alguna repugnancia, Julián, y acertó a escribir unas páginas verdaderamente de oro, y de un valor pedagógico estimable, y que hemos de aprovechar como base de esta sencilla biografía.

PRIMERA PARTE

NUEVO ROBINSÓN CRUSOÉ
O
EL JOVEN JULIÁN DE MADARIAGA

CAPÍTULO 1

EL DESPERTAR A LA VIDA.

MADÍSIMA en Cristo hermana Mercedes: Cree que realmente me has puesto una soga al cuello, y entre la espada y la pared, al pedirme cosa no tan fácil; y casi te hubiese respondido con un no redondo si ya no hubiese precedido la negativa del dibujo que me pediste, y me parecía mucha crueldad darte de nuevo con la puerta en los ojos. ¡Hacerme reflexionar sobre mis aventuras y extravagancias, y

nada menos que desde los principios! Se necesita buen humor. Sólo a una Mercedes se le puede ocurrir. Pero en fin, basta de exordio y vamos a la historia de Robinsón Crusoé; con sólo esta advertencia preliminar y encarecida, que si no encuentras lo que buscas o se te derriten las alas de tus ilusiones, me lo digas claramente y corto el hilo de la historia, y... *Requiescam in pace*. Amén.

«¿Desde que me acuerde? Memoria tengo muy poca; mas procuraré sacarle el jugo que pueda. La primera impresión en mi alma y antes de la cual no tengo razón de otra, es el caserío de Fica, donde, no sé por qué ni para qué, estuve de pequeño; el caserío, los buenos aldeanos que me cuidaron, la vida patriarcal, el caballo, el carro de bueyes, en que a veces me sentaba, chirriando como lo hacen las carretas de la aldea, aquellos montes verdes, solitarios... éstas fueron las primeras placas de colores y de poesía, que mi bondadosísimo Hacedor fotografió en mi alma y de las que brotaron, como en relieve, aquel amor a la soledad y aquel ningún amor a otro bien alguno terreno, que el buen Dios me regaló como primicias de la alborotada carrera de la vida y que nunca olas algunas lograron borrarlas ni oscurecerlas. ¿Cómo siendo de carácter alegre, era amigo de la soledad? Dios, que me hizo, lo sabe.

Nada más nos dice Julián de su niñez.

¿Cómo siendo a veces una fiera, era otras un manso cordero? Dios lo sabe.

«Otro cuadro impreso en mi alma: no sé cuando nos llevó mamá, creo que también a Cesáreo y a Leonardo, al Carmelo; y en el altar de la derecha, o sea en el de la Epístola, un Carmelita nos impuso el Santo Escapulario del Carmen, que fué mi salvaguardia en todas las peripecias de la vida.

«Estos dos cuadros son dos impresiones fuertes: como dos oasis en un desierto de olvido. ¡Infeliz memoria! En el Desierto estuve algún tiempo en la escuela; pero no debía ser muy pacífico cuando me encerraron para que no diese guerra. Pero quien fué mi buenísimo maestro fué don Luis Cámara, carlista, buen maestro y mejor cristiano, que nos daba una educación verdaderamente piadosa; y de lo que recuerdo... el Rosario... el mes de Mayo... y las veces que me llevó al Patronato de obreros... Su hijo Jesús y yo éramos grandes amigos; luego se fué a México y no sé ahora qué será de él».

Nada más nos dice Julián de su niñez; mas la diligencia del cariño fraternal de sus hermanos nos han conservado rasgos que definen ya, desde sus primeros años, el carácter y las aficiones de nuestro protagonista. Dos son sus aficiones favoritas, consecuencia una de la otra: La lectura de libros

en que se relatan grandes aventuras, como algunas novelas de Julio Verne, y en especial la de Robinsón Crusoé, y el dibujo, como intérprete de las imágenes que la tal lectura dejaba fotografiadas en aquella tierna imaginación. Su carácter, no bien comprendido de sus mismos progenitores, estaba adornado de una voluntad férrea en sus decisiones, de una laboriosidad impropia de sus años y de una aspiración por lo grande y lo difícil, que él mismo no supo definir hasta muy adelante, y que es la clave para explicar ciertos rasgos varoniles, considerados, aun por los suyos, como tercas veleidades de un genio indómito.

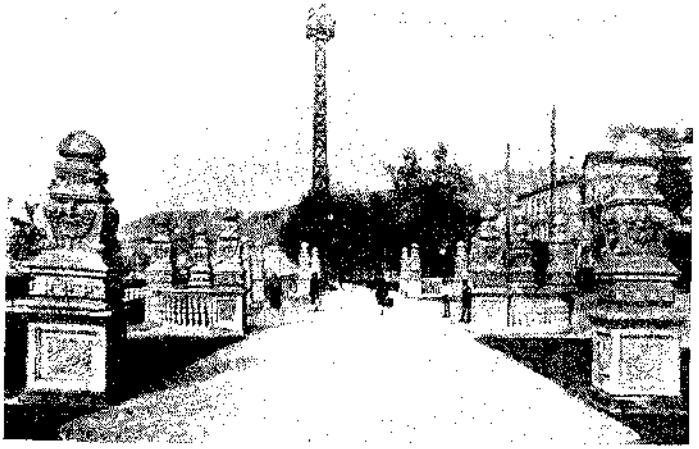
«Desde niño hasta que sintió vocación, escribe su hermana doña Presentación, tuvo siempre Julián por norma hacer sólo lo que le venía en gusto; gracias a Dios que sus gustos no fueron nunca malos gustos. Esto hizo que tuviera inconstancia en las carreras que escogía. En una ocasión se empeñaba su madre en que tomase una purga, y no la quiso tomar a pesar de estar acostado por no encontrarse bien; y la razón que daba era que no le gustaba, y nada, ni nadie, se la hubiese hecho tomar. De un colegio lo mandaron a casa porque ni por las buenas, ni por las malas, consiguió el Director que hiciese lo que le mandaba un pasante. Fué siempre aficionado a la lectura, pero

nunca se le vió leer ninguna novela, que no fuese de viajes y aventuras, de buen gusto; ni revistas ni periódicos que no fuesen buenos. Casi todos sus ahorros de chico los empleaba en comprar libros de Julio Verne. Tenía afición y disposición

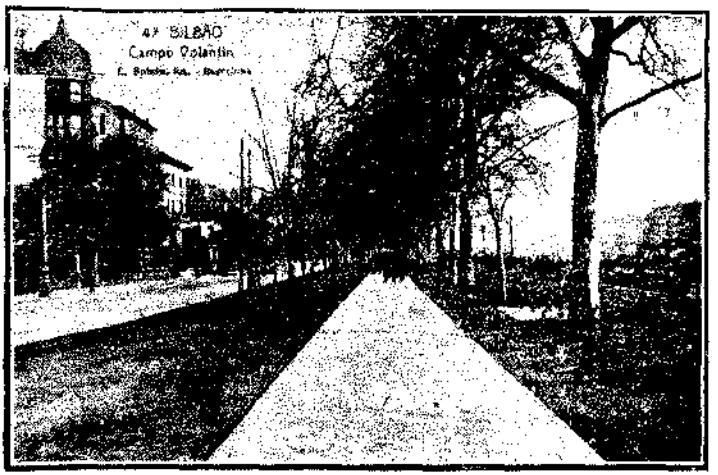
extraordinaria para el dibujo, y cuando leía alguna obra, hacía dibujos, inspirada su imaginación en lo que había leído; y ésto con tal realidad que parecía interpretación de cosa vista. Empezó a ir con frecuencia a casa un muchachito de su edad, cuya compañía aburría a Julián porque le distraía de sus quehaceres; y un día le propuso, a

este amiguito, el ir a dar una vuelta. Cuando llegaron a «Las Siete Calles» (calle del Bilbao antiguo) echó a correr apresuradamente Julián por entre «Cantones» (callejuelas estrechas que unen las calles entre sí) y se volvió a sus libros y dibujos».

Añaden nuevos tintes al bosquejo que de Julián nos acaba de hacer Presentación, las siguientes líneas de una correspondencia íntima entre sus dos hermanas Nicasia y Piedad. «Presentación envió los datos que tú le pedías; y yo puedo añadir algo más sobre el particular. Recuerdo que cuando niño, en el Colegio de San Antonio, en donde empezó su educación la mayor y mejor parte de la juventud bilbaína, cambiaba postales dibujadas por él con su condiscípulo Guezala (q. e. p. d.), en las que demostraban los dos amigos cualidades de caricaturistas nada comunes, y con esa afición continuó, hasta el punto de ir siempre acompañado de su álbum, de donde nadie se escapaba de ser retratado o puesto en caricatura. Cuando contaba solamente unos diez años y en época de fiestas en Bilbao, durante el mes de Agosto, había en el campo Volatín una colección de fieras y Julián en casa no hablaba de otra cosa. Un día vinieron corriendo unas amigas de la casa a darnos la noticia de que habían visto



III *Campo de Volatín.* Pág. 16



IV. *Había en el campo Volatín..* Pág. 16.

a Julián en la barraca de la exposición de fieras tocando el organillo. Que el caso era cierto, porque dudando no fuese alguno que se le pareciera, se acercaron para hablarle y resultó ser de veras él. Le pidieron cuentas sus padres y confesó con ingenuidad de hombre veraz y sincero lo ocurrido. Habiendo entrado a ver las fieras, le gustaron tanto que fué varios días para dibujarlas, y que el dueño, al contemplar los dibujos, tanto los halló hermosos, que le rogó se los diera para sus anuncios, y que él, con mucho gusto, se los había regalado, y que desde aquel momento tuvo libre la entrada y andaba cuando quería dentro de la barrera que separaba las jaulas del público. A veces se le ocurría tocar el organillo, porque el dueño le dejaba hacer lo que quería, y en uno de esos momentos le habían sorprendido los amigos de su padre. Hubieron, como era natural, sus padres de moderar esta afición, y ya que no le era dado visitar las fieras con la frecuencia que él quisiera; se entretenía en casa en dibujarlas; y esto con tal maestría, que no parecían dibujos de un niño de su edad».

Estas aficiones del rapazuelo dieron margen a hermosos idilios de infantil poesía, alguno de los cuales, como el siguiente, nos ha sido conservado en los archivos de la tradición de familia. «¿No te

acuerdas, Piedad, continúa Nicasia en su carta, de cuando apareciste un día con un mechón cortado al rape sobre la frente, y lo que ello nos hizo reir? ¿Y de cómo al ser requerida y preguntarte porqué habías hecho aquello, respondiste que Julián te lo había cortado para hacer con tus cabellos un pincel con que valerse para pintar sus caricaturas y monigotes?» Estos chispazos del espíritu del muchacho llenaban de gozo el alma de su padre, que encantado de tan bellas cualidades, veía en ellas, como en cifra, el brillante porvenir de su hijito.

CAPITULO II

LOS PRIMEROS VUELOS.

L TERMINAR yo el bachillerato, escribe don Cesáreo, y antes de que mi hermano lo empezase, nos mandó mi padre, a mí a Bayona, a un colegio particular, y a mi hermano a Hesparren, aldea situada en los Pirineos vasco-franceses, a un colegio de religiosos franceses, que poco después fueron expulsados de sus escuelas y de su patria. De vez en cuando iba yo a visitar a Julián, y no recuerdo haber queja alguna sobre su conducta en aquella época, que debió de durar próximamente un año». Mas dejemos que la pluma de Julián nos describa los sucesos de este periodo de su vida:

«Cuando tenía yo doce años, escribe, o sea en 1895, me examiné de ingreso para seguir el bachillerato en el Instituto, y recuerdo una circunstancia que, aún ahora, llevo impresa en mi imaginación. Uno de los examinandos, que estaba a mi lado, me preguntó cómo se escribía septiembre, y le dije con *p*. Después asomaba el puño por la puerta amenazándome, porque se equivocó y escribió setiembre y creyó que yo le había engañado, y así me quería pegar. Aprobado el ingreso me mandaron a Hesparren (Francia), que está en los Pirineos, cerca de Bayona, para que aprendiese el francés, y aquí tienes mi segundo destierro; que Dios disponía las cosas admirablemente para formarme el carácter raro, especial, de salvaje solitario... indomable, y sólo dócil y manso cuando en alguna manera sentía la voz dulce de mi Señor, en sí o en sus criaturas. Allí me dejaron con aquellos buenos Hermanos de la Doctrina Cristiana en su colegio de San José, sin sentir pena ni gloria; pues no recuerdo alegría ni tristeza particular; y creo que si ésta hubiese asomado por allí, la hubiese dado con todo garbo un puntapié hasta perderla de vista. Así pasé aquel feliz año, unas veces rezando el Rosario a la Virgen, hasta que el Hermano vigilante me mandaba acostar; otras, enredando, y parece que la gente

me buscaba para pelear, pues recuerdo de algo, no se qué, que me costaba castigos y algún buen tirón de orejas. Tenía entusiasmo por la Geografía y el dibujo, y a un Hermano muy bondadoso, como muestra de cariño, le pintaba los Angeles llevándole al Cielo y los demonios arrastrando a Napoleón al infierno. En invierno, en los días de nieve en que teníamos paseo, salíamos con unos chanclos de madera corriendo y patinando por los campos blancos; se veían los árboles pelados y bandadas de cuervos, que parecían más negros al contrastar con lo blanco de la nieve».

«Ya para entonces había leído, de Julio Verne, *En una isla desierta*, y la Religión y el amor a la soledad eran los dueños absolutos que se repartían la tierra de mi corazón, y la semilla del sembrador divino caía y fructificaba, sin darme yo cuenta, entre la maleza de mis pasiones. De vez en cuando íbamos a un monte; un calvario, de que son devotos en Francia; hacíamos el Vía-Crucis por la carretera que serpenteaba hasta lo alto, y en la cumbre había un hermoso grupo de la Crucificación del Señor. La lección de Historia de España la daba yo solo en la casa contigua de unos misioneros, con un padre español, creo era el P. León, paseando en un pórtico o en un jardín, donde había, si mal no recuerdo, una

estatua blanca del Sagrado Corazón de Jesús. No sé si estas cosillas te interesarán; pero es lo que acude a la memoria y son como las flores en la primavera de la vida. Las imágenes y recuerdos que en mí dejaban estos actos religiosos, me daban devoción y eran el lazo encantado con que me atraía el Señor para recogerme en su redil, para disponer que el que era lobezno en la firmeza del carácter, no acabase de convertirse en lobo, sino que se encantase y transformase con el silbo del pastor. Andaba un día de campo por una arboleda, haciendo quizás ya la milésima diablura, cuando, como por encanto, me detuvo la presencia de un colegial, ya mayorcito, a quien todos teníamos en concepto casi de santo, que me hizo algunas reflexiones para que no fuese tan travieso, y me debieron entrar en provecho, pues por lo menos entonces le atendí como un novicio».

«Con frecuencia venía Cesáreo, de Bayona, a verme, me traía algunos dulces, comía ese día con él en una salita y luego nos paseábamos, contándome con su mucha caridad, en francés, las aventuras de Robinsón Crusoé, ¡y sólo esto faltaba para alimentar mis ensueños de soledad y apartamiento! Volví a Bilbao a fin de curso. Ya nada de particular, sino que seguía adelante con una vocación medio nublada, sin que diese con el

...ya no sólo pintaba fieras... sino banderas y soldados...

VI.

timonel que enderezase mi rumbo al puerto de la luz. Algo me desvió de mis deseos de viaje a las regiones, sobre todo del Africa, la efervescencia de los trabajos de Sabino Arana por restablecer en nuestras queridas provincias las costumbres patriarcales y las leyes viejas de nuestros mayores. Pues como a tantos otros, me entristecía el ver enseñorearse y ensañarse en nuestro amado suelo la impiedad y el libertinaje; y ya no sólo pintaba fieras, bosques, mares, sino banderas y soldados, pero no españoles; porque de esta bendita y hermosa tierra española y de su historia, sólo conocía los crímenes, las blasfemias, las maldades, los errores y herejías que liberales y revolucionarios y socialistas, nos vomitaban con su lengua de infierno, en nuestro secular católico y hospitalario suelo vascongado».

«Un paréntesis en el estudio del bachillerato en el Colegio de San Antonio, continúa Julián, fué el viaje que dispuso papá (q. e. p. d.) que hiciese en calidad de grumete, y bien recomendado al capitán del buque, para que me diese ocasión de conocer la dureza de la vida de mar, sin duda para probarme en las aficiones marineras que mostraba. No recuerdo el barco de ida a Inglaterra. Era mi primera salida al mar, ¡qué precioso!: la mar, azul, un poco picada; los delfines, que

asomaban el lomo y se hundían; al llegar a Inglaterra, una niebla espesa nos impedía el ver tierra o barcos... Estaba yo, como siempre, alegre como unas castañuelas. Por fin paramos en Liverpool, donde estuve varios días en el vapor «García», que estaba amarrado junto con otros tres o cinco de la misma Compañía, porque era durante la guerra de Cuba (1898) y no podía navegar. Poco fué menester para que se propagase entre los marinos mi fama más o menos bien adquirida de travieso; pero consuélate, que junto con ello iba la de defensor acérrimo de la Religión; pues jamás cerré el pico en este asunto ni aun entre los capitanes y pilotos; y estas disposiciones mías me costaron, a veces, recias peleas, como puedes figurarte, por la desproporción en que estaría, un muchacho solo, contra tanta gente de mar. Una vez, en Inglaterra, un maquinista furioso me cogió en brazos para echarme al agua, y cierto que yo era llevado con toda tranquilidad porque sabía nadar; pero gracias a Dios no fué menester el remojón, porque luego los demás del barco pudieron aplacarlo y me dejó. Lejos de asustarme con los peligros de la vida de mar, volví tan contento del recorrido que hice luego a Escocia... De allí fuimos a Denia (Valencia) y Barcelona, donde vi a Cesáreo».

Providencialmente, en este viaje, catequicé a un pobrecito que, por misericordia, recogió el capitán en Inglaterra para devolverlo a España. Se había dormido, en Bilbao, en la bodega o en la carbonera de un buque, y cuando se despertó se encontró en alta mar; no hubo más remedio que seguir adelante. Al recogerle en nuestro barco, todo el mundo lo tenía por un pícaro holgazán. Era un joven de unos dieciocho años; trabajaba bien con los marinos, y velando algunas noches con él, en el puerto, hicimos buenas migas, y a las reflexiones que le hacía me escuchaba como un doctrino. El pobrecito anduvo de ceca en meca, hasta que no tuvo más solución que volverse con nosotros a Avilés (Asturias). De allí fuí a Bilbao, donde acabé este mi primer ensayo de vida de mar».

CAPITULO III

PRELUDIOS DE BORRASCA.

PORQUE Dios quería que fuese bueno y porque mi padre así lo disponía, por este tiempo iba con frecuencia a ayudar las misas en la Parroquia de San Vicente de Abando; aquí hice también mi primera Comunión; preparándome, con la asistencia al catecismo, en la Parroquia, junto con los niños pobres de la escuela municipal próxima; y esta circunstancia, y la de haberla hecho sin lazo y sin distintivo, ni extraordinario alguno, mezclado con los pobres, fué disposición Divina, para que, confundiéndome con los pobres, no sintiéndome distinguido y sí humillado, como en otras circunstancias, bajase la cabeza como tirado por la ma-

roma de la humillación, para contrarrestar en algo la tendencia de fiero y de soberbio, de llevar la cabeza alta y de sacudir todo yugo como toro de plaza. Terminé el Bachillerato sin ningún incidente particular. Sólo recuerdo, como grato paréntesis, la amistad de Ramón Mar, que, algo mayor que yo, hacía casi las veces de mi consejero, y pasé con él muy buenos ratos paseando por el monte hasta Yturri-gorri, y que me afianzó más y más en el amor a la soledad de la vida patriarcal de nuestros antepasados».

«Pero donde comenzaron los accidentes y se fraguaron tempestades fué al terminar el Bachillerato».

«Hubo en casa consultas sobre la carrera que había de tomar. Yo veía todo aquello como un espectador, sin tomar arte ni parte. Por fin se determinaron que fuese médico, porque alguien dijo que «tenía buen estómago». Me mandaron a Valladolid, y como yo tenía tanta afición a médico como a ser alpargatero, pronto di al traste con todo y escribí a mi padre que no sentía vocación, y así, sin más ceremonias, me volví a casa. Mis ideas de viajes, exploraciones, etc... hervían como un caldero en ebullición, y como no hay peor consejero que la juventud alborotada y abandonada a sí mismo, cerré el oído a toda voz

prudente. Y aunque es verdad que la única carrera a la que por entonces tenía vocación era la de marino, también lo es que tenía no poco del virus de liberalismo práctico, o sea, del «non serviam» de satanás; y así nadie pudo conmigo, y como caballo desbocado rompí las riendas y las amarras, y de casa del buen don Francisco Ortiz de Zárate (q. e. p. d.), me encerraron en el colegio de San Antonio, donde el buen Rector decía admirado: «no sé lo que le pasa a éste, que nadie puede con él». Yo bien sé lo que pasaba: que en aquella tormenta y tempestad y locura porque pasé aquel año, a nadie se le ocurrió tocar el único resorte capaz de domarme y sujetarme y tumbarme en tierra, que eran los motivos sobrenaturales: nadie me mencionó a Dios y a la Virgen; y así los hombres no pudieron conmigo».

«Apesar de esta tempestad interior que azotaba mi alma, preparé mis exámenes, que dí por el mes de junio en Santander, por indicación de mi profesor, que no estaba descontento de mi aplicación. Diéronme cartas de recomendación para los Profesores del tribunal de la Escuela de Náutica, y me pareció humillante el hacer uso de ellas; y así me las guardé en el bolsillo. Dí buenos exámenes, y aprobé todas las asignaturas, menos una, que la dejé para septiembre. Llamó esto po-

Entrar en el coche con mi profesor, mister Lorenzo Conway....
y verme hecho un cordero...

VII

derosamente la atención, porque era precisamente una de mis favoritas y que mejor sabía. Es que me había propuesto pasar el verano en casa, y como medio para no embarcar antes del tiempo por mí ya determinado, me valí de aquella estratagema para conseguirlo. No me valió mi arte: descubierto por un amigo en quien puse confianza, determinó mi padre enviarme a Inglaterra al lado de un profesor particular, para que aprovechase el tiempo aprendiendo inglés».

«Pisar las calles de Liverpool, entrar en el coche con mi profesor, mister Lorezo Comway, entrar en su amable casa, y verme hecho un cordero en el redil, todo fué uno. Allí pasé aquel verano, una vida suave y tranquila, en el seno de aquella piadosa familia, cuyos miembros fueron mis segundos padres y hermanos. La señora murió hace poco; sus cuatro hijos fueron voluntarios a la guerra; el mayor me escribió desde Italia; el segundo, rubio, muy rubio y muy alegre, está en Inglaterra curándose de una herida que probablemente le habrá costado ya la amputación de una pierna; el tercero murió en un asalto en el frente francés, y del otro nada he sabido despues».

«¡Pobre padre! ¡Me dicen que está desconocido por el aspecto triste, y el pelo, que lo tenía rubio, blanco!»

«Así que de Inglaterra traje gratos recuerdos; y una como poesía nebulosa y dulce dejó en mi alma la nebulosa Albión».

«Volví a Bilbao, acabé mis exámenes teóricos... y donde estuvo mi verdadero noviciado y palestra de formación, fué en lo que vino después, o sea el año y medio de práctica de mar».

CAPITULO IV

EL TRIUNFO.

RA COSA averiguada, Julián debía de ser marino. Sin embargo, don Dionisio, sea porque no le cuadrara aquella carrera para su hijo, sea porque temiera no fuese una nueva veleidad aquella afición que a la vida de mar sentía el muchacho, determinó ensayar la última prueba. Era este cristiano caballero hombre de negocios, y entre otros, formaba sociedad con unos primos suyos, y a la sazón tenía, junto con ellos, la consignación de la línea de vapores de la casa Serra. Aprovechando esta coyuntura, dispuso que Julián embarcase, en calidad de agregado, en uno de los buques de su consignación, para hacer en él las prácticas reque-

ridas antes de obtener el título de Piloto, encargando al propio tiempo al capitán de la nave, como ya en otra ocasión lo había hecho, que tuviera cuenta del muchacho, y le diese a conocer prácticamente la vida de mar, con el fin de que las fatigas a ella inherentes, desviasen la voluntad del candidato, si no había verdadera vocación. Recibió Julián esta nueva como la señal de una victoria completa, que le ponía en posesión de la mayor de sus felicidades. Oigámosle a él.

«Iba tan resuelto a ser marino como Colón a descubrir la América. Llegué a Santander solo, a embarcarme en el «María», de agregado. ¡Qué coincidencia, tenía el nombre de la Virgen!, quien me había de cuidar como siempre con el amor y solicitud de la más cariñosa de las madres. Entré en el barco sin conocer a nadie; me fuí al camarote que había de ser mi celda durante año y medio; digo celda, porque era tan pequeño, que apenas cabíamos los dos agregados: uno, yo, y otro, un mundaques que ya vivía allí; y dormíamos, él en el catre de arriba, y yo en el de abajo, como paquetes en armario. Me quité el traje de señorito, me vestí de marinero, y héteme aquí ya, trabajando como un pobrecito marinero de Vigo. Casi éramos los dos agregados de la misma edad, y parecidos, aun en el físico, y también nos

entendimos, que nos tenían por hermanos los que no nos conocían, y nos llamaban los parecidos; y tan *uno* nos hicimos, que hasta las cosas que habíamos de comprar en los puertos, jabón, tabaco, etc., nos las repartíamos a medias. Llegamos a Puerto Rico, y empezando por la capital, San Juan, recorríamos todos los viajes varios pueblecitos de la costa. ¡Qué recuerdos tan gratos guardaba el pueblo portorriqueño de los españoles! Allí no hubo insurrección contra España, tiénenla amor, y sólo se rindieron a los norteamericanos, contaban ellos, cuando el Gobierno español se lo mandó: el gobernador se escapó de la capital, dejando allí a su señora, a quien trataron bien los norteamericanos. Los pobres portorriqueños acudieron, como tenían costumbre, con los españoles, a comer el rancho a las puertas de los cuarteles, y los nuevos dominadores los echaron a cajas destempladas».

«Cantaban aquellos morenitos con un tono dulce y melancólico: «*Perdí* mi amor, mi patria y mi bandera; nada me queda, pues todo lo *perdí*.» ¡Qué bonita era la costa! Una cinta de arena sombreada de palmeras y una serie continuada de montecitos verdes, y de vez en cuando, pueblecitos a la española, con la Iglesia en medio, y presidiendo, el campanario».

«¡Deliciosas y poéticas eran aquellas noches portorriqueñas! Fondeados a vista de tierra, donde brillaban las lucecitas de las casas, descansábamos del calor y trabajo del día, a la luz de las estrellas. A popa, los oficiales rasgaban la guitarra; al pie del puente acompañaba nuestros zorzicos *nostramo* (el contramaestre), un viejo guerniqués que había navegado por todos los mares, fumaba en pipa como un inglés, se defendía del sol con un sombrero boer, hablaba vascuence, se explicaba en castellano, chapurreaba el inglés y no sé si algo más; no sabía leer, y conocía todas las letras de las marcas del cargamento; parecía de cartón para resistir el frío; sabía obedecer con fidelidad y mandar con entereza y mesura. Este legítimo lobo de mar, marino viejo, tocaba un acordeón, que, según lo que él decía, debía ser una maravilla; porque me decía con cierto orgullo de músico, que con aquél tocaba todas las cosas que se podían tocar. Me lo prestaba a mí solo, como quien cede la reliquia de un santo, y cuando abrazaba el acordeón para acompañar alguna canción, me decía: «Madariaga, dame la voz»; le daba el tono, que esta era la voz que él pedía, y acompañaba las piezas con tales floreos de propia invención, que casi quedaban desconocidas».

«Pero, ¿y la ida a América? Esto sí que era,

Me quité el traje de señorito...
...nostramos... un viejo guerriqués.

no diré prosa pura, porque yo casi siempre vivía en verso, pero sí prosa y verso. Dejada las costas de España, navegamos a la altura de las islas Terceras, sin ver en todo el viaje más tierra que, en uno de los días, esas Terceras, a lo lejos. De ordinario los días eran magníficos, días espléndidos, puestas del sol preciosas, y calor más que regular, que derretía las breas de las escalas de los palos y que goteaban sobre cubierta. Seguramente que no me hubieras conocido si me hubieras visto, negro de arriba abajo, acarreando carbón de las bodegas a la carbonera; que esta era nuestra ocupación cuotidiana hasta llegar a América. Tiraba de la carretilla un gallego alto, cuadrado y fuerte; yo iba detrás empujando, y al mismo tiempo aguantando el canasto del carbón. Una vez, quizás por un balance del barco, chocó la carretilla al entrar por uno de los callejones de estribor (derecha) y cayó el canasto; soltó el gallego una blasfemia, y al decirle yo: «no blasfeme, ésto se arregla callando y levantándolo», se puso furioso y saltó como un tigre hacia mí, y gracias a Dios que apareció de pronto el primer maquinista y no sé que otro, que le pudieron contener. No recuerdo en cada viaje a qué partes de América fuí, pero sí tengo presente los sitios donde estuve, así que, al buen tuntún y por el orden que se me ocurra, los iré describiendo.»

«San Juan de Puerto Rico, que es la capital de la isla, tiene una bahía pintoresca, cerrada por la derecha, mirando desde tierra, por un fuerte que dicen se parece al Morro de la Habana, y a continuación está la población, y toda la vuelta de la bahía, verde, tapizada de cabañas, y cerrándose por la izquierda por un suelo bajo. Allí fondeamos todos los viajes. Como trabajamos todo el día, sólo alguna vez que otra salía al anochecer a dar alguna vuelta por la capital; y realmente las noches convidaban, porque entonces refrescaba algo el calor del día. Los primeros viajes íbamos a algún café a tomar chocolate o alguna copita; pero luego ya no fué posible, porque con la dominación norteamericana desaparecieron y todo se convirtió en establecimientos de bebidas».

«Otro viaje fuimos a la isla de Santo Domingo, que comprendía dos repúblicas, las de Haití y Santo Domingo. Al arribar a la capital de esta última, que tiene el mismo nombre que la república, vimos partir de tierra unas cuantas barcas tripuladas por negros, que remaban a toda prisa, dando gritos y vociferando los de una a los de la otra barca; parecía una regata de locos negros. Al llegar al cruzado del barco, se esforzaban por hacerse allí firmes, y los que inmediatamente llegaban, procuraban echar a los primeros, gritando:

«A nosotros nos toca lo primero.» «*No señó lo primero somo nosotro.*» Y en medio de este hormigueo y *jaleo* empezó la descarga, y los bultos se recibían en la barca del primero que los atrapaba. «Paisano», gritó uno de los negros a nuestro piloto. «Y de buena gente», contestó éste chanceándose, y el negro replicó: «Es que nosotros llamamos paisanos a todos los que hablan castellano».

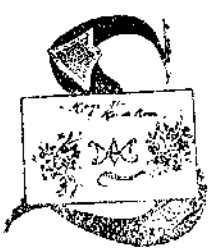
Santo Domingo es una de las islas que descubrieron los españoles en tierra americana. De las razas de indios que entonces existía en aquellos mares, y de los que algunos trajo Colón, como muestra a los Reyes Católicos, creo que no existe rastro. Estos negros de ahora, como todos los negros de América, son probablemente los descendientes de los negros llevados del Africa y vendidos como esclavos en América por los mercaderes castellanos y portugueses. Los de Santo Domingo, como todos los demás de la América latina que fueron colonizados por los españoles, portugueses y franceses, son todos católicos.

Luego pasamos a Haití, república también de negros, en la que hablan francés y que están en la otra parte de la isla; ¡qué países tan bonitos!, pero qué desgraciados. Están en continuas revoluciones, y por fin acaban de caer, como lo

temían ya entonces, en manos de los norteamericanos, quienes ciertamente les arreglarán las carreteras, puentes, edificios, etc... pero tratarán como estropajos a la gente de color, y helarán la fe en los corazones, con sus pastores protestantes y el oro de sus arcas. ¡Pobres pueblos! Dios tenga misericordia de sus almas.

CAPÍTULO V

EN PLENO GOCE.



ÓLO una vez toqué el continente de la América latina, en la República de Colombia, que es hoy la República del Sagrado Corazón de Jesús, y una de las pocas naciones del mundo en que reina Jesucristo en el pueblo y en la ley».

«La ciudad en que estuve, es Colón, a la entrada del Canal de Panamá, que hoy ya no pertenece a Colombia, pues hacia 1901, los liberales, vencidos ya en el resto de la república por los católicos que allí llaman *conservadores*, se hicieron independientes en el istmo de Panamá, apoyados por los Estados Unidos, a condición de que los liberales cediesen, como lo hicieron, a los norte-

americanos, la zona en que se estaba construyendo el famoso y costoso canal, que partiendo de Colón termina en el Pacífico, en la ciudad de Panamá. Cuando llegamos a Colón estaban todavía defendiéndose los católicos en esta población: había hasta muchachos de catorce años con el fusil en la mano, y daba pena ver aquellos soldados de todas clases, y de todos uniformes, y que sólo convenían en lo pobre, y en que todos llevaban sombreros campesinos, de paja. Mas si entonces me parecían dignos de compasión, ahora los admiro, pues eran los cruzados modernos que consumieron realmente hasta el último cartucho para defender los intereses de Jesucristo contra la revolución. Y aunque perdieron a Panamá, el Sagrado Corazón les premió reinando desde entonces en su Repùblica, como en ninguna otra parte del mundo. Fuimos allí a cargar café; y un día de Jueves Santo, que nos dieron algunas horas libres, paseando la población, fuimos hacia la entrada del canal por una alameda de altísimos cocoteros, que bordeaban la bahía, y en la que hay una estatua de Colón. Las obras del canal de Panamá estaban paralizadas, pues la compañía francesa que las había comenzado bajo la dirección de Lesseps, el que abrió el canal de Suez, y con la cooperación, entre otros, del ingeniero

Eiffel, el que levantó la torre de su nombre en la exposición de París, había fracasado, y allí estaban inmóviles, en las empezadas obras del canal, dragas, barcos, vagonetas, etc. Allí mismo había un campamento de soldados. Encontramos una Iglesia católica, en la que se estaban celebrando los oficios de Jueves Santo; entramos en ella, y seguidos de mis compañeros de mar, fuimos a besar los pies al Santo Crucifijo y a depositar nuestra limosnita en el platillo».

«En la bahía estaba anclada una escuadra norteamericana: todos los barcos pintados de blanco; y por la noche nos entreteníamos con sus iluminaciones y sus músicas, cosas alegres para nosotros; pero de mal presagio para los católicos y patriotas colombianos; pues aquella escuadra fué el apoyo de los revolucionarios, liberales de Panamá. Salimos de Colón de manera que era una lástima, pues nos hicimos a la mar con el barco tan inclinado, que la banda de babor (izquierda, mirando a proa, o sea hacia adelante), iba al nivel del agua. Procuramos nivelar el barco, poniendo todo lo pesado en el lado opuesto, equilibrando la carga, etc., y gracias al Señor, que no tuvimos muy malos tiempos. Sólo un percance notable tuvimos; pero quiso Dios que fuese ya en seguro, al llegar a vista del Havre,

que es el puerto de París. En la desembocadura del Sena, nos salió al encuentro un remolcador de la Compañía Trasatlántica francesa, a cuyo nombre llevábamos el cargamento de café; nos llevó a remolque, con tal velocidad, que al querer dar una revuelta dentro del puerto, no tuvo el *María* tiempo de virar ni de pararse, y chocó contra el muelle, abriéndose la proa en dos, dejando un boquete regular. En el Havre se le puso provisionalmente, en la proa, una quilla de madera y cemento, y cargado el barco de popa y levantado de proa sobre el agua para que sufriese lo menos posible, llegamos felizmente a Liverpool, donde fuímos a parar a los diques secos, y allí se hizo la reparación en toda forma.

«Apenas se enteró mi amable profesor que estaba yo enfrente de Liverpool, al otro lado del río Merrey, vino con su hija a visitarme. Esta buena familia era para mí, en el extranjero, una segunda familia; y siempre que llegaba a Liverpool, donde nos solíamos detener bastante tiempo, iba los sábados por la noche a hospedarme en su casa y pasaba el domingo en su hospitalaria y sosegada compañía, hasta por la noche en que me volvía a bordo. Pero de lo que conservo recuerdos más hondos de mis viajes y para mí más conmovedores por la influencia que han tenido y tienen y

quizás tendrán en mi vida religiosa, es de los viajes a los Estados Unidos. Una vez, estando fondeados en la bahía de Tampa, en la península de la Florida, cerca de Tierra, se cerró el cielo y apretó el huracán. Tierra, mar y cielo se desvanecieron en una neblina de agua fuerte; temíamos que el viento nos arrastrase contra los bajos de arena que a derecha e izquierda señalaban las boyas; pero las boyas no se veían hasta que estábamos encima. Por fin, después de un penoso paso, logramos fondear a salvo en la bahía. Cuando al otro día vimos la tierra que nos rodeaba, coñtemplamos un país solitario, de easmadas y de campos verde, y salpicado tan sólo de alguna que otra casita de madera.

Remolcadas por un vaporcito que lucía un águila dorada en el puente, vinieron, no sé de dónde, algunas gabarras cargadas de un abono mineral que había de ser nuestro cargamento, y otra a manera del arca de Noé, en donde navegaban los cargadores, que eran todos negros, los cuales habían de vivir en ella, hacinados en estrechas habitaciones, tener allí su cocina, etc., etc., mientras durase la carga. Entonces conocí por vez primera a aquellos pobrecitos negros de los Estados Unidos, a quienes los blancos miran como a una raza inferior, a quienes les está prohibído en muchísimas

cosas el intercambio con los blancos y que, apartados en las casas, en los establecimientos, en los trabajos, en los tranvías, etc., etc.; no pocas veces son víctimas de la multitud blanca, que a puñadas y a palos da cuenta de ellos, llegando a veces a quemarlos vivos, como contaban que lo habían hecho aquellos días cerca de donde estábamos nosotros anclados. Y esto, ¿por qué delitos? En realidad de verdad por el único de ser negros, pues la disculpa para matarlos es a veces tan tonta... Este año de 1919, en unos baños de mar de Chicago, porque decían los blancos que un negro había pasado nadando la línea divisoria que separaba a unos de otros, los blancos, furiosos, se echaron sobre el negro y allí mismo le ahogaron. Lo más triste es que el mal de este desprecio contagie aún a los mismos católicos. Esto, precisamente, me hizo cobrarles más amor, pues veía en ellos a hermanos míos criados por el mismo Padre y redimidos por una misma sangre divina. No hay que andar mucho por aquella tierra para tropezar con este trato despreciativo para con esos pobrecitos, pues es el pan de cada día; y aun cuando varias veces estuve a punto de presenciar escenas violentas entre blancos y negros, parécemе que la Divina Providencia tuvo especial cuidadado de que no me viese en tales casos, porque creo que no me contarían ahora en el mundo de

los vivos, pues difícilmente hubiera resistido al interno impulso que sentía de defenderlos aun a costa de mi vida. Allí mismo, en Tampa, hice buenas migas con el capataz de los negros, negro como ellos, que estuvo a punto de ser acuchillado porque un blanco del país, que estaba comiendo con nosotros, por una nonada quiso matarlo, y le siguió cuchillo en mano, de modo que a duras penas pudimos contenerle y dar tiempo al negro para saltar por el costado del barco y refugiarse en las gabarras.

Otra vez estábamos en Pensacola, y en el mismo muelle había otro barco de Bilbao, «El Valle», que iba a salir esta vez para no volver más a tierra, porque se perdió en alta mar. Me mandaron a mí a soltar un chicote que tenían amarrado en el muelle opuesto; corrí allá, y fuese por dificultad de la cosa o por mi torpeza, no podía soltarlo; el barco empezaba a marchar, y el piloto, que dirigía la maniobra de popa, gritaba apurado, temiendo que si le soltaba tarde se enredaría con la hélice. En aquel apuro se me presenta sonriente, ¿quién dirás? ¿El Angel de la Guarda? No, pero para mí, en aquel caso, fué como Angel de la Guarda o enviado suyo, un negro que, con toda amabilidad me alargó un cuchillo, corté el nudo y se arregló todo; parece que el Señor aprobaba mi simpatía por la gente de color.

CAPÍTULO VI

LAS PRIMERAS GOTAS DE ACÍBAR

UN DÍA, y cuando menos lo esperábamos, recibimos orden de ir a Port-Arthur. ¡Qué sorpresa la de los noveles, que no conocíamos otro Port-Arthur que el famoso de la Manchuria, por la guerra Ruso-Japonesa! Pronto nos sacaron de dudas, era otro Port-Arthur, en los Estados Unidos, no menos famoso para nosotros, pues seguramente ninguno de los que allí estuvimos olvidará las nubes de mosquitos que, como polvo de carretera, levantaban en las llanuras de la Florida.

Port-Arthur se podía llamar con razón el puerto de los mosquitos. El primer día no experimentamos la molestia de tales huéspedes, porque

estuvimos en cuarentena a la entrada de la bahía y durmiendo sobre cubierta; las bodegas y los camarotes estaban cerrados y tapados hasta las rendijas, y dentro había calderos de azufre ardiendo para desinfectar, pues veníamos de puertos sucios, esto es, castigados por las fiebres. Al día siguiente navegamos por un canal en medio de llanuras cubiertas de hierbas; al fin del canal amarramos en un muelle, donde a un lado había un almacén y al otro un depósito de petróleo y algunos otros barcos; esta era toda la vida civil de aquel desembarcadero, pues la primera población estaba a un buen paseo de allí, y de ella venía un ramal del tren, que traía por la mañana los trabajadores a bordo y se los llevaba por la tarde. Cargábamos maderos de unos 10 a 15 metros de largo, que los traían por el agua atados unos a otros con cadenas, formando balsa».

«La primera noche fué verdaderamente una noche toledana: los mosquitos no me dejaban dormir; me levanté, subí al puente y me encontré a los pobres marineros vagando de una parte a otra, buscando dónde meterse. Yo me refugié en un bote salvavidas, pero luego penetraron detrás de mí los mosquitos; tuve que volver al camarote, y con unos sacos viejos, hice fuego sobre una pala, y con el camarote lleno de humo, pude des-

cansar. Al otro día todos hubimos de comprar mosquiteros, que los pusimos sobre el castillo de proa, para dormir al aire libre, por el calor. De día era un martirio, y forzosamente nos teníamos que poner ropa gruesa para que no nos picasen, que ni comer nos dejaban; así que apenas terminado el trabajo de la tarde, nos metíamos en los mosquiteros, y sentados encima de los colchones, hablábamos unos con otros. Estuvimos en aquel purgatorio unos quince días. Los trabajadores se veían precisados a encender hogueras, aun dentro del barco, con peligro de un incendio, para verse libre de tales enemigos. Por algo decían los marineros, para ponderar los trabajos de aquellos días, que por allí no había pasado Jesucristo, como queriendo significar que no estaba bendita aquella tierra.

Al salir del canal estuvimos a punto de que el remolcador nos hiciese encallar varias veces en la orilla, y sólo el pensar que pudiésemos pasar una noche más en aquel país, nos hacía temblar. Por fin llegamos al mar abierto, y como por encanto, quedamos libres de los mosquitos. En un farol del rancho de proa, que tenía un cristal roto, caían cada día tantos mosquitos como pueden caber en un montón sostenido con las manos juntas llenas. Suponíamos que no nos creerían

cuando lo contásemos en Europa; pero traíamos, como muestra, los mosquiteros plagados de manchas de sangre y de mosquitos apachurrados, y en las paredes venían pegados a miles, porque pintamos el barco en Port-Arthur.

«A la vuelta por el Atlántico del Norte, en vez de trabajar de día y descansar de noche, hacía guardia de noche cada cuatro horas y de día trabajaba en lo alto de la cubierta media; porque por el resto del barco pasaban las olas de una banda a otra como por su casa, y era temerario transitar, y siempre que podíamos nos poníamos al abrigo de la chimenea para defendernos del frío y del viento. Todos los viajes los pasábamos junto a los bancos de Terranova, con frecuencia en medio de una densa niebla que no dejaba ver a algunos metros del barco. En ciertos meses del año, me parece que desde octubre, encontrábamos allí barquitos de vela que venían de Francia a la pesca del bacalao. Pasan los pescadores en estos mares unos cuantos meses, y es la vida tan dura que, según tengo entendido, los que se dedican a esta pesca, en premio o en compensación, están libres del servicio militar en Francia».

«¡Cuántas veces en la noche de guardia, cayéndome de sueño, aguantando el viento y la lluvia y bramando la mar con estrépito espantoso, levan-

tando y hundiendo el barco como un juguete, me acordaba del abrigo de casa y del fuego y de la paz y seguridad...! y entonces el capitán, como si adivinase lo que pasaba en mi interior, me decía al oído: «Déjate de mar; mejor se está donde pisa el buey». Vino a terminar mi viaje con la llegada a Santander, a donde se adelantó a esperarme mamá con Leonardo, que no le sufría el corazón estar más tiempo sin ver a su casi malogrado hijo».

«En otro de los viajes llegamos a la vista de Santander por la tarde; esperábamos al práctico porque la entrada es difícil, la noche se echaba encima, al ponerse el sol empezó a soplar un viento fuerte, asomó a lo lejos el bote del práctico, pero no se atrevió a venir porque el cielo y el mar ponían cada vez peor cariz. El capitán dió la orden de amarrar firme todo cuanto había sobre cubierta, y los marineros obedecieron echando venablos por la boca; el barco dió media vuelta y toda la noche estuvimos haciendo zig zag por el mar; fué una noche de tormenta y nieve, sólo veíamos, en medio de la oscuridad, la luz de Cabo Mayor; esta fué la primera y única vez que vi los fuegos de San Telmo; las puntas de los palos estaban iluminadas, como cosa de un metro, por un resplandor verdoso».

«Al siguiente día, estando amarrado el barco,

ví a Cesáreo en el muelle, que había venido a verme; me acompañó por Santander, y no quedaría poco compadecido al verme en invierno con un trajecito delgado, cuando al punto me llevó a las tiendas para comprar toda clase de ropas de abrigo, sobre todo para los viajes por el Norte. Al cabo de mi año y medio de viajes volví a Bilbao y me preparé en Santurce para los exámenes finales, y, en efecto, poco después tomé el título de piloto en Santander».

CAPITULO VII

EL PILOTO DESORIENTADO.

POR ESTE tiempo murió papá, y Cesáreo, a la sazón en Alemania, tuvo que devolverse a la familia en tan triste coyuntura. Grande fué el trastorno experimentado con motivo de este contratiempo, y de la aflicción que el Cielo nos enviaba; mas ello sirvió para acrecentar los méritos de la viuda y de los huérfanos y para estrechar más prietos los vínculos del amor entre nosotros. Se hallaba por entonces en casa, nuestra prima María, la cual al contemplar la serenidad de mi madre se dejó decir: «¡Qué valor tiene la tía!» A lo que respondió mesuradamente mamá: «No tengo valor, lo que tengo es fe». Y no hay duda que esa fe la teníamos también in-

fundida los hijos en nuestro corazón y nos alentaba en medio de la desgracia de perder al padre querido; pues teníamos por muy cierto que el Dios de las misericordias le había llamado para sí, y que quien supo en vida sacrificarse por nuestra felicidad, velaría con solicitud más paternal por nosotros desde el Cielo, en donde sin duda moraba».

«La muerte imprevista del cabeza de la familia había de tener, como era natural, influencia decisiva en mis ulteriores destinos. Apenados mi madre y los parientes que con ella compartían la tarea de nuestra educación, por el dolor que les causara mi pasada conducta y angustiados temiendo para lo futuro mi indómito carácter, se esforzaban, llenos de celo, en procurarme cuantos medios estaban a su alcance para labrar mi felicidad. Yo, por mi parte, sea a causa del rudo golpe experimentado con la muerte de mi padre, a quien en medio de todo amaba con pasión, sea porque no había encontrado en mi vida de marino aquellas sublimes emociones y aquella embargante felicidad que las lecturas novelescas me habían prometido, sea porque mi espíritu, guiado ocultamente por Dios, ansiaba navegar por otros nuevos y para mí indefinidos derroteros, sea por lo que fuere, lo cierto es que comencé a experimentar

algo así como un eclipse en mi alma de la estrella que hasta entonces guiaba mi rumbo a la vida de mar. Es cierto que llevado del amor sincero que a mis hermanos profesaba, deseaba en ocasiones ser marino consumado, para con mi trabajo acudir a las necesidades de la familia. Mas, asesorado de que mis hermanos no necesitaban de mis auxilios, y advertido de que atendiese solo a secundar la acción benéfica de los que tanto se preocupaban de mi carrera, exteriormente persistía en la determinación de continuar los estudios hasta tomar el título de Capitán de marina mercante, mas en realidad sentía en mi interior una lucha tan violenta, que aun ahora no acierto describir».

«Algo de este mi estado de, al parecer, estoica indecisión debió de traslucirse al exterior cuando la familia se creyó en el deber de obligarme a tomar un camino concreto y definido. Menudearon las consultas, y mientras unos eran de parecer que me convenía embarcarme en el *Ama-begonakoa*, que era una fragata fletada por la casa Sota para escuela de marineros, y cuyo retrato me parece se halla en la Iglesia de Begona, otros se inclinaban a que estudiando contabilidad me preparase para el comercio y así trabajar en casa. Pepe Terán y mi hermana Nicasia, a lo que creo, eran de parecer que se explotaran las grandes

cualidades que, decían, poseía yo para la pintura. Inclinóse de pronto la balanza hacia el comercio, como a cosa más viable y más cómoda para todos, al par que provechosa para mí y, en efecto, me mandaron estudiar cálculo mercantil, base fundamental para el hombre de negocios. Mas hubieron de desistir apenas empezados mis estudios, porque en seguida echaron de ver que mi carácter y todo mi ser era la antítesis del comerciante. Trastornado con las lecturas de Robinsón Crusoé y de las novelas de Julio Verne, vagaba mi espíritu por las regiones infinitas de una vida ideal y fantástica; y como la providencia de mi padre no había dejado acercarse a mi lado el hambre y la desnudez forzosas, no me preocupaba de las necesidades de la vida, ni ansiaba por un porvenir cierto y seguro en el seno de un hogar, y hasta me parecía degradante el trabajo remunerado; y así no atesoraba para el día de mañana y hasta despreciaba el dinero, de forma que casi ignoraba aún el valor material de las unidades corrientes. ¡Cuántas veces en mis múltiples y variados viajes por mar y tierra me acontecía llevar las maletas desvencijadas y abiertas, y en ellas, a vista de quien quisiere tomarlas, algunas monedas de oro inglés o algún pequeño billete de banco, que constituían todo el haber de mi fortuna! Con este fracaso de los estu-

dios triunfaron por un momento los consejos de Pepe Terán y de Nicasia».

«Era el año de 1903 y, a lo que creo, nos hallábamos en el mes de abril, y me llevaron a la Corte y recomendándome a don Alfonso Rebolledo, cuñado de Pepe Terán y me aposentaron, por infeliz coincidencia en la calle... del Desengaño. Don Alfonso me presentó al grabador Maura y luego a don Emilio Sala, con quien había de dar lecciones y a quien me lo recomendaron como casi príncipe del colorido en nuestros días. Uno de sus más célebres cuadros es el que representa «La Expulsión de los Judíos por los Reyes Católicos», y se halla en el Museo Moderno de Madrid. Aquí empecé mi vida de artista con un plan fundamental algo original y peregrino; plan que sin duda tracé y seguí por inspiración del Angel de mi guarda. Tal fué el de no admitir más compañero de mi vida que la soledad. Solito me salía por las mañanas y por las tardes después de comer para ir a mi estudio, situado en la calle Lista, que está en los extremos de Madrid, y solito me volvía al terminar mi cuotidiana tarea. Los domingos, después de Misa, me iba a dar un paseo, sin más compañero que un plano que llevaba conmigo para orientarme sin necesidad de preguntar. Y esta fué la que yo llamaría mi vida pública en

Madrid durante los meses de abril y mayo de este año de 1903».

«Mi vida privada, o sea mi vida en la fonda, se deslizaba al lado de un compañero continuo, estudiante santanderino, a quien todo le agradaba en mi persona; y aunque era ligero de cascos, con frecuencia me prometía ser bueno... qué se yo cuándo. Habiendo caído este estudiante enfermo, le acompañaba yo todos los ratos que me hallaba en casa, y en cierta ocasión debimos de tener alguna conversación sobre nuestro futuro, en la que recuerdo le dije: «No se extrañe V. si alguna vez me halla V. en hábito de fraile, y con las barbas largas». Asistiendo en cierta festividad a una función religiosa, repartieron estampas, a mí me dieron una de San Juan de Dios; me conmovió su vista, y aunque de pronto no me sentí llamado a ese género de vida que el Santo llevó, sin embargo sentí como el germen de una vocación nueva como en nieblas y cuya forma y cuyo término no podía ni descifrar ni distinguir. ¡Providencial coincidencia! Entre las muchas personas que conocí durante mi estancia en la fonda, merece citarse la amistad que trabé con un caballero, entrado en años, de cana barba y de finísimo trato, llamado don Manuel, que acompañaba a un su hijo, jovencito de pocos años, que venía a

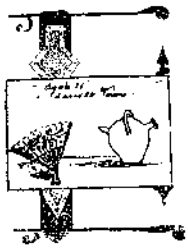
Madrid con el fin de solicitar su admisión y entrada en la Compañía de Jesús. Al despedirnos me entregó don Manuel su tarjeta con las señas de su domicilio. En aquellos momentos ¡quién hubiera sido capaz de profetizar que años adelante habíamos de estar los tres unidos con un vínculo tan fuerte, como es el vínculo del amor en Jesucristo, en el seno de una misma familia religiosa!»

«Dejé Madrid, para restituirme a Bilbao, hacia los meses de junio o julio, parte para huir de los calores del verano, parte para firmar unas oposiciones de pintura a una pensión en Roma, ofrecida por la Diputación de Vizcaya. Me preparé durante algún tiempo retratando a un mozo de cuerdas: nos presentamos cuatro, y llevó el primer puesto un mudo, cuyo nombre no recuerdo, hijo de un organista, de Madrid, por cierto muy buen muchacho. Ya no volví a Madrid para proseguir mi comenzada carrera de artista profesional. Porque mi madre y mis mayores creyeron que el arte pictórico debía constituir en mí, más que un medio para labrarme un porvenir seguro, un adorno complementario que diera realce a una profesión de más lustre y provecho pecuniario. Y discurriendo de este modo determinaron volviese a los estudios de Náutica, hasta terminar y obtener el título de Capitán. Llegó el tiempo en que

creyeron oportuno mi embarque, y, sin tener yo arte ni parte en la resolución, me recomendó el tío Tomás a la Compañía Larrinaga, con el fin de que más adelante sirviera con título también, inglés, en los barcos que la citada Compañía tiene abanderados en Inglaterra.»

CAPITULO VIII

DESESPERADA LUCHA.

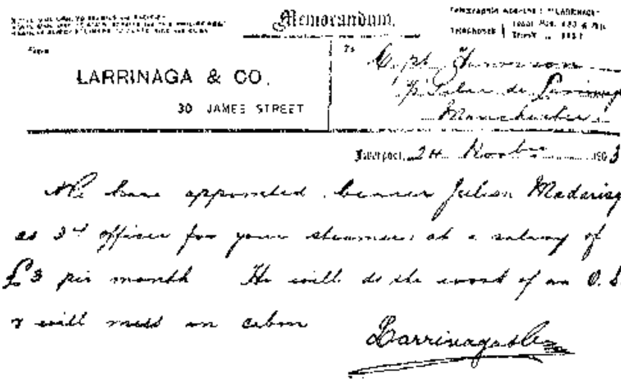


NTRADO ya el Otoño, pues era noviembre de 1903, partí solo, por tierra, con dirección a Liverpool, tomando un billete directo para Londres. Yo llevaba una ala herida, yo no sabía comprenderlo, tal vez por el Corazón Divino; porque el mundo me daba tristeza, y buscaba con gusto la soledad. En San Sebastián estuve un día en casa de los tíos Justo y María; el tío me compró un reloj y me acompañó por San Sebastián, y recuerdo que estando sentado junto a la Concha, le dije: «Me voy al mar porque el mundo está lleno de peligros para el alma y me gusta la soledad de la vida de mar». Me parece que pasé la noche en el tren,

sin detenernos más que en Hendaya. Al otro día llegué a París. Un coche me llevó a la estación del Norte, y de aquí, en el tren, hasta el mismo muelle de Boulogne-sur-mer. Entré en el vapor que hace la travesía del canal; ¡cuánta gente en el barco! ¡y qué velocidad!; la mar estaba un poco picada; en medio de tanta gente me sentía solo, como un desterrado. Me mareé, y me fuí a tender en un sofá. Llegué a Londres, y en la estación se me ofreció un intérprete que me hablaba francés; de manera que siendo yo español, y entendiendo el inglés, por lo menos tan bien como el francés, tomé este intérprete singular, siquiera fuera para que me sacara del paso con más facilidad. Era de noche cuando salí de Londres para Liverpool, y en todo este tiempo no comí más que lo que había traído de España, que era un pan y alguna o algunas tajadas de merluza frita. Llegado a Liverpool, me encaminé en un coche a casa de mi antiguo profesor Lorenzo Comway, quien me recibió con asombro y alegría, como a uno de su familia. Presentéme en Liverpool al señor Larrinaga, y poco después llegué en el tren a Manchester, donde me esperaba el barco de mi destino, el «Pilar de Larrinaga», de unas 7.000 toneladas, en el que entré como oficial tercero y un sueldo de tres libras esterlinas mensuales. La tripulación

era española; el capitán, oficiales y maquinistas, ingleses».

«Yo era el único católico entre los oficiales, pues el primer oficial decía que había sido católi-


Memorandum.

LARRINAGA & CO.
30 JAMES STREET

To Capt. ...
"Pilar de Larrinaga"
Manchester

Liverpool, 24 Nov.

We have appointed Señor Julian Madariaga as 3rd officer for your steamer at a salary of £3 per month. He will do the work of an O.S. & will mess in cabin.

Larrinaga & Co.

co, pero hacía tiempo que no practicaba nada; yo creo que lo era de corazón, sólo que estaba abandonado. Creo que fué el primer día cuando, al sentarnos a la mesa, me dijo el capitán: «En España hay muchos Padres (frailes), verdad?» «Sí, señor, le contesté, y están muy bien allí; y ojalá hubiera más». «Con esto no volvieron a molestarme más en materia de religión». En cambio me parece te estaré molestando a tí con tanta menuden-

cia sin importancia alguna, pero todo tendrá su fin. En este viaje venía, como en paseo marítimo, uno de los hijos del capitán, de unos trece años, y en los ratos que tenía libre de guardia procuraba entretener a este pobrecito protestantito, y asimismo, en el puerto de Galveston, lo llevaba a pasear en bote, junto con otros muchachos norteamericanos. En Navidad le compré una caja de caramelos y una vida de Robinsón Crusoé, de lo que me quedó su padre muy agradecido. En este mismo puerto de los Estados Unidos encontré mi antiguo barco el «María», y fuí a visitar a mis compañeros de mar; estando sentado a la mesa, con el capitán y los oficiales, tuve una disputa con un bilbaíno que vivía en Galveston, y decía, conforme oía en la tierra en que estaba, que los negros son de otra especie distinta, hablando con desprecio de éstos; yo no me pude aguantar y le demostré que son tan hermanos nuestros como cualquier otro y tan redimidos por la misma sangre de Jesucristo como nosotros. Durante estos días, no recuerdo como hablaría yo a mi compañero de agregado, que aún continuaba en el «María», que al escuchar mis palabras, me dijo: «Cuando seas sacerdote o religioso, no te olvides de rogar a Dios por nosotros, tus compañeros de mar».

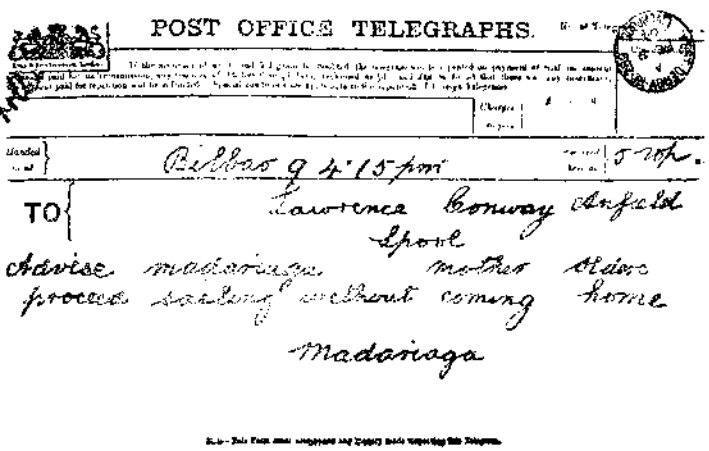
«Tenía yo presentimientos de que mi rumbo en esta vida iba a cambiar; y estaba como cuando las velas de un navío empiezan a sacudirse con los cambios de vientos, que no se sabe en qué viento va a parar, hasta que viniendo una brisa constante y suave, la lleva al puerto. Estos golpetazos de vientos los sentía yo, sin saber dónde me llevaban. Una circunstancia, que en otras ocasiones no me hubiera hecho mella, dejó en mi alma huella profunda de descontento. Y fué que vino a Galveston otro barco de la Compañía Larrinaga, y en ella un caballero notable de la misma, a quien fuí a presentarme y saludarle; mas con tal frialdad y desprecio me recibió, que volví como si me hubiese metido una hoja de acero en el corazón. Salimos de Galveston de diciembre a enero. ¡Qué viaje, Dios mío! Fué todo él una tempestad deshecha: olas como montañas, soledad absoluta..., y yo sólo católico, entre pobres oficiales protestantes, y otra tempestad más furiosa interior. Las cosas que pasaron por mi corazón Dios las sabe mejor que yo; y quedé como navío desarbolado y roto el timón en medio de la borrasca, sin ver con seguridad el puerto de mi destino. Tomé la resolución de echarlo todo por la borda sin saber qué tomaría luego, y llegado a Liverpool escribí de pronto a casa que lo dejaba

Salimos de Galveston...

IX.

Pág. 6

todo y me volvía a Bilbao. Naturalmente sorprendió a todos mi inesperada y súbita resolución, telegrafiaron y me leyó el telegrama mi profesor;


POST OFFICE TELEGRAPHS.

Bilbao 9 4'15 pm

TO Lawrence Conway Anfield Spool

Advise madariaga mother Olden proceed sailing without coming home

Madariaga

pero todo lo había yo dejado y arreglado mi embarque; y, sobre todo, había tomado aquella resolución, y lo hice como solía, contra viento y marea».

«Salí de Liverpool en el «*Niña*» o «*Nieta*», en medio de un temporal, y tuvimos que fondear en una ensenada y pasar allí la noche, porque ni el práctico ni el capitán se atrevían a aventurarse saliendo al mar abierto con aquella tormenta. Al

amanecer vimos otros barcos fondeados en la misma ensenada, esperando que pasara la borrasca. Levamos anclas y salimos mar afuera saludando y despidiendo con la sirena al «*Pilar de Larrinaga*», que había salido de Liverpool; navegaba con rumbo a Buenos Aires, y se había refugiado allí aquella noche. Mi despedida al «*Pilar de Larrinaga*» fué la última acción de mi vida de marino; pero que la divina Providencia en sus amorosísimos planes determinó que dejase para seguir otra mucho más preciosa, a mí entonces oculta, como los pescadores de Galilea, escribiendo recto con mis yerros y llevándome por caminos al parecer tan *disparatados* al puerto seguro de la religión».

«Dejé, en llegando a Bilbao, mi baúl en casa del tío Tomás y fuíme a la casa de mi madre, y, ¡oh, dolor!..., en castigo de mi desobediencia hallé cerradas las puertas; el consejo de familia había tomado aquella resolución, a pesar del disgusto que ello ocasionaría al corazón de mi madre, y una de las sirvientas fué la encargada de intimarme la orden de no pisar ni siquiera los umbrales y de pasar a casa de mi hermana mayor, Presentación. Aquella orden fué para mí un golpe mortal, y sumido en los más profundos abismos de la tristeza y del dolor, me hubiera hallado al

borde de la desesperación si la Providencia Divina no me deparara allá a lo lejos, en medio de las tinieblas, una como luz que parecía alentar mis esperanzas».

SEGUNDA PARTE

El Hombre de Dios
o el
P. Julián de Madariaga

CAPÍTULO I

EN EL DESTIERRO.

Grande era la lucha entablada ya de una manera seria y decisiva en el corazón del joven Madariaga. Cerrada al parecer la casa paterna; obligado a vivir fuera de ella, siquiera fuese en la de su querida hermana; agitada el alma con atormentadores vaivenes, y desorientado al fijar su mirada en el porvenir, andaba buscando la luz que le guiara al puerto, ansiaba por el poderoso

brazo que le sacase a flote en tan terrible naufragio. Siempre caritativo con él, y firme en su idea de aprovechar las cualidades no comunes que para el dibujo había siempre mostrado Julián, su deudo Pepe Terán le proporcionó una plaza en la fábrica de joyería y orfebrería de los señores Anduiza, de Bilbao. Aceptóla Julián con agradecimiento, sin más ideales ni propósitos que el de no perder tiempo y dar huelgo con las ocupaciones externas a la lucha interior que parecía arreciar más de día en día. Revolvía el joven en su corazón los tiempos pasados, y al través de los turbios celajes que como espeso cendal le ocultaban por todas partes el horizonte de aquel alborotado mar, parecióle comenzar a descubrir en lontananza, allá a lo lejos, los destellos de un faro, de aquél faro del Cielo, que le mostrara su madre cuando niño, en el Carmelo, en el altar de la derecha, o sea en el de la Epístola, en donde un Carmelita le impuso el Santo Escapulario del Carmen, que había de ser su salvaguardia en todas las peripecias de su vida. Dirigió Julián sus miradas a la Madre de las Misericordias, y como impulsado por una fuerza impetuosa, irresistible, se sentía atraído con vigor; y cada día antes de comenzar la obligación en su oficio de dibujante, subía a la montaña santa y, al pie del tabernáculo

y en el regazo de la Madre Inmaculada, derramaba su alma atribulada en el corazón de la Virgen de Begoña.

En el interín su hermano Cesáreo, y con él sus deudos y amigos, se deshacían por buscarle nuevos horizontes; pero todo era inútil, porque, según escribe el mismo Julián, «todos sus esfuerzos se estrellaban contra mi conducta singular de que yo mismo no me daba razón, y en su desconsuelo, quedaban del todo desconcertados, al ver que la fiera parecía dar muestras de irse como trocando en manso corderillo». «En casa de Pepe, prosigue, fuí tomando aversión a las lecturas novelescas, y aficionándome a las vidas de los Santos; y llegaban momentos en que no suspiraba por otra cosa sino por imitar sus vidas y sus virtudes; y comencé a ejercitarme en obras exteriores de oración y de retiro, hasta el punto de excitar la admiración de los de casa, en especial de mis hermanas Piedad y Mercedes, que me espiaban por ver si era sincero el arrepentimiento».

Estos días, al parecer de aislamiento de Julián, fueron días de concentración interna y de madura reflexión. Desde el alborear de su vida, dotado de un alma generosa capaz de lo grande; y por un lado, educado sobre el firme cimiento de las verdades de nuestra santa fe, y fascinado, por otro,

...derramaba su alma... en el corazón de la Virgen de Begoña

con la lectura de aventuras novelescas, que se adherían a su joven espíritu, en forma, al parecer, real y verdadera, como impresiones en virgen placa fotográfica; había aspirado a realizar grandes hazañas, en países lejanos, desconocidos, llenos de dificultades que vencer y de enemigos que superar, civilizando salvajes y domeñando fieras y alimañas. De aquí su ilusión dominante de ser marino explorador. Niño y desconocedor de la realidad, no supo ni pudo sustraerse a esta formidable sugestión; inexperto, no pudo ni supo expresar con palabras las visiones de su fogosa imaginación. Por esto, al terminar el bachillerato, después de su primer viaje por mar, comienza la lucha para encontrar el camino que le llevara a las playas felices por tanto tiempo anheladas.

Por otro lado, sus padres y cuantos tomaron parte en la educación del niño Julián, llenos de buen celo y con mejor voluntad aún, no acertaron, en sus decisiones, a dar con la verdadera regla que preside y regula el acto más transcendental de la vida del hombre, y del cual depende todo el porvenir, cual es, la elección de estado. Por lo mismo que el niño es niño, no es infrecuente atribuir a travesura o niñería muchas acciones, muchas aspiraciones, que en realidad son indicios de energías latentes que es necesario estudiar a fon-

do, para conocerlas y saberlas aprovechar. El niño, desde el punto en que brilla en su frente la luz de la razón, ve las cosas que le rodean, se fija en ellas, las estudia, discurre, forma sus planes, traza sus derroteros, fabrica un ideal hacia el cual, como insensiblemente, va dirigiendo los pasos todos de su vida. Al padre de familia, al buen educador, incumbe el deber de no andar rezagado en seguimiento del progresivo desarrollo del educando, y de no cejar en la observación de las inclinaciones de la joven alma que tiene en sus manos; antes al contrario, si ha de cumplir de modo perfecto su oficio, debe de estar en guardia, atisbando, y más aún, sorprendiendo y adivinando, si cabe, los movimientos psíquicos del niño o del adolescente, hasta descubrir los tesoros escondidos o las malezas veladas bajo aquella exterioridad, al parecer sin importancia. Y llegado el tiempo oportuno, debe colocar al jovenzuelo en condiciones de paz y luz suficientes, para que la auto-introspección y el auto-conocimiento de sus propias cualidades, le abran de un modo libre, natural y espontáneo, el camino del porvenir. Por este motivo, grandes educadores, al llegar los jóvenes adolescentes a la edad competente para la elección, ordinariamente los 17 ó 18 años, les aconsejan retirarse por unos días del tráfago de la vida ordi-

naría, para conferir a solas con su alma y con su Dios, los asuntos relativos a su destino inmediato, y resolver en definitiva el norte hacia el cual deben dirigir la brújula de su navecilla en este navegar para la eternidad.

Permitió la Divina Providencia que a pesar de lo arraigado de la fe en el seno de su cristiana familia; a pesar de los desvelos sin cuento que en ayudarle se tomaron sus educadores; a pesar de los encontrados caminos por los cuales intentaron guiar sus deudos a nuestro Julián, no atinaron, sin embargo, a colocarle en el verdadero plano de la elección, ni en postura tal que pudiese ver cara a cara la divina voluntad, e inclinaron demasiado su mirada hacia las criaturas y, mirando demasiado hacia ellas, se hallaba más desorientado a medida que más en ellas fijaba su atención. Así lo confiesa don Cesáreo, casi sin darse cuenta, en unas palabras que caen espontáneas de su pluma: «Su profundo espíritu religioso, dice, era para mí poco conocido, porque lo practicaba calladamente». Y su hermana Mercedes nos había dicho: «Desde niño, y hasta que sintió su vocación, tuvo siempre Julián por norma de su conducta hacer sólo lo que hacía a su gusto... Esto hizo que tuviera inconstancia en las carreras que escogía». Y a decir verdad, dejando a un lado las testarude-

ces que tuvo Julián, como las tienen aun hombres cabales y maduros, y que constituyen faltas inexcusables y dignas de reprensión, podrían las palabras transcritas parafrasearse de un modo tal vez más conforme con la verdad en este nuestro caso, del modo siguiente: «En su corazón de niño, confundió Julián muchas veces sus gustos con su vocación: esto le hizo que tuviera constancia para rechazar siempre, con nobleza franca y leal la carrera que él no había elegido, por no sentirla conforme con una vocación que no sabía definir».

En efecto, Julián quería ser marino, y marino explorador, y a todas horas y de mil maneras ingeniosas y naturales, manifestaba sus dorados ideales. Y, sin embargo, vemos que la primera carrera en que le colocan sus educadores, es en la de medicina, para la cual, como él mismo nos decía, sentía tanto cariño como para ser alpargatero. Obedece el novel bachiller; se establece en Valladolid; comienza su asistencia a las aulas universitarias, y al sentir el rudo choque que las asignaturas que comenzaba a cursar, producían en su interior, con su natural refractario, una como fuerza invisible le impide continuar siguiendo por el camino que, sin contar con su voluntad, se le había trazado. Sabido es de todo el mundo cuán peligrosa es para los jóvenes provincianos la

entrada a vida libre en las capitales en donde comúnmente se asientan las Universidades. Una triste experiencia muestra cuántas víctimas produce entre la juventud inexperta el trato y comercio con otra juventud estudiantil, que no estudia. ¡Cuántos callejeros de profesión, trasnochadores de oficio, jugadores empedernidos, estafadores desvergonzados, y sucios entes y degradados, pululan alrededor de los grandes centros docentes, merodeando en busca de almas que pervertir y más directamente en bolsas que vaciar!; ¡cuántas malas amistades, acaban en un momento de descuido, con las mejores y más sólidas virtudes y con las más enérgicas voluntades, y arrasan hasta más abajo del surco, las tiernas plantas que, cultivadas en los verjeles del saber, ofrecían en su lozano desarrollo, esperanza cierta de ópimos frutos de ciencia y de virtud! Pudo muy bien Julián, aunque con desdoro y daño propios, sumarse a esa turbamulta de falsos estudiantes y malograr de este modo los esfuerzos hechos en su educación; mas no, su corazón sano, honrado y recto se lo prohibe; y con gesto de honrada energía, arrumba los libros, se restituye a la casa paterna y deja una profesión que en modo alguno cuadraba a su carácter y encajaba en sus aspirasiones. Con tanta tranquilidad de conciencia llevó a cabo este acto.

varonil, que su propio padre don Dionisio, pasados los primeros momentos, hubo de reconocer el derecho que a su hijo asistía. He aquí cómo nos relata su hermana Nicasia este incidente: «Cuando volvió de Valladolid porque no quería estudiar la carrera de médico, su padre se incomodó mucho; pero, a la hora de cenar, al verle tan tranquilo y con tan buen apetito, le hizo gracia, y olvidando ya su enfado, nos dijo a los demás riéndose: *Este parece que ha venido con el título de médico en el bolsillo*».

Igual explicación debe de darse a la prontitud con que sacudió de sí con violencia los estudios de comercio. Y si a la postre vino a dejar aun aquella profesión, que constituyó el blanco de sus aspiraciones, fué porque al terminar su viaje de agregado en el *María*, sintióse ya burlado en sus vanas ilusiones. Así le vemos aquietarse durante su época de pintor en Madrid, época en que, según el testimonio de su deudo don Ricardo Díaz de Terán, que picado de la curiosidad, le revolvió los papeles de su estudio, el único libro que tenía en el aposento era el intitulado «*La imitación de Cristo*», de Tomás de Kempis. Así le vemos también caminar sombrío y triste, sin detenerse siquiera por un momento en las suntuosas ciudades que por fuerza ha de hallar a su

paso hacia Liverpool, en Inglaterra, para entrar al servicio de la casa Larrinaga; le vemos marearse, él, intrepido marino, al atravesar el Canal de la Mancha en cómodo barco de vapor; servir mustio y cariacontecido a bordo, y en ciertos momentos, exclamar como en otro tiempo el hijo pródigo: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre..!

Años adelantes nos descubrirá los secretos y escondidos senos, en donde guardaba las causas de estas, a los humanos ojos, veleidades de veleidoso y tornadizo muchacho.

CAPÍTULO II

LA METAMÓRFOSIS.

AN anómalo estado de cosas, escribe Julián, había de pasar, porque era del todo necesario tomar una resolución definitiva; ni era para mí ocupación suficiente la de mero dibujante de taller, por importante que éste fuese. Y, sin embargo, no sabía yo, si volverme a embarcar o esperar hasta ver en qué terminaba aquella situación, que bien pudiera degenerar en terrible tragedia. Tenía yo, como era natural, trato con algunos antiguos amigos, y uno de ellos, inspirado sin duda por la Virgen, echóme un cabo que fué el principio de mi salvación. Hablando un día con Juan José Acha me dice: «¿Por qué no entras congregante en la

Congregación de San Luis?» «¿Para qué?—le contesté—, ¡si dentro de poco me he de embarcar!» «Pues, por lo menos—añadió—ven a ver la Congregación». Fuí con él y tuvo el cariñoso atrevimiento de presentarme con estas palabras al Padre Reyero: «Padre, aquí le traigo al nuevo congregante». Yo no protesté, agradecí la cariñosa sorpresa, y a poco fuí admitido como Congregante de la Inmaculada Concepción. Me resolví a serlo de veras. Desde luego fuí catequista y me enviaron a la quinta parroquia; y a poco me invitaron a visitar la adoración nocturna, y me quedé a velar al Santísimo aquella noche e ingresé en la adoración. El último paso lo había de escoger Dios, como escogió el principio y el camino».

«Estaba un día con Basilio en la fonda en que parábamos, disputando sin duda sobre mi triste situación, de él bien conocida, como miembro que era de la familia, cuando se le ocurrió decirme: «Si tú deberías de meterte a fraile». Repliquéle vivamente: «Por mí no hay dificultad». Repuso: «¿Que no? Pues mañana mismo se lo digo a tu madre.» Se hallaba ésta en Yturre con Leonardo, Cesáreo, Nicasia y vosotras dos. Dióle Basilio la noticia y, al oírla, se asustó, creyendo que era un nuevo disparate. Poco después me dijo Basilio: «Yo mismo te recomendaré a un fraile». «No,

le contesté, déjame que ya lo buscaré yo». Y sin saber por dónde echéme a buscar el tesoro escondido del Evangelio. Yo sentía regocijo en ir con la vista recogida, en retirarme del bullicio... Me conmovía al ver a los Capuchinos tan pobres, tan penitentes, tan humildes, apostólicos... y me fuí a su convento de Basuerto para solicitar la admisión. Me dijeron que yo tenía la cabeza dura para el latín; y, ¡cosa rara!, lo que nadie me había dicho se les ocurrió a ellos: que yo debía de tener poca salud para una vida tan penitente. Me cogió de sorpresa aquella salida, y respondí: «Pues yo acabo precisamente de venir del mar y de llevar una vida bien dura». Dilataron el admitirme, no sin que uno de ellos me aconsejara que perseverase en pedir, pues sin duda conseguiría mi intento. Pero el Angel de mi guarda, que guiaba mis pasos, me llevaba silencioso a otro término para mí desconocido. Hablaba un día en la Congregación con Sebastián Bastida, que había sido novicio en Loyola, y salido por enfermo, y como recayese la conversación sobre las dificultades con que se tropieza en la vida religiosa, de los diversos modos de ser de cada una de ellas, y de la que a cada individuo puede cuadrar según las disposiciones que en las almas sembró el Divino Sembrador, le dije casi sin saber lo que decía, siguiendo incons-

cientemente los impulsos al parecer encontrados de soledad y altruísmo que toda mi vida había sentido: «Yo quisiera una religión que, juntamente, tuviese la vida activa y la contemplativa». Contestóme él al momento: «Entonces no encontrarás cosa mejor que la Compañía de Jesús». Y, en efecto, al sentir yo deseos de vivir entregado sólo a Dios, sentía también allá en lo hondo del corazón una voz que parecía decirme: «¿Y los indios, y los pobrecitos indios?»

«Deslizóse poco más de una semana; en cierto momento en que acertaba a conversar con el Padre Reyero, me invitó éste para que fuese a enseñar dibujo a los jóvenes obreros del Patronato. Le respondí: «Espere unos días, deme tiempo para pensarlo y le contestaré». Al cabo del plazo estipulado, pido audiencia para hablar a solas con el P. Reyero, y entrando ambos en una de las salas de la Congregación, le digo sin más preámbulos: «Padre, deseo entrar en la Compañía». El Padre, advertido de antemano casi en contra, como supe años adelante, por mis deudos; bien informado por mis compañeros, y más que nada habiendo penetrado la lealtad de mis nobles aspiraciones, contestóme con resolución: «Concedido». Examinaron mi vocación varios Padres de la Residencia, por orden expresa de los Superiores; me

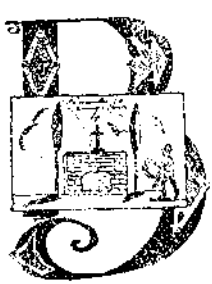
dieron a leer un tomito del Padre Rodríguez, y para remate y acabar de confirmarme en mi elección, me enviaron a Loyola para hacer los Ejercicios de San Ignacio».

«La decisión de su vocación religiosa, escribe don Cesáreo, fué una sorpresa para todos. Estábamos nosotros veraneando en Yturre, aldeíta de Vizcaya, y mi hermano Julián en Bilbao, en la misma casa de huéspedes en que se hallaba Basilio, primo segundo, hoy cuñado nuestro. Vine yo un día a comer a Bilbao, a casa de un vecino e íntimo amigo, y le cité, a mi hermano, en aquella casa. Me dijo que deseaba ser religioso, si se lo permitía nuestra madre, y que su propósito era firme y seguro esta vez. La sorpresa mía creció al manifestarme sus deseos de ingresar en la Compañía de Jesús. Haciéndome yo la consideración de que no podría soportar una disciplina tan severa, ni poder seguir los estudios tan intensos, por haber sido siempre poco aficionado a los libros serios, y hallarse además completamente desentrenado, supuse era una veleidad más de su modo de proceder, y que, aun cuando firmemente se lo propusiese, por mucha que fuera su fuerza de voluntad, no podría lograrlo, y en consecuencia me fuí prontamente con un mi amigo a la Universidad de Deusto, para ver a un Padre su conocido, y le

puse en antecedentes del caso, y le rogué que sometiese a pruebas rigurosas al candidato, para probar sus aptitudes y para averiguar si era verdadera su vocación, y para que, en caso negativo, prontamente le desengañasen; pues dados los años que contaba no tenía ya más tiempo que perder. La misma desconfianza abrigaban los miembros de la familia y los amigos que habían seguido atentos la vida azarosa del hoy, al parecer, arrepentido aventurero, y todos se dispusieron a contar con los dedos de la mano los días de perseverancia de Julián en el seno de la orden religiosa que le abriera sus puertas».

CAPÍTULO III

EL BAUTISMO DE SANGRE.



IEN así como la paloma mensajera, cuando libre de los hierros que la aprisionan, levanta el vuelo hasta el cenit, y rodeando el horizonte tantea una y otra vez las salidas del campo que la naturaleza le ofrece, y no ceja hasta dar con los jalones de antemano conocidos, y se lanza vertiginosa, guiada por ellos hasta descansar en las delicias del nido, de donde en mal hora manos despiadadas la arrancaran; o como el ciervo que, acosado por la sed en campo agostado, corre presuroso en busca del límpido manantial en donde brota la cristalina agua que ha de apagar su sed; tal, nuestro joven aventurero, después de tantas

frustradas aventuras en busca de la felicidad, al descubrir la mano de Dios que le señala como con el dedo la orientación que debe seguir para cumplir con los designios que sobre él tiene trazada la Divina Providencia, se lanza impetuoso por el marcado sendero en seguimiento de nuevos y más sublimes ideales, aspirando a colocarse al lado de los santos y aun de los mismos ángeles, si posible fuera; y aplica sus labios, sedientos de justicia, en aquella fuente manantial del Corazón Sagrado de Cristo, de donde brotan aguas divinas que saltan hasta la vida eterna, para saciarse con ellas y dar, una vez más, cumplimiento a las palabras sagradas: «*Beberéis con gozo el agua que brota de las fuentes del Salvador*.»

Julián ha hecho con honrada exactitud y fidelidad los Ejercicios de San Ignacio; hombre de talento, pudo ver claras las finezas de su Dios para consigo; deseó ceñirlas dentro de los límites de una holgada medida para aquilatarlas y mejor agradecerlas. Mas le fué imposible. A fuer de hombre de gran corazón quedó espantado y como fuera de sí al considerar su ingratitud para con un Dios tan espléndido y munificente, que tanto le había amado y le amaba, y explotando su alma con formidable estallido, lleno de vergüenza santa exclamó como en otro tiempo el valiente defensor

del castillo de Pamplona, Ignacio: ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? Y al quedar como aturdido y en suspenso de la comparación de extremos tan opuestos, oye una voz misteriosa, dulce, atrayente, de irresistible fuerza, que le dice: «Soy Jesús; Mi voluntad es de conquistar para el cielo todo el mundo. Sígueme». Y como despertando de un profundo letargo que le parecía haber durado toda la vida, se ofrece presto y diligente para seguir las huellas de su Señor y de su Rey. Llevado en su espíritu al teatro de la guerra, ve simbolizados en los campos de Jerusalén y de Babilonia, los ejércitos del bien y del mal, y atisbando el lugar preferente que le corresponde en las filas de Jerusalén, y ávido de la gloria de Dios, no aguardaba sino la orden de lo alto para entrar en batalla.

Hermosamente descrito nos ha legado el cariño de su hermana Mercedes el estado de ánimo de Julián en estos sublimes momentos, en una anécdota que ella refiere y que en realidad encierra como en cifra toda la vida anterior de nuestro héroe, y es la clave para explicar muchos de los hechos que llevamos referidos. Dice así Mercedes:

«Era el año de 1920; fué Julián a Bilbao, donde estuvo algunos días, y aprovechando esta coyun-

tura le llevamos a dos obreros que queríamos enderezar por buen camino, para que esta visita sirviese como de puente con que se pusiesen en contacto con los Padres y conseguir así nuestro intento. Estuvo con ellos sumamente cariñoso, y entre otras cosas les contó su vocación, y haciendo un poco de historia de su vida les decía: «que él buscaba, sin saber dónde lo hallaría, un mundo en donde se viviese con más nobleza y más altos ideales, y que por eso, aun descendiendo en cierto modo de su esfera social (sus padres querían otra cosa de él), en prosecución de su ideal pasaba por todo, a trueque de conseguirlo. Como lo que le parecía más apropiado era el ser marino explorador, se empeñó en serlo contra viento y marea; hasta que, por fin, Dios quiso encauzar definitivamente su rumbo al puerto de la religión, donde se vieron realizados por completo sus ensueños y que, desde aquel momento, no tenía otro ideal que el que le despellejasen por Cristo».

Tales eran las aspiraciones del nuevo atleta desde el comienzo de su nueva vida. Y no tardó en ver satisfechos, a lo menos en parte, sus anhelos frente al enemigo y en ocasión propicia para dar muestra de la gallardía de su genio y de su inquebrantable voluntad de servir a su Señor y a su Rey. Aciagos fueron en demasía los primeros

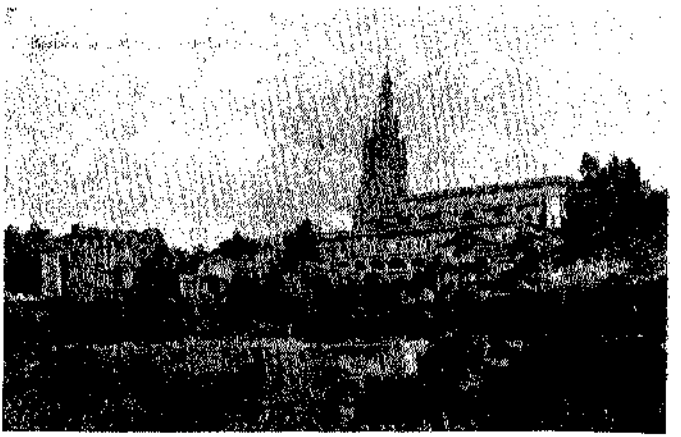
lustros de nuestro siglo XX. Diríase que el lúgubre tañir de las campanas que anunciaban el sepelio del llamado siglo de las luces, era el santo y seña de los impíos, y como el toque de arrebato y orden de ataque para las furias infernales, que en masa compacta se lanzaron contra la Iglesia de Dios, en todos los países del mundo, por todos los medios posibles, aun los más inicuos y con rabia verdaderamente desesperada. Tumultos callejeros; ataques a los monasterios y conventos; partidas de forajidos, pistola o puñal en mano, contra los fieles de ambos sexos y de todas edades que formaban en devotas procesiones; allanamiento de moradas católicas, so pretexto de arrancar de las fachadas las imágenes de santos en ellas colocadas; insultos continuos a las personas religiosas y venerables sacerdotes y prelados; escandalosas representaciones teatrales; inmunda propaganda vertida por las cloacas de la prensa liberal e impía; burdas e inverosímiles calumnias lanzadas como cieno sobre la frente de mil honorabilidades dignas de veneración y de respeto, y otras mil acciones bajas semejantes, fueron las armas que esgrimió la impiedad para volar la piedra inconmovible de la Iglesia de Dios. Y como para rematarla, cual si fuera capaz de morir, inicuas leyes se fraguaban, aun en nuestra católica

España, y estuvieron a punto de aprobarse, para sancionar las obras de destrucción emprendidas por el infierno desbocado y que culminaron en la abominable semana trágica de Barcelona. Las ciudades de Madrid, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Castellón y otras cien poblaciones españolas fueron testigos de vandálicas escenas, y hubieran las hordas infernales conseguido su intento, si no se hubiera llenado de indignación, hasta rebosar colmado, el pecho del verdadero pueblo español. Frente a ese ejército de forajidos se levantó potente otra aguerrida milicia de jóvenes entusiastas, amantes de su fe y de sus patrias tradiciones, que ofreció su pecho al enemigo, y como dique de acero cerróle el paso y le detuvo en su marcha triunfal, y como arrolladora avalancha le obligó a iniciar una retirada vergonzosa, que perdura aún en los presentes momentos.

Nuestras grandes ciudades se convirtieron en campos de batalla, en los que junto con el sonar entremezclados de la vibrante corneta de las milicias nacionales y el taimado pito de los forajidos, y junto con el sordo chasquido de las armas al venir a las manos los contendientes, oyóse el murmullo lastimero de un río impetuoso, formado por la sangre confundida de corazones que debían de amarse como hermanos, y que iba a morir en el

seno de un mar amargo y profundo de odios y rivalidades. No pudo faltar a la invicta y noble villa de Bilbao la gloria de ir en las avanzadas del ejército de esta nueva reconquista, y así escribió en su historia, con caracteres de sangre y de oro, páginas inmortales, como las memorables jornadas de Begoña en los primeros días de octubre de 1903, en especial la del día 11, en que la célebre peregrinación bilbaína se abrió paso hasta la calzada que une a Bilbao con el devotísimo Santuario de Begoña, entre una verdadera lluvia de balas que causó muertos y heridos por ambas partes. Un año justo había transcurrido; en la misma fecha de 11 de octubre de 1904, aniversario de la heroica jornada, vemos a nuestro antiguo marino explorador, trocado ya en atleta solamente de la gloria de Dios, recibir el bautismo de sangre en singular y desigual combate, en defensa de los derechos de su Dios. Dejemos que nos describa los sucesos el mismo entonces fervoroso joven, señorito X, hoy religioso ilustre de la Compañía de Jesús, que fué quien dió ocasión para que se desarrollara la escena a que nos hemos referido. Dice así:

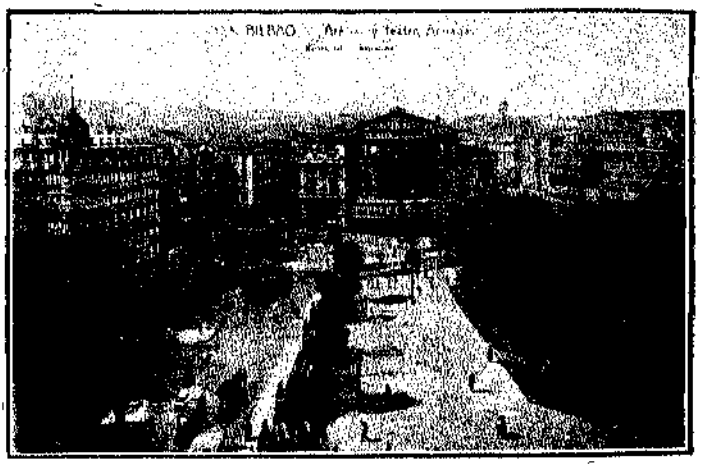
«Había empezado la función solemnísima de Begoña, donde se congregó una muchedumbre como se ha visto muy pocas veces, y hacía rato



...la célebre peregrinación... se abrió paso hasta la calzada...

XI

Pág. 90



A la puerta de mi casa, que está cerca del Arenal, oí decir que en él...

XII

Pág. 90.

que se iniciaba la dispersión, reintegrándose a la villa en pequeños grupos. A la puerta de mi casa, que estaba muy cerca del paseo del Arenal, oí decir que en él acometían a los peregrinos dispersos algunos grupos de anticlericales. Aunque yo era todavía casi un niño, no pude resistir a la tentación y corrí a su encuentro. Llevaba dos medallas al pecho: la de peregrino y la de Congregante de la Inmaculada. Al principio, aunque anduve entre la chusma, nadie se metió conmigo; pero a mi vista, a un conocido mío, ya mayor, y de fuera de Bilbao, le dijeron que se la quitara y se la quitó. Yo entonces me acerqué a él, y en vascuence, para que no me entendieran sus acometedores, le afeé su conducta. El siguió su camino; el grupo se volvió a mí y me rodeó amenazante. Eran bastante, acaso ochenta o cien. Me exigieron, como al anterior, que me quitara mis medallas, que, según ellos, era «una provocación». Me negué a complacerles y trataron de arrancármelas ellos. No lo consiguieron, aunque alguna de ellas tuve que recogerla del suelo, a donde había caído entre el forcejeo; y cuando me inclinaba y me hacía con ellas empezaron a golpearme».

«En ese crítico momento, un joven, para mí desconocido, se abrió paso, y juntándoseme, trató de defenderme. «¡No le peguéis!»—gritaba—

«¡no le peguéis!» De entre el grupo salieron varias voces, encarándose con él: «¿Quién le defiende?» «¿Por qué le defiende?» Madariaga, pues era Madariaga el joven, mi salvador, contestó muy decidido: «Yo le defiendo, y le defiendo porque es más joven que vosotros...» No pudo continuar, porque abalanzándose sobre él le acosaban por todas partes, maltratándole. Madariaga, sin embargo, se defendía valientemente. Acudieron los forales; uno de ellos me arrancó del grupo, y éste, abandonando en el suelo a mi heroico defensor, huyó por la bocacalle de la Plaza Nueva, donde, en su extremo opuesto, se encontró con el joven D. Z., actual profesor de Química en uno de nuestros más importantes centros docentes de la Compañía de Jesús, entonces estudiante de ingeniero, y como a Congregante y peregrino le atropellaron como a nosotros y le produjeron graves heridas. Momentos después, estando yo a la puerta de mi casa, vi pasar a mi libertador, el futuro P. Julián, sin boina, sin paraguas, y manchado de sangre y desordenado el traje. Le di las gracias por su intervención y supe quién era. Yo trataba mucho a un hermano suyo, que se llamaba Leonardo, y por quien supe más tarde cómo Julián había entrado jesuíta. No lo volví a ver hasta su paso por Loyola, camino de las Carolinas. Co-

mentamos, como era de suponer, con alegría indecible, el hecho de que los tres apaleados en aquel solemne dia, somos hoy hijos de la Compañía de Jesús; y se empeñó en llevarse, como recuerdo, a su misión, una fotografía mía y el último recordatorio de mi primera misa».

CAPÍTULO IV

EL RELIGIOSO.

NO ES MARAVILLA que el joven X no volviera a ver por entonces a su heroico libertador, porque habiendo ocurrido los sucesos que acabamos de narrar el día 11 de octubre de 1904, vemos a Julián inscrito en los registros del Noviciado de Granada, de la Provincia de Toledo, de la Compañía de Jesús, el día 29 del mismo mes y año, de forma que sin duda no pasarían más allá de cinco a seis días los que tardó en abandonar los patrios lares. Es cosa que llama la atención, a quien conozca el modo de proceder en la admisión de neófitos en la orden jesuítica, el ver encaminarse a Madariaga desde Bilbao a Gra-

nada, y no al vecino santuario de Loyola, casa noviciado en donde se reciben para su formación los jóvenes de las regiones Castellana y Vasco-Navarra, que pretenden ingresar en la orden. En los primeros momentos se dió por razón, como escribe Mercedes, «el haberle dicho que allí había menos vocaciones». Curiosa Mercedes, años adelantes, quiso esclarecer este punto y preguntó a su hermano la causa de aquella novedad. Responde éste con ingenuidad en 17 de julio de 1919 desde Sarriá: «A la pregunta del porqué fuí a parar al Noviciado de Granada difícilmente puedo darte razón, porque ni yo lo sé. Sólo sé que me examinaron la vocación en Loyola y en Bilbao, y que un día me dijo el P. Reyero que iría a Toledo. Como yo no conocía ni las casas, ni las divisiones de la Compañía en provincias, creí sería a la ciudad de Toledo; pero resultó ser la Provincia jesuítica de Toledo, y por consiguiente a su noviciado de Granada. Nada pregunté, sino que simplemente me encaminé a Granada, pues sólo quería dejar el mundo y seguir a Jesucristo donde quiera que fuere. Y no me arrepiento de haberme dejado llevar con tanta docilidad al Noviciado de Granada, pues pensándolo algunas veces me parece que dentro de la gracia de la vocación a la Compañía, no me podía el Señor haber llevado a otro noviciado, y a

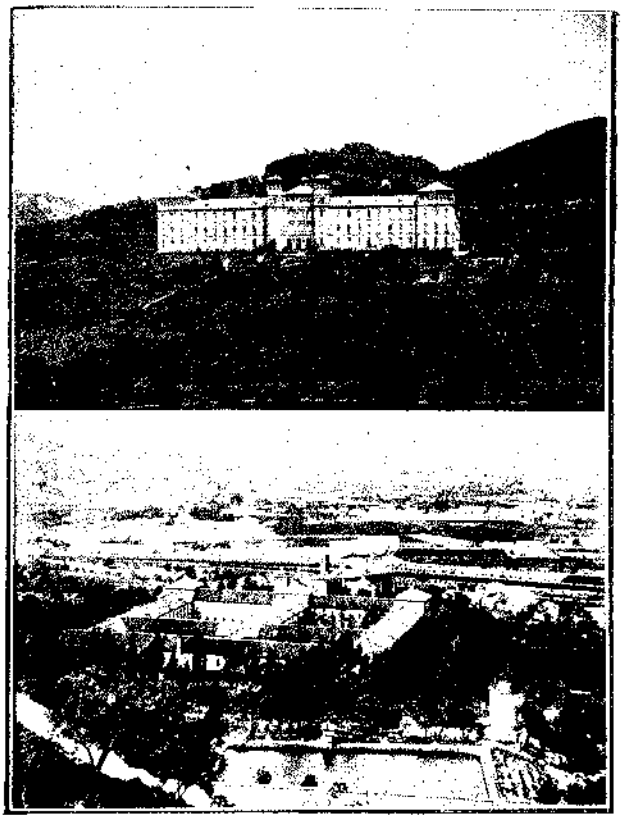
otra provincia, y a otra región mejor que al Noviciado de Granada, a la Provincia de Andalucía y las regiones de Andalucía y Castilla la Nueva. ¡Dios sea bendito por todo!». El joven X, después de la relación que nos hizo de los sucesos de Begoña, ya conocidos, y al hablar de la entrada de Madariaga en la Compañía, escribe: «Había sido entusiasta amante de las tradiciones de su tierra, y quizás por esto sólo no entró en nuestra provincia de Castilla, alejándose así, para siempre, de lo que tanto y tanto había amado». Sea de ello lo que fuere, en todo caso el acto de Julián al separarse de su tierra y parentela, cual otro Abraham, fué un acto verdaderamente heroico y digno de singular estima y alabanza.

En vano aguardaban con temor sus familiares la pronta vuelta de Julián; todos hubieron de exclamar con su hermana Nicasia: «Nos equivocamos». Y Mercedes añade: «No sólo no volvía, sino que sus cartas eran cada vez más ardientes, más edificantes, llenas de consejos, y caldeadas como si brotasen siempre de un corazón continuamente metido en el horno de los santos ejercicios». Seguía Julián en curso común con sus hermanos novicios su nueva formación, y atento a las enseñanzas que recibía de labios de su maestro de novicios el R. P. Valera, las revolvía en su mente,

las meditaba, y a pesar de todos sus esfuerzos, andaba como a tientas, bordeando el sentido de los principios fundamentales en que estriba la perfección religiosa, sin acertar a penetrar de lleno en su recinto. Un día se presenta a su maestro, le expone sus dudas, le manifiesta sus deseos de ver la verdad entera y clara; su prudente maestro le escucha atento, resuelve las dificultades propuestas y le añade algunas palabras más, para acabar de aclarar conceptos y para animarle a seguir adelante, sin desfallecer, a pesar de las dificultades que en el camino pudieran atravesarse. De repente, el novicio, como si se viera iluminado con luz superior y movido por un resorte invisible, echa mano a su bolsillo, saca el pañuelo, lo estruja y lo revuelve entre sus manos, y arrojándolo con violencia al suelo, prorrumpe en esta gráfica pregunta: «¿Quiere decir, Padre Maestro, que he de hacer así con mi propio querer y mi propio sentir?» «Sí, eso, eso, cabalmente», le replicó su solícito maestro. No hubo necesidad de más. Julián de Madariaga, el marino explorador, el que jamás hizo sino lo que le vino en gusto, y contra viento y marea llevaba siempre a cabo cuanto se proponía, aun contra el parecer de sus mayores, es y será en adelante, hasta morir,

hombre de abnegación eximia, abnegación que le llevará hasta el heroísmo.

La vida del noviciado se deslizaba tranquila en silenciosa mansión de paz, dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, trasunto del cielo, a la vista de la Alhambra y del Generalife, acariciada por las perfumadas brisas de mil y mil fragantes flores que el Darro y el Genil esparcen por aquella hermosa e histórica vega de Granada, testigo de tantas y tan genuinas y puras glorias españolas. Nido en que anidan felices polluelos que, huyendo ateridos de los glaciares del mundo, lograron recogerse en él para desarrollarse y crecer al amor del soplo de ardiente caridad que sobre él irradian los Corazones de Jesús y María. Templo de la poesía y de la ciencia, en donde, a la par que sólida virtud y fuerte, esa juventud briosa acopia material de guerra para las batallas que en defensa de la fe han de librar en el campo de la literatura y de las ciencias naturales. Fragua en que se moldean y templan, evocando las hazañas titánicas de los Pulgares, Mendozas, Aguilares y otros, caracteres valientes, fervorosos, constantes, invictos, que en su día harán tremolar el lábaro de la Cruz en los torreones de los cuatro ámbitos del mundo, aun a trueque de derramar su sangre, si para ello



La vida del noviciado se deslizaba .. en silenciosa mansión de paz.

XIII

necesario fuere, ayudados siempre de la gracia de Dios.

Una vida pura, limpia y émula de la limpieza y puridad angélica, prescribe San Ignacio a los suyos como base fundamental de toda la vida religiosa en la Compañía; base sin la cual es locura pretender la perfección. No nos consta de modo positivo hasta dónde llegó la limpieza de alma de nuestro joven en los años turbulentos de sus aventuras, especialmente en lo que a la virtud angélica se refiere; pero sí podemos afirmar que ni en sus escritos, ni en sus amistades y conversaciones, ni en la multitud de caricaturas que su hábil lápiz nos ha legado, ni en los testimonios de personas que le conocieron y trataron, hallamos vestigios que revelen en su alma bajeza de sentimientos y salpicamiento de esos vicios más o menos repugnantes que suelen tiznar y aun embrutecer a cierta clase de juventud. Mas, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el novel religioso entró de lleno en el camino santo de su vocación, y poco a poco, y no sin esfuerzo ni pelea, iba adquiriendo las virtudes religiosas, de modo que pasados los dos años de noviciado acostumbrados en la Compañía, con el beneplácito de sus superiores y con la alegría de sus iguales y compañeros, selló con el augusto juramento de los votos religiosos, el jura-

mento que ya en su corazón tiempo ha había hecho, de servir hasta la muerte a su Dios y Señor, el día 30 de octubre de 1906, festividad de San Alonso Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús. Coincidencia feliz que más tarde influirá en el ánimo de Julián para ulteriores y más heroicas resoluciones.

La formación que en espíritu y ciencia da la Compañía a sus hijos, es prolija, y tan completa como cabe en humano ser, sin perdonar gastos o sacrificios que puedan ayudar a obtener el fin que con ella se pretende. Siguió Julián la ruta ordinaria de los estudios; cursó primero, durante tres años, la literatura, inmediatamente estudió, durante otros tres años, la filosofía y dió un repaso a los conocimientos que ya poseía de ciencias físico-naturales, y tras un breve interregno en que los superiores le emplearon en la enseñanza y en que perfeccionó algo más sus estudios favoritos, volvió otra vez a las aulas en calidad de discípulo, para dedicarse, durante cuatro años más, en adquirir los conocimientos necesarios en la Compañía para llegar al Sacerdocio. Son los años de formación, de suyo oscuros, monótonos, solitarios. En ellos, el joven escolar, a imitación de Jesús en el taller de Nazaret, se dedica casi única y exclusivamente, y con toda su energía, al cultivo

de su propio espíritu, en orden a obtener una formación verdadera y completa. Debió de llenar Julián la medida que, según sus talentos, de él habían esperado los Superiores, y debió de adquirir la perfección requerida por el Instituto de la Compañía, para ser recibido a las sagradas órdenes, cuando le vemos subir al sagrado altar, sin tropiezo, ni dilación alguna, el día 25 de julio de 1920. Más aún, terminado sus estudios en Sarriá, fué enviado a la Santa Cueva de Manresa, en donde pasó lo que en lenguaje jesuítico se apellida tercera probación. Es decir, sufrir una ya definitiva probación, que consiste en emplear, por prescripción del mismo San Ignacio, después de terminados los estudios, un año en atender única y exclusivamente a los ejercicios de piedad, mortificación y abnegación, para reparar las pérdidas que tal vez, en el decurso de los estudios, hubiera experimentado, alternando con el estudio profundo del instituto o código de la Compañía. Con este año se da, por decirlo así, el alta al jesuíta, y se le considera ya del todo formado para el trabajo apostólico, y como corona se le autoriza para hacer los últimos votos o profesión solemne, con que queda ya definitiva y enteramente ligado con la religión y la religión con él. Hizo nuestro P. Julián esos últimos votos el día 2 de febrero

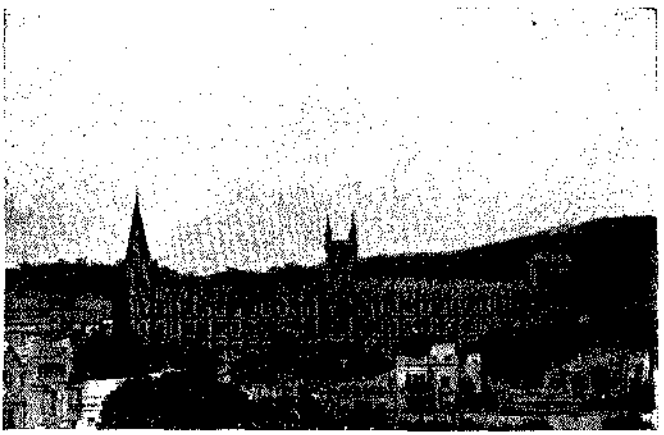
de 1922, a los diez y ocho años de su salida del mundo.

Poco o nada más hubiéramos sabido de nuestro fervoso estudiante si el cariño sincero que se profesaron siempre Mercedes y Julián, no hubiera inspirado a aquélla mil preguntas llenas de picardía santa, con las que obligada a su hermano a descubrir, casi sin darse cuenta, los tesoros que encerraba su alma y el uso que de ellos hacía en su vida ordinaria. Son, en efecto, las cartas de Julián a Mercedes tan espontáneas, tan expresivas, tan hermosamente sinceras, que ellas sólo bastan para darnos un autorretrato de su interior. En una de las cartas escritas a raíz de su entrada y como queriendo prevenir una dificultad, o mejor, deseando desmentir una de tantas inexactitudes que se propalan en contra de los que abrazan el estado religioso, y de modo especial, contra la Compañía, escribe: «Dicen que los Jesuítas quitan el cariño a la familia. ¿Cabe en cabeza sana el creer que quienes aman hasta a los cafres y hotentotes, y hasta a sus mayores enemigos, no amen a su familia, que es lo más cercano que aquí tienen después de Dios? Y por si este amor a los salvajes cree alguno que es pura palabrería, ahí están las obras de los mártires y misioneros que son de ello buena muestra. Pues por ese

... y dio un repaso a los conocimientos que iba poseía de ciencias físico naturales...

XIV

Pág. 104.



Colegio de San Ignacio, de Sarriá (Barcelona), donde Madariaga estudió Teología

XV

Pág. 103.

amor viven en los hielos del Norte, en los desiertos del Africa, y América y Asia y Oceanía; y los que aquí se quedan es porque la obediencia no los deja ir, y como remate digo, que si me mandasen, con alegría me iría allá, no sólo entre fieras y salvajes, sino entre apestados, a la India».

En otra carta: «Aquí (Sarriá) me tienes en vísperas de los santos ejercicios y por esto tendrás que pedir con más fervor. Pues si bien eres buena, ahora tienes que ser requetebuena, y sobre todo que tengas mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Y bien sabes que esto consiste en desear su reinado en todas partes, en sufrir por su amor: mas sobre todo, en procurar con toda nuestra alma, vida y corazón, asemejarnos a su Corazón dulcísimo lo más posible, sufriendo en silencio por su amor, trabajando con fruto o sin él por su amor, no deseando otro gusto, que el dar gusto a su dulcísimo Corazón. Y para alentarnos y sostenernos en tan difícil empresa, ayudarnos con plena confianza de la intercesión de San José bendito y de María Inmaculada».

Y desde Manresa: «Estoy llevando vida de Cielo, y si en este segundo noviciado no me hago, con la gracia de Dios, un santo, más quisiera que el Señor me segase en ella la vida. ¿Te parece que estoy tan tétrico como antes? Pide a los dulcísimos

Corazones de Jesús y de María, que después de tantos solícitos riegos y cultivos de mi madre la Compañía de Jesús, no salga un alcornoque, que dé solamente bellotas, sino árbol saturado de la divina savia que corre por las venas preciosas del que es la vida, y nosotros los sarmientos, injertados en su Corazón dulcísimo, por la delicada mano de la Divina Labradora de nuestras almas, la Purísima Virgen María. Seamos personas de oración, porque hay tantas pobres almas necesitadas, que es menester estar continuamente con el corazón en el Cielo, los ojos llenos de lágrimas y la boca de suspiros y oraciones, para que llueva el maná sobre tantos pobres que mueren de hambre por falta de pan de cielo. Dentro de pocos días saldrá de Marsella, para el Japón y Carolinas, la primera expedición de Jesuítas españoles, para esas islas que habían quedado abandonadas por la expulsión de los PP. Alemanes Capuchinos, y que ahora el Sumo Pontífice ha encargado a la Compañía».

Estos y otros elevados sentimientos de ardiente caridad brotaban, a no dudarlo, de su espíritu de oración y unión con Dios, como sus palabras mismas lo indican, y se traducían exteriormente en multitud de actos, que por saberles dar un como tinte de espontaneidad natural parecían sin

valor. Mas no dejaban de ser apreciados por cuantos le rodeaban; y cuanto más él con su ingeniosa y diríamos connatural humildad se escondía; tanto más se granjeaba la estima de propios y extraños. Era en sus días fumador empedernido, y, como él decía, fumaba más que una locomotora. Entrado en religión, dejó en seco aquella costumbre. Los fumadores de oficio saben las dificultades que se hallan en dejar el cigarro. Preguntado Julián que tan gran sacrificio le había costado dejar su arraigada costumbre, respondió que no había experimentado dificultad alguna, añadiendo modestamente que sin duda Dios lo había hecho todo.

Un carácter fuerte como el de Julián parece que no debía de ser jovial y amigo de la expansión y de la broma. Y, sin embargo, una de las cosas en que se fija más su hermana Mercedes es en la jovialidad y buen humor de su hermano, y la gracia que para ello poseía. Refiriendo escenas íntimas de familia, nos dice que fué siempre de carácter alegre, y que solía hacer reir mucho a sus hermanas con sus *payasadas*, entre otras la imitación de un baile salvaje que intitulaba «*Sama la culculé*». Y añade que la primera vez que fueron a veranear a una pequeña aldea de Guipúzcoa, apenas llegado, se vistió de mamarracho y con una escoba

en la mano recorrió varios caseríos: las aldeanas decían que en la familia que había llegado al pueblo se contaba una loca. No perdió por cierto este buen humor al entrar en religión; que no está reñida la virtud y el recogimiento con la buena gracia; antes pareció acrecentarse, distinguiéndose de modo especial por su extraordinaria flexibilidad en imitar fielmente cuanto quería, y en sus ocurrencias chispeantes y oportunas; pero guardando siempre las leyes de la más fina cortesía y modestia y caridad religiosa. No acaban sus compañeros de referir anécdotas a cual más graciosa y rebosante de gracia y de buen humor cuando comentan los ratos de expansión y de recreo que pasaron en compañía del P. Madariaga.

Era ya tiempo de exámenes de fin de curso y tocó el turno a uno de los estudiantes, campechano andaluz, que era a todos simpático por su buen carácter y por su fina y bien molida sal. La despiadada papeleta sacada por suerte le obligó, a él, poco avenido con las arideces matemáticas, a desarrollar la teoría geométrica del prisma óptico. Torpe su mano, que vibraba por el miedo más que cascabel en cabezada de brioso alazán, no acertó a trazar, cual convenía, una normal necesaria para la demostración, por lo que hubo de ser advertido por el tribunal. Esta

circunstancia, aunque corrigió prontamente su yerro, le hizo salir algo mohíno del examen; y refiriendo él mismo lo que le había ocurrido, con gracejo y buen humor, entreverado de sentido desengaño, ofreció con este incidente, durante algunos días, materia para sabrosas bromillas entre los jóvenes estudiantes, sus compañeros. Ya en plenas vacaciones, y para fomentar la cordialidad y buen humor, se proyectó, como en otras ocasiones se solía hacer, celebrar de momento un certamen, diríamos lírico-musical, en el que los diestros en el arte, previa formal inscripción, debían pujar cantando coplas allí mismo improvisadas, para ganar un premio que consistía en un caramelo o un dulcecillo que el presidente debía de poner en la boca del vencedor. Nuestro campechano estudiante fué siempre de los sobresalientes en estas justas y torneos, y era esperada con impaciencia su improvisada copla. Llególe su hora y con ademán señoril, entonación suave, dulce voz, fina maestría y gesto apropiado, dejó caer de sus labios cascadas de poética armonía, una de cuyas notas decía así:

Sueño de noche,
Pienso de día
En los vergeles
De Andalucía.

Una espontánea y bien merecida salva de aplausos parecía darle la victoria, aun antes de terminar el certamen, cuando repetinamente se lanza a la arena nuestro Madariaga, y pide alternar en el certamen, en seguida, sin más dilación, alegando razones; y luego presenta excusas por no haberse inscrito a su debido tiempo. Tras brevísimas consultas, los censores moderadores de la lid, atienden las razones y aceptan las excusas y conceden a Madariaga la venia deseada. Tomando entonces Madariaga el aire señoril de su contrincante, con la misma entonación, modulando de igual manera su voz e imitando con verdadero arte los gestos del compañero, rompe leyendo la misma nota, con esta copla:

Pienso de noche,
Sueño de día
En la normal
A cierto prisma.

No pudo ser más ocurrente, mas oportuna, más gráfica y salada esta bromilla, y por esto produjo una verdadera explosión de risa y de aplausos y una como colosal apoteosis que le proclamó vencedor por aquella tarde. Y Julián, serio como un poste, se acercó al Presidente, que le brindó el caramelo, obligando con esto a

los demás opositores a continuar pujando fuera de concurso.

No siempre sus ocurrentes bromas fueron tan oportunas y mesuradas que no llegaran en ocasiones a causar alguna molestia a alguno de sus compañeros. Apenas lo advertía o le hacían caer en la cuenta, se corregía y buscaba propicia coyuntura para usar de fórmulas humorísticas más finas, tales, que repararan por completo el daño o pesadumbre involuntariamente causados.

No estuvo exento de faltas el religioso P. Julián de Madariaga, que es patrimonio humano el tenerlas, y patrimonio a que no se puede del todo renunciar. Pero no las cometió graves, por lo menos desde que entró en religión, y aun con las leves se halló en continua lucha para extirparlas si pudiera. Creyendo de buena fe en cierta ocasión que estaba en sus atribuciones disponer de ciertas cosas de la casa sin previa licencia del superior, las puso en otras manos de las que debía. Advertido, y al reconocer su yerro, cayó desplomado a los pies del superior, como en ocasión análoga David a los pies del Profeta, llorando de pena, confesando su culpa y pidiendo penitencia. Que no son las faltas en sí, las más de las veces las que dañan, sino la vergüenza en confesarlas, el perseverar impenitentes y el no dar satisfacción de ellas.

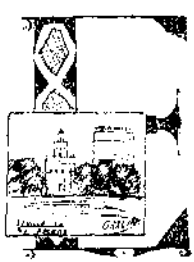
Fué, pues, nuestro P. Julián de Madariaga un hombre de Dios, hombre de oración, de virtudes acrisoladas y de sacrificio. En una palabra: fué religioso observante, que procuró en sus actos tender a la perfección que le exigía el instituto religioso que había abrazado.

Su humildad fué verdaderamente eximia. Uno de sus directores espirituales que le trató tan de cerca como se usa en la Compañía, dijo de él: «que pocas almas había encontrado tan sinceramente humildes como el P. Julián de Madariaga».

Con esta su exquisita humildad supo disimular sus excelentes obras, con el rutinario ropaje de la espontaneidad más ordinaria; de forma que quien, aun después de leer estas páginas, piense en él y no reflexione seriamente en lo que vió, le parecerá que son tal vez excesivas aún las modestas alabanzas que la severa justicia nos obliga a tributarle.

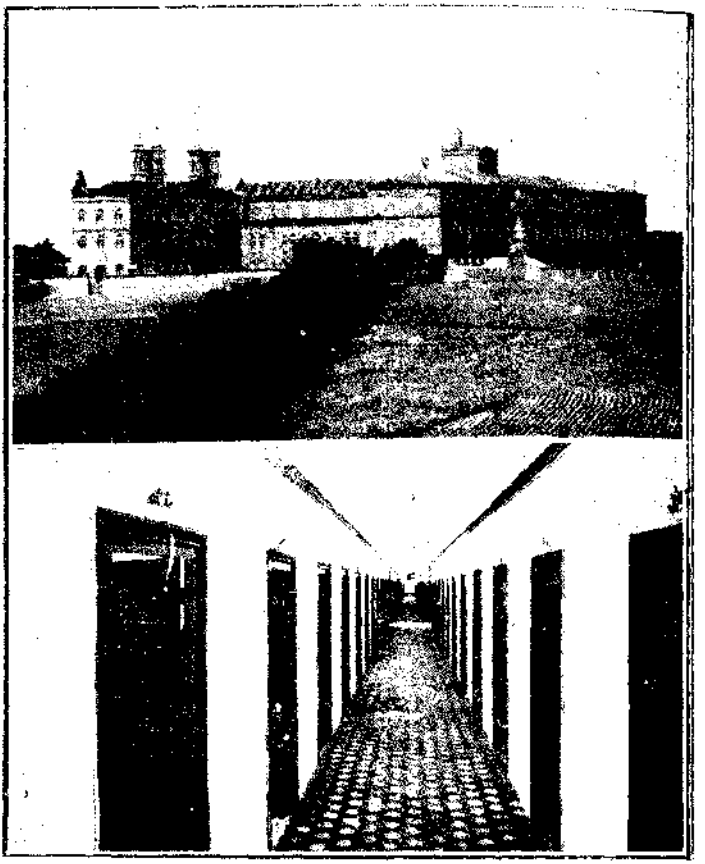
CAPÍTULO V

EL PEDAGOGO.



ES LA COMPAÑÍA de Jesús una orden religiosa esencialmente dedicada a la enseñanza; es decir, una entidad religiosa que, por razón de su instituto, aprobado por los Vicarios de Cristo en la tierra, se dedica a la formación de la juventud en virtud y letras, en orden a ofrecer a la sociedad hombres de santidad acrisolada y elevado saber, que la sirvan con amor y con provecho. Inspirado en esta obligación, y con miras a cumplirla tan perfectamente como sea dado a frágil criatura, ha prudentemente establecido que sus jóvenes hijos no se empleen en los estudios mayores que conducen directamente al sacerdocio sin haber antes

servido de algún modo en los colegios en donde se educan niños que siguen los estudios oficiales de segunda enseñanza u otros similares. Esta ley, que a primera vista parece dañosa, porque de suyo retrasa la fecha de la ordenación sacerdotal, además de ser muy conforme con los ideales de San Ignacio, el fundador de la Compañía, es sumamente beneficiosa para los jóvenes, porque durante el tiempo de esa experiencia pueden, a la vista y con el contacto de probados maestros, hacer acopio de sagacidad y de prudencia, para enseñar cual conviene ya desde los comienzos; pueden adquirir gran conocimiento del corazón humano antes de lanzarse al trato con las personas mayores, atendiendo y estudiando profundamente el desdoblamiento progresivo del alma inicialmente sencilla e inocente de los niños que se les confían, y se les ofrece ocasión propicia para conocer definitivamente cada uno en sí mismo y dar a conocer a los demás, las habilidades que poseen o las facultades para las cuales son más aptos, dándoseles ya desde entonces los medios conducentes para perfeccionarse de modo especial en alguna de ellas. De este modo, al finalizar su formación religioso-científica, pueden ser colocados con más confianza en destinos a su alcance, en donde rindan, con la gracia divina, el máximum de utilidad



La obediencia me ha puesto en este colegio (Camarillas).

Duermo en un aposento... en un extremo de las camarillas.

que de sus fuerzas espirituales, intelectuales y físicas cabe esperar en beneficio de la Iglesia y de la sociedad civil.

En el catálogo de la Provincia de Toledo, a la que pertenecía Julián, correspondiente al comienzo del año 1912, le vemos, interrumpidos sus estudios, formando parte, por vez primera, entre los jesuítas residentes en el Colegio de Chamartín de la Rosa, en Madrid, al frente de una división de muchachos y regentando las cátedras de Preceptiva Literaria y de Geografía de España; cargos que, encomendados a un bisoño, indican la confianza que ya desde sus comienzos habían depositado en él sus superiores. Al siguiente año le vemos concentrar sus fuerzas en el estudio de la Geografía y de Historia. Ya nos lo había dicho él antes, de la afición que a esta clase de estudios sentía; afición que, unida a la ciencia experimental en sus múltiples viajes de *marino explorador*, y a sus incesantes estudios, le conquistaron bien presto fama de excelente maestro en esas materias. Esta acertada postura en que los Superiores le colocaron ya desde los principios, quedó plenamente confirmada en los años sucesivos, en los que, salvo ligeras variantes circunstanciales, le vemos siempre con las mismas ocupaciones, hasta que en 1916, los Superiores,

plenamente satisfechos de su labor, le enviaron al Colegio Máximo, que la provincia jesuítica llamada de Aragón, tiene en Sarriá, a la vista de Barcelona, en Cataluña, para que cursase las facultades mayores eclesiásticas, como camino ya último e inmediato para subir a la dignidad sacerdotal.

Para conocer mejor cuál fuera el espíritu con que nuestro Julián desempeñó desde el primer momento su papel, diríamos, de aprendiz de educador, acudamos como siempre a la mina de su correspondencia con Mercedes. Apenas quitado el polvo del camino, escribe: «Como ves por esta, me hallo ya en nuevo destino. La obediencia me ha puesto en este Colegio (Chamartín) para enseñar a los niños a amar a Jesucristo; el mismo cargo que a *ti* te espera con las niñas pobres». Y poco después, apenas comenzado a experimentar las dificultades abrumadoras de sus múltiples y casi incoherentes cargos: «¡Que estoy por escribirte! ¡Yo lo hiciera con sumo gusto y con mucha frecuencia! Pero ¿qué puedo contarte de una vida tan monótona? ¡Me parece tan triste lo que pasa sobre la tierra!... No sé si será mi poquedad de ánimo; pero sólo me alegra el ver el fin de mi jornada, en donde sólo está nuestra verdadera casa, nuestro verdadero Padre, nuestra cariñosa

Madre!... ¡Nuestra segura e inmutable Patria! ¡Que esto de aquí abajo es tristura y es destierro! ¿Qué más, Mercedes de mi alma?... Que no tengo más contento que estar dónde y hacer lo que quiere mi Dios y mi Señor. En las paredes de este santo Colegio (Chamartín), vivo en soledad en medio del bullicio. ¡Qué alboroto, si apenas me dejan sosegar!»

«¿Quiéres saber cómo vivo? Sin parar, porque sinó, no puedo vivir. Duermo en un aposento situado en un extremo de las camarillas de los niños. Oigo misa y comulgo a las cinco de la mañana; a las cinco y media, embarcado en mis alpargatas para no hacer ruído, acudo al dormitorio; allí doy gracias hasta las seis y media en que se levantan los niños, que son unos doscientos; de los que tengo en mi división setenta, de diez a trece años; y apenas paro hasta la noche, entre estudios, clases, recreos, y en medio de gente llena de tanta vida, de tanta travesura y actividad... ¡con regalos, amenazas, castigos, sonrisas, etc., etc., procurando formarles el corazón y la inteligencia! Y ¡qué de combates para contrarrestar la influencia del mundo, que tienen metido en el corazón hasta las entretelas!.. Pide a la Virgen de Begoña por mí».

Y pocos años adelante: «Mucho he tardado en contestar... pero como apenas vivo en este mun-

do, pues estoy hecho un ermitaño metido en mi concha como un galápago, me cuesta un triunfo sacar la cabeza, y persuadirme que hay más mundo que el Colegio y el campo que me rodea».

¡Qué piélagos de amor verdadero se encierran en estas breves pero sincerísimas espontaneidades! ¡Qué de sacrificios, qué de sinsabores no sabrá descubrir quien acierte a leer entre líneas y profundizar el sentir de las palabras del novel educador!

Bastará un ejemplo para aclarar estos epifonemas: Entre los colegiales que tenía a su cargo, hubo uno rebelde de veras, que se resistía a cuantos medios se excogitaban para dominarle su carácter y hacerle andar por la vía del deber. Profesores, prefecto, rector, nadie conseguía doblegar aquel feroz carácter. He ahí que un día, nuestro novel educador Madariaga, apenado del mal que el muchacho se hacía a sí mismo y de las ofensas que infería a Dios, toma una resolución verdaderamente de hombre enamorado de su educando. Vase a su propia celda, enciérrase en ella a solas con su Dios, hace una fervorosa oración, y tomando luego las disciplinas se da una recia batida, para implorar del Cielo la gracia de la conversión del rebelde colegial. La Divina Providencia premió tan hermoso acto de heroica caridad, pues

al volver de nuevo al estudio, el díscolo muchacho, arrepentido, casi sin saber porqué, de su fechoría y sin sospechar siquiera el acto de perdón implorado por su maestro al cielo, se arroja compungido a sus pies pidiendo misericordia, que generosamente otorgada marcó un cambio de rumbo en la vida de aquel jovencito, que desde entonces fué un colegial ajustado al reglamento y a las divinas leyes. ¡Que tanto pueden las oraciones de los padres de familia y las de los que Dios sustituye en su lugar!

Ordenado de sacerdote en 26 de julio de 1920, y terminada la llamada, en lenguaje jesuítico, tercera probación, como ya dijimos en el capítulo anterior, y coronada así su larga carrera, fué de nuevo el P. Madariaga empleado en la enseñanza; mas esta vez en la capital de Andalucía.

La buena cuenta que de sí había dado en los cargos que desempeñó en el Colegio de Chamartín le hicieron acreedor a que ahora, al comenzar su vida de profesor, por decirlo así, por derecho propio, se le confirieran otros semejantes, a saber: prefecto de una división y profesor de Geografía en todos los matices en que la divide el plan oficial; y en este ejercicio perseveró hasta que la obediencia dispuso de él para otra clase, bien diversa, de ministerios.

Cual sea el cariño con que desde luego aceptó su destino, se puede colegir de los siguientes párrafos entresacados de sus hermosas cartas. Escribe en 6 de agosto de 1921: «Querida Mercedes: aquí me tienes, en esta hermosa y alegre ciudad de Sevilla, vuelto a mi pelea del mundo después de tantos años de retiro. Ayer llegué a esta ciudad andaluza, y como ves estoy en el colegio, para educar y enseñar a los sevillanitos, aunque no haya llegado a tanta altura como mi *prefecta*. Como aquí siempre hay jaleo y música y ruido, oía y veía hoy a dos charlatanes, que hablaban como una máquina de charlar, y, sin embargo, apenas tenían gente. Esta se agolpaba en silencio, escuchando y con interés, a dos mendigos que, rasgando la guitarra y cantando con voz cascada, entonaban algunas coplas de aire melancólico parecido a las saetas que suelen lanzar en Semana Santa al *Señó* y a la *Dolorosa*. ¡Dios quiera que se me pegue de estos andaluces, y me llegue muy hondo, el amor a la Inmaculada y a la Pasión del Señor, para que asimismo pueda yo comunicarles ese amor a sus corazones, ya que la divina bondad nos ha hecho distribuidores de sus gracias!»

Algún tiempo después: «Los dibujos de la vida del Señor no los continúo porque no puedo, a pesar de lo mucho que lo deseo; y así lo que hago

es procurar conservar cuantos grabados de algún valor encuentro sobre la vida del Señor. ¡Tengo tantas ganas de que conozcan la vida de nuestro Redentor, de la Virgen y de sus Santos! Casi no sueño otra cosa ni de día ni de noche. Procuro por todos los medios inculcar estos sentimientos a mis chiquitines, y ya he hecho que dieran algunos actos públicos sobre la vida de nuestro Señor Jesucristo.» Y más tarde: «Estoy muy contento en esta tierra bendita de Andalucía, primero y principal, porque a ella me ha traído el Señor; y segundo, porque es muy digna de ser amada. Desgraciadamente, por otras partes sólo se suele conocer lo malo de los andaluces, o a los malos andaluces».

Dados estos sentimientos tan espontáneos y arraigados en su corazón, fácilmente se puede deducir cuál sería la actividad fervorosa que desplegaba en el cumplimiento de sus deberes, especialmente en lo que a Dios se refiere.

Esta actividad en inculcar a sus discípulos los sentimientos más delicados de amor y correspondencia a nuestro Divino Redentor y a la Santísima Virgen no eran obstáculos, antes le servían de acicate para atender con más tesón y seriedad a las obligaciones del estudio, bien persuadido de que sus palabras entrarían tanto más hondo en el

corazón de sus queridos sevillanitos, cuanto mayor fuera el empeño que él mismo pusiera en adelantarles en la ciencia al par que en la virtud. Un monumento de su actividad que nos ha legado nos dice hasta qué punto llegó su empeño en facilitar a sus niños la asimilación de la asignatura de Geografía que enseñaba. Es un tratado breve, pero completo de Geografía de España: en él, simulando un paseo por la Península, toma el camino en Santander y va siguiendo su ruta dibujando los escudos de cada una de las capitales de provincia por donde pasa, enumerando y aun dibujando los productos que cada país ofrece, y a las veces hasta la tierra de labor en que éstos se desarrollan; de forma que insensiblemente y de modo intuitivo hacía penetrar con facilidad en aquellas cabecitas, nombres y datos estadísticos que otros profesores apenas lograban imprimir en la memoria de los alumnos más aventajados, a fuerza de enojosas repeticiones.

A este empeño en adelantar en virtud y ciencia a sus tiernos discípulos se añadía un trato fino, íntimo, familiar, expansivo, y en lo que cabía dentro del rigor propio de la disciplina, condescendiente con la edad de los niños y con el temple del carácter andaluz, hasta el punto de que algunos espíritus, menos allanados a la realidad y que

XVII. *. hice mis últimas votos. Estos sevillanitos se desvivieron .* Pag 120

tal vez no atinaban a ponderar el valor pedagógico del P. Madariaga, le juzgaron por hombre de menos energía de lo que requería su cargo; y es que tenía habilidad para suplir con prudente amor, lo que a sabiendas y voluntariamente parecía remitir en el rigor de la externa disciplina.

Son los jóvenes en general, y en particular los adolescentes, muy linces en conocer y sondear los corazones de las personas que les aman. El cariño que el P. Madariaga profesaba a sus chiquitines, como repetidas veces les llama, se traducía en obras de cuyo valor no se podía dudar y por esto ya desde los comienzos de su estancia en el Colegio, se ganó las simpatías de todos los buenos colegiales, y de un modo particular de sus discípulos, que aprovechaban diligentes las ocasiones para pagarle amor con amor. He aquí cómo refiere él mismo los obsequios de que fué objeto en el día de sus últimos votos: «Parece ayer (escribe en 22 de abril de 1922) el día en que hice mis últimos votos. Estos sevillanitos se desvivieron por obsequiarme, y los niños de mi división, que son unos noventa, hicieron una colecta y me regalaron una estatua del Niño Jesús, un busto del Santo Cristo de Limpias y una caja de pinturas, 'que vive muy descansadamente, pues no estoy para pinturas». ¡Si sabía aquellos aman-

tes sevillanitos las fibras que pulsar en el corazón de su maestro cuando le regalan un Jesusito, un Cristo y una caja de pinturas!

No dejó de aprovechar el P. Madariaga la ocasión, que este rasgo de generosidad de sus chiquitines le ofrecía. «Al entregármelo (el Jesusito), escribe, me leyeron un discursito muy tierno, cantaron unos villancicos; bendije la Imagen y luego en procesión, llevando al Niñito en la cuna el Presidente de este grupo, lo pusimos en una salita, donde está un trono con este letrero:

«Nadie venga a esta salita
Donde el amor es la ley
Sin que salude a su Rey
Reclinado en la cunita.»

Dos fueron las cualidades, según ya hemos podido observar, que como en síntesis quería infiltrar el P. Madariaga en el corazón de sus educando: una verdadera piedad y sólida, para con Dios, y un amor intenso al trabajo, tomado por el mismo Dios. Si bien en un principio su fogoso celo, le hacía emplear medios generales para conseguir del general de sus discípulos lo que pretendía; bien pronto echó de ver los diferentes talentos y las distintas disposiciones de ánimo que tenía entre sus manos; y cayó en la cuenta de que

XVIII. *Diversas fases de la Academia.* Pág. 122

era necesario seleccionar, y formar con especial cuidado, sin por esto desatender a los demás, a los niños más sobresalientes en dotes de naturaleza y gracia. Doctrina, por lo demás conforme, no sólo con la prudencia, más aún con el sentir de San Ignacio, con las modernas corrientes de especialización aun espiritual y con las recientes declaraciones del R. P. General de la Compañía, al dar normas generales por las que deben regirse las Congregaciones Marianas. Valiéndose, pues, del ascendiente avasallador que ejercía sobre el corazón de sus niños, y aprovechando la visita que el brazo de San Francisco Javier hizo al Colegio de Villasís, fundó el P. Madariaga una academia que se inauguró el día 25 de enero de 1923, bajo el título de «*Academia del Sagrado Corazón y de San Juan Berchmans*», que le sirvió a maravilla para desarrollar su plan de educación seleccionada. Para socios fundadores entresacó del seno de la Congregación Mariana, que en general suele estar constituída por lo mejor del colegio, los alumnos que le parecieron más capaces para los fines que sobre ellos tenía ya trazados, y dándoles un reglamento que él mismo escribió, dió comienzo a su tarea.

El interés y expectación que desde luego despertó la Academia en el colegio fué grande; la

actividad por ella desplegada, digna de admiración; los frutos conseguidos, tan abundantes y ópimos, que llegados a oídos del M. R. P. General de la Compañía, merecieron la aprobación de su Paternidad. Varios fueron los actos públicos que en poco tiempo se celebraron, como puede verse en el diario de la Academia, y los trabajos académicos de aquellos noveles paladines, fueron tantos y tan hermosamente elaborados que inducen a creer que, humanamente hablando, era imposible obtener más provecho de alumnos de tan corta edad, apenas iniciados en estudios serios, cuales son ya los del bachillerato. En cuanto a los frutos espirituales, blanco principal al que se dirigían ante todo los certeros tiros de este hábil educador, lo pregonan con elocuencia la ulterior conducta de la mayor parte de aquellos académicos en miniatura que fueron entonces y continuaron siendo la flor y nata del Colegio del Corazón Purísimo de María, de la ciudad de Sevilla.

La Academia siguió su curso constante y regular hasta el fenecer del curso académico de 1924-1925, no sin tener que sobrepujar imprevistas y molestas dificultades; demasiado niña aún, no tuvo tiempo para desprenderse de un personalismo que le era necesario en sus primeros años, y tierna planta sin arraigar, carecía de robustez para

resistir las inclemencias del externo ambiente; y así, al separarse el P. Madariaga del Colegio en 1925 hubo, tras breve agonía, de sucumbir, falta de un jardinero experto que la cultivase, no sin dejar en pos de sí estela luminosa de gloria.

En su partida, llevóse el P. Julián, dentro del suyo, los corazones de sus sevillanitos, y estos sevillanitos le siguieron en pos con verdadero cariño, como lo prueban las cartas a él dirigidas, una de las cuales dice así:

«*Sevilla, 26, XI, 1925. San Juan Berchmans.*»

«*Querido Padre Madariaga: No se crea V. que se me pasaba el día de nuestro San Juan, el Patrón de nuestra querida «Academia del Sagrado Corazón y San Juan Berchmans», y sin pedirle en la Sagrada Comunión por nuestro querido Padre Julián Madariaga. Padre, yo creo, que si el Sagrado Corazón no me concede lo que para V. le he pedido por intercesión de San Juan Berchmans, no me concede nada en mi vida.—Ahí le mando esta estampa de nuestro Santo, la cual creo le gustará, porque he visto muchas estampas y ninguna me ha parecido tan bonita como la que le mando, y, además, por tener su firma y unas oraciones por detrás.*»

. . . . . .

«Recuerdos para todos los de esa santa casa, de todos los de ésta, en especial de su exdiscípulo, que le besa la mano,

Manolo Suárez.»

Cerremos este capítulo con un testimonio que no por venir del que fué el primer Presidente de la Academia, y por consiguiente amante como el que más del P. Madariaga, puede infundir sospecha de parcialidad; porque la adulación y la doblez son plantas exóticas que no pueden arraigar en el noble corazón del bachiller, que con juvenil, pero ya muy bien cortada pluma, nos ha trazado un fiel retrato del Padre Madariaga, EDUCADOR. Dice así:

«EL PADRE MADARIAGA, PEDAGOGO.»

«Una de las causas del común y sincero afecto que todos sentíamos en el Colegio hacia el P. Madariaga, era su especial habilidad para la enseñanza.»

«Varias asignaturas explicó durante su estancia en Villasís, y siempre, al hablar de él los que fuímos sus alumnos, exclamamos: «¡Qué bueno era el P. Madariaga!»

«Y es, que él sabía aunar la confianza con el respeto, la amenidad con el estudio.»

XIX. *La Academia en 1925.* Pag 126.

«El que sabía imponerse con sólo afectarse serio, infundía un espíritu tal a la clase, que todos deseábamos que llegase la hora de ella. El que nos exigía la lección con toda rigurosidad, hacía amenas las asignaturas con sus inolvidables explicaciones.»

«Sus dilatados viajes le proporcionaron infinidad de conocimientos que él con su espíritu observador acrecentó. En clase de Geografía, sobre todo, que era la que ordinariamente daba, ¿quién de sus alumnos no recuerda aquellos relatos, aquellas descripciones, aquella rara habilidad para el dibujo, merced a la cual delineaba en un momento, en el encerado, ya una figura que aclarase lo que decía, ya un paisaje de un lugar cualquiera que hubiese visitado, o poniéndose a tono con nuestro infantil espíritu un «muñeco» que nos hacía reir?»

«Y no sólo a enseñarnos la materia pura de la asignatura atendía, mas también no desperdiciaba ocasión de infundirnos el amor a Dios y a la Patria, que él profesaba ardientemente. Nuestra Religión, España, nuestro arte, iban pasando ante nuestros ojos, e íbamos nosotros penetrándonos de todo ello insensiblemente.»

«La virtud de nuestros santos, los gloriosos hechos de nuestra historia, que como sencillo relato

oíamos de sus labios; las descripciones de nuestros monumentos; las obras de nuestros literatos, todo lo ponía al alcance de nuestras limitadas inteligencias, hermanándolo ya con el estudio de una región, ora al hablar de una ciudad o bien al tratar de sus hombres ilustres.»

«¡Y qué interés el suyo en enseñarnos a manejar la palabra y la pluma «en el estadio de esta Academia», como llamaba a la del *Sagrado Corazón y San Juan Berchmans* que él fundara, para que luego la esgrimiéramos en defensa de nuestras ideas, en pro de la Patria y de la gloria de Dios, que eran los fines a que aspiraba en todas sus obras!»

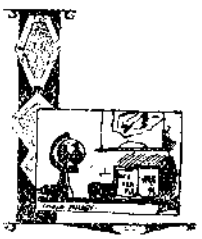
«Y por eso, en un anhelo de esta gloria, quiso cambiar; ser maestro de la sublime doctrina, pedagogo de Cristo, que con voz poderosa le llamaba al campo de batalla para recogerle en su seno, cuando ya empuñaba la lanea de la predicación y la rodela del sacrificio...»

«Sevilla, Agosto 1927.»

Pedro Gamero del Castillo.»

CAPITULO VI

LA VOCACIÓN DE MISIONERO



LA IDEA que en todo tiempo sugestionó al nuevo Robinsón, al joven Julián de Madariaga, fué, como ya vimos, la de ser marino explorador; entendiendo por este nombre, marino consagrado a descubrir nuevas tierras y a civilizar a los salvajes, que tal vez hallara en la soledad de las playas o en el interior de los montes y llanuras por él, antes que nadie, visitadas. Esta idea, en él persistente, fué la que al doblegarse a la voluntad de Dios y al emprender nuevo rumbo en su carrera, le impulsó a entrar en religión, y en una religión que abrazara, como esencial ministerio, la vida misionera en el seno de las naciones salvajes e idólatras.

Desde el momento en que un pretendiente llama a las puertas de cualquiera de los noviciados que la Compañía de Jesús tiene abiertos en el mundo, una de las cosas que se le advierte con más empeño es la esencia misionera de la Compañía, y al poner en sus manos los documentos que le declaran qué cosa sea esta familia religiosa, para que los estudie antes de comprometer su palabra y resolverse a persistir en su demanda; se le advierte y se le repite con toda claridad, que debe de estar dispuesto en todo lugar y tiempo para ir a las misiones entre herejes e infieles, siempre que la obediencia lo ordene, y que llegado el caso, debe de ratificar esta disposición de ánimo hasta con juramento solemne en manos de la autoridad legítima; y esto aun cuando de suyo y por propia voluntad se ofreciere en sacrificio a su Dios y a su Señor. Al entrar, pues, Madariaga en la Compañía y al proponerle estas condiciones que había de cargar sobre sus hombros, no sólo no halló dificultad, más al contrario, alegróse, porque esas eran precisamente sus aspiraciones, y porque había por fin hallado concretas, definidas y perfeccionadas, las ideas de altruismo o de caridad que le habían dominado y que nunca por sí solo alcanzó a definir.

Aunque los largos años que la Compañía tiene

en formación a sus futuros operarios, y el grave peso de los concienzudos estudios que en ella se profesan, no den margen a que el celo apostólico se explaye en obras externas de visible grandeza hasta muy entrada la vida religiosa; sin embargo, tampoco tiene por conveniente la Compañía el educar, con educación propia del ermitaño, a hombres que, por la esencia misma de su vocación, están llamados a ejercer sus funciones en el seno de todos los organismos en que se fracciona la moderna sociedad. Por esto, atendiendo a lo uno y a lo otro, y obrando conforme a normas bien definidas y prescritas ya por el mismo San Ignacio, ordena que los jóvenes escolares, guiados por el prudente juicio de los superiores, comiencen, aun durante sus tareas literarias y científicas, a ejercitar el celo por la salvación de sus prójimos en obras a su alcance; desarrollando en ellas y mostrando las aptitudes misioneras, tanto físicas como morales y técnicas que poseen, a fin de que, bien conocidos los sujetos, puedan luego ser destinados con seguridad a aquellos ministerios en que se espera darán, en hecho de verdad, más gloria a Dios.

Esto es cabalmente lo que vemos verificarse en el P. Julián de Madariaga. No pudo desde luego, y antes de ya sacerdote y de terminar sus probaciones, ver satisfechos sus deseos de consagrar su

vida al ejercicio de las misiones entre salvajes; pero, aprovechando diligente las circunstancias en que le colocaba la Divina Providencia, y atisbando solícito las ocasiones propicias que sus ocupaciones a cada momento le ofrecían, sobre todo en su vida de profesor en los Colegios, ejercitó un apostolado tan intenso y tan eficaz, que, tal vez pocos veteranos podrían gloriarse de haberle aventajado.

Era un propagandista ardiente, de actividad verdaderamente notable. Su destreza en el manejo de la pluma y del pincel, le proporcionaba armas de todo género para combatir al infierno. Son innumerables los dibujos que su hábil mano nos ha legado, y en todos ellos se halla un rasgo, o una saeta, o un algo, que tocara el corazón de la persona a quien dirigía los monigotes que pintaba... Dibujó, estando en Sevilla, una serie de tarjetitas, con motivos alusivos a los meses del año (1), con el fin de divertir a sus pequeñuelos; en el dorso escribió algo que punzara el corazón. Así, por ejemplo, en una de ellas se lee:

«Agosto 31. Aparecen pintados un abanico y

(1) Son los que nos sirven para encabezar los doce capítulos primeros.

un búcaro, símbolos del calor y de la sequía. En el dorso escribe:

La voz de la conciencia.
Es la voz de la Providencia.»

La misma conducta se observa en sus cartas, a su familia, a sus amigos, a sus niños y a todos. Una frase como caída al acaso, una palabra deslizada, un chiste, un algo, en fin, que proporcionase al alma sabor de Dios, no podía faltar nunca en su correspondencia. Y ya vimos, al presentarle como pedagogo, que su idea dominante fué siempre la de formar hombres celosos de la divina gloria.

Paralelamente con esta su limitada actividad exterior, iba adquiriendo en su interior el temple requerido para las grandes luchas en campo abierto. Su corazón, volcán de amor a Dios, parecía como dormido y apagado, merced a la sagacidad de su humildad profunda; mas en ocasiones rompía sin poderse contener en mares de fuego, de caridad ardentísima. Véase el fragmento siguiente de una carta que desde Sarriá escribe a Mercedes en 20 de agosto de 1907:

«Me hablas de mi vocación de misionero, y creo que su Divina Majestad, me la ha plantado

en medio del corazón, con raíces muy hondas y como en propia tierra».

«Siempre tuve un amor profundo a la soledad en las grandezas de la naturaleza; y siempre fué mi más cumplido placer verme en ella como ante un espejo de mi Criador; horas y horas he pasado a veces escondido en los montes escuchando, en el alejamiento de los hombres, el misterioso chapoteo de la lluvia; contemplando los cielos y los campos solitarios, y sentía en el corazón contento. Días y noches he pasado contemplando el mar con una fruición y encanto que me ensanchaban el pecho, me engrandecían el corazón y me parecían despreciables, el dinero, los negocios, y los afanes de los hombres. ¡Por eso soñaba como en un sueño dorado, en playas apartadas; sólo Dios me entendía, digo mal, también la Virgen me entendía, la Virgen del Carmen a quien nos encomendó un día mamá en el Carmelo; y en este laberinto de soledades, montes y bosques, sembró como semilla, el Sembrador Divino, el deseo de fundar, lejos de toda corrompida sociedad y civilización, pueblos cristianos, de patriarcales costumbres, de gentes que amasen y no ofendiesen a su Divina Majestad».

«¡Sólo Dios me entendía! Y... mira qué amorosa Providencia la suya! Entré en el Noviciado el

día de San Alonso Rodríguez; aquel Santo portero que escogió el Señor para formar al Apóstol de los Negros, San Pedro Claver; el día de San Alonso hice los votos; prediqué al año siguiente, sin haberlo yo pedido, el sermón de San Alonso Rodríguez, y luego lo mismo el día de San Pedro Claver. La vida de este santo Apóstol se me amoldó al corazón, como si fuese de la misma medida, y su Divina Majestad no deja de cuidar esta planta a pesar de tanta maleza. Alguna pena me daba, el que por las revoluciones, se habían deshecho nuestras misiones de indios de nuestras provincias: Perú, Bolivia y Ecuador; pero de nuevo se fundó una residencia en Manabí, tierra de indios».

«Sea de mí lo que el Señor disponga, pero las miro con cariño, porque el corazón alejado de la patria y sepultado en esos países, entre gentes bárbaras (aunque es verdad que a bárbaros les ganan muchos civilizados) late con más vigor; se fortalece el alma con las privaciones y las penalidades, y el corazón forzado a amar a pobrecitos miserables, se hace más a amar a Jesús en las almas, y en ellas sólo a Jesús; finalmente, la *vida-muerte* en esas soledades, está más lejos de toda tentación de honor y bienestar, viviendo y muriendo por Jesús. Mas ¡qué sé yo! ¡Si su Divina Majestad me tiene destinado a pelear por su

gloria a brazo partido en esta España, en la que aún no se ha acabado la guerra civil que nuestros padres tan gloriosamente sostuvieron con las armas, y que aún continúa con la leguna, con la pluma, y con no menos trabajos físicos y morales, hasta que logremos el «*Adveniat Regnum Tuum*», el «*Reinaré en España*», que el Sagrado Corazón de Jesús prometió a nuestro Padre Bernardo de Hoyos! Este es mi sueño dorado, procurar con todas mis fuerzas, ayudado de la Divina gracia, que el Sagrado Corazón de Jesús reine, en donde quiera que la santa obediencia me ponga a trabajar.»

A pesar de la vocación decidida que parecía tener y que se revela en las palabras transcritas, no consta que el P. Julián pidiera a los superiores, a lo menos antes de su salida de Sevilla, en 1925, la gracia singular de ser enviado a Misiones. La razón de ello nos la da el mismo P. Julián en las últimas palabras de su carta: «Donde quiera que la santa obediencia me ponga a trabajar». Es decir, que en su humildad profunda y verdadera, desconfiaba en absoluto de sí mismo, y temiendo no ser víctima de una ilusión, había optado por seguir el camino, a su parecer, más seguro: no intervenir en nada que a su destino se refiriese, y dejarse llevar enteramente por la Providencia de Dios. Sin

embargo, esa misma Providencia había de ordenar las cosas de manera que también Julián cambiara de parecer y, por ende, de conducta.

En una carta fechada el 14 de agosto de 1923 en el Puerto de Santa María, se expresa de este mòdo: «Ayer llegué a la casa de campo del Colegio del Puerto de Santa María, que mejor que casa de campo había de llamarse casa de mar o de la bahía, porque domina por completo la magnífica bahía de Cádiz. Aquí, entre bosques de eucaliptus y una playa preciosa, me hago la ilusión de encontrarme en las islas de nuestras misidnes de Carolinas, donde Su Divina Majestad no ha querido a este pobre Julián, donde procuro, sin embargo, que vayan otros futuros misioneros. La mies es mucha y los obreros pocos; rogad pues al Señor de la mies que envíe operarios a su viña».

Dos años más tarde, y poco después de ser nombrado profesor de los Apostólicos en aquella casa de formación, le asaltan de nuevo las mismas ideas. «Muy cerquita estoy del mar, pues desde mi ventana se ve admirablemente la bahía de Cádiz, pero todavía está el Océano entre Africa y América, en las que he soñado tantas veces desde niño».

Diríase que el mar de nuevo le sugestionaba, que le atraía, y como en otro tiempo, otra vez le

impulsaba a ser *marino explorador*. Y no hay duda: la Divina Providencia guiaba sus pasos. Julián, en aquella mayor soledad y paz de ánimo que le ofrecía el regentar una clase de almas escogidas pretendientes del Sacerdocio y aun de la vida religiosa; al contemplar los ejemplos de virtud sacrificada que a cada paso le brindaban los jóvenes novicios de aquel noviciado, semillero de santos y antesala del Cielo; ante la perspectiva del mar, de aquel mar, de aquella famosa bahía, en donde parecíale que aún volaban en alas de sus henchidas velas multitud de bajeles llevando en su seno miles de heroicos atletas de la fe, que iban a misionar en las lejanas tierras por españoles y portugueses descubiertas; al evocar los recuerdos marineros de su niñez, y las heroicas resoluciones a Dios ofrecidas en largas horas de fervorosa oración, durante su vida religiosa, le resolvieron, o por mejor decir, le obligaron a pedir a los superiores la gracia de mandarle partir hacia el blanco de sus amores, a la Misión de Marianas, Carolinas y Marshall, tiempo hacía enclavada en su corazón. Hízose por vez postrera examen de la vocación del P. Julián, ya de muchos años atrás de los superiores conocida, y al cabo de pocas semanas, pudo escribir lleno de gozo a su hermana, a principios del año de 1926: «Es verdad lo que me dices

en la carta; pero aún no estaba yo del todo cierto del día de la partida. Será, D. M., a fines de marzo; y a mediados del mismo, pasaré por esa para despedirme. Conque a dar millones y millones de gracias al Divino Corazón de Jesús y al de su Purísima Madre, la Santísima Virgen María».

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

A BORDO DEL D'ARTAGNAN.

Marsella 9 de Abril de 1926.

Querida hermana:

O DIJE: ya ves: que me despido aprisa y corriendo. Dentro de media hora salimos para el barco, llamado *D'Artagnan*. En Bilbao me llevaron en el auto de Presen, junto con Cesáreo, Nicasia y Margarita, un día a Loyola y otro a Limpias. Recuerdos a todos los de esa casa y rogad por nosotros. Tu hermano que nunca te olvida.» *Julián, S. J.*

De pie: izquierda a derecha: HH. Espuny, Martín y Aguinaco
Sentados: PP. Madariaga y Bergantza
(En su carta el P. Madariaga altera el orden.

«Vapor D'Artagnan 13 de Abril de 1926.

«Querida hermana: Llevamos un viaje precioso, mañana 14 llegaremos a Port-Said. Aquí nos tienes a todos los expedicionarios, el P. Berganza, el H. Espuny (catalán), a mi derecha el H. Cipriano Martín (granadino), en medio el H. Aguinaco (alavés). El vapor D'Artagnan tiene 24.000 toneladas y mide 160 metros de largo. Llevamos un viaje feliz. Tu hermano que nunca te olvida.» *Julián, S. J.*

«Alta mar, 4 de Mayo de 1926. Sra. D.ª.....»

«Muy Sra. mía en el Corazón amabilísimo de Jesús: Un mes hará, Dios mediante, que salimos de Marsella, hasta que nos encontraremos en Saigón. ¡Un mes! y parece que medio mundo oriental ha desfilado delante de nuestros ojos, con sus paisajes y sus marinas, sus colores, sus variados vestidos, y casi más variadas costumbres y religiones.»

«El 14 de abril llegábamos a Port-Said, y los musulmanes celebraban el último ayuno del Ramadán, y recorrían las calles llevando en sus manos una especie de rosarios que más bien parecen collares de cuentas muy gordas, a veces como huevos de paloma. Algunas veces se les ve hacer sus rezos, o en medio de un campo, como le vimos a uno de pie con las palmas de las manos hacia adelante, y otros haciendo sus za-

lemas de rodillas, entre las barcas que estaban en seco en el muelle. Yo no sé lo que rezan o ayunan, lo cierto es que no rezan al corazón de Dios, ni ayunan de pasiones, pues Mahoma parece que les injertó hasta la médula de los huesos todas las malas inclinaciones. Sus caras son patibularias y sin expresión de confianza ni nobleza, sólo se alborotan con la codicia, etc. ¡Qué tristeza da! Los misioneros que con ellos trabajan, dicen que apenas se convierten los musulmanes, y ni como amigos son de fiar; con todo, con alegría me hubiese quedado con tales infelices, o con los pobrecitos negros de Djibouti, en la Somalia francesa, donde llegamos el lunes 19. En Port-Said saludamos a un franciscano español. Al pasar por Suez, otro franciscano saludaba desde el muelle, enfrente de su bonita Iglesia, a ver si alguna mano cristiana le respondía. ¡Pobrecillos!, o mejor dicho, ¡dichosos ellos que viven alejados de su patria, y en toda soledad, en medio de tantos infieles! En Djibouti saludamos a un capuchino francés que vive solito junto a su Iglesia. Los únicos cristianos de allí son los europeos y algunos negritos venidos de otras partes. A un negrito a quien le acabábamos de dar dinero, le enseñó un hermano un Crucifijo e hizo un gesto espontáneo de horror, que nos dió mucha lástima.»

Port-Said. Djibouti. Aden.

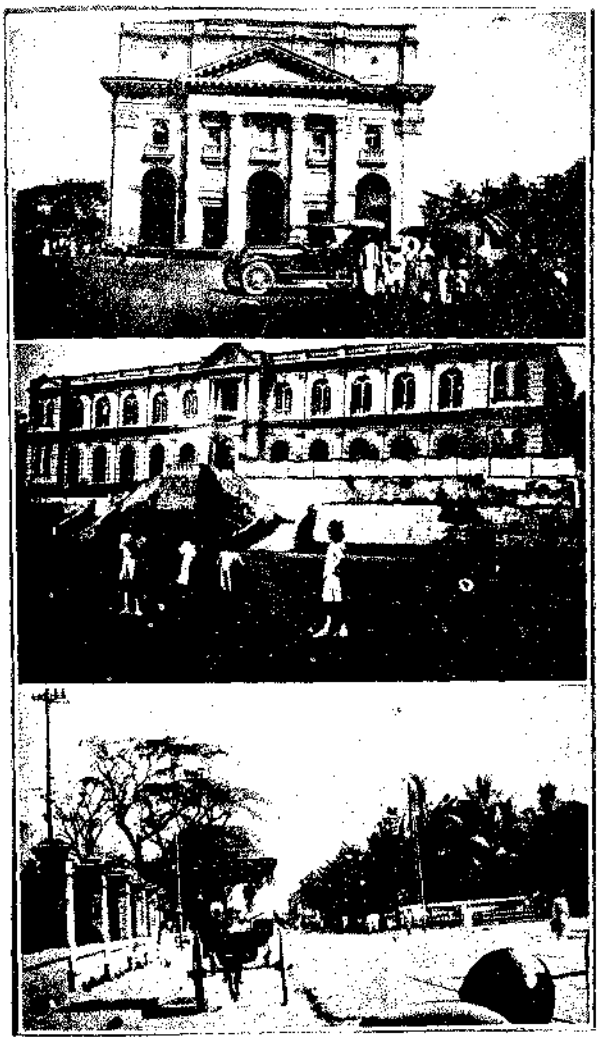
«En Adén, donde poseen los ingleses una factoría muy bien montada, tienen también al pie de aquellos peñascos áridos y ardientes, su bonita iglesia uno o dos capuchinos; y un poquito más allá, los Hermanos Maristas, el colegio de la colonia, con unos cien alumnos, casi todos árabes, algunos judíos, y no creo que llegarían a una docena de católicos los de la escuela. Los hermanos eran dos escoceses, un irlandés y un español. Este se llevó naturalmente una alegría grandísima, al encontrarse con aquella tan inesperada visita de españoles.»

«El 27 llegamos a Colombo Ya se veía que era otra tierra. Una vejetación exuberante. El carácter de los indios es dulce y tratable; hay muchos cristianos, y se acercan tan amables, que luego se conoce que son cristianos, otras veces hacen la señal de la cruz para que se les conozca. En la isla de Ceilán hay unos 200.000, pero ¿qué son al lado de los 4.000.000 de infieles que hay en toda la isla, sin contar los mahometanos y otros? La isla está dividida en tres misiones, a saber: Ceilán, Tricomalia y Gale, estas dos últimas a cargo de los Padres de la Compañía. La parada del vapor da escaso tiempo para visitar siquiera a los nuestros de Kandy, por eso no me atreví a ir en compañía de varios turistas que allá fueron. La

ciudad tiene edificios preciosos, y las calles asfaltadas como un paseo. Todos los carros van tirados por un par de bueyes pequeñitos, como borriquitos; abundan los autos; y los coches de punto son unos cochecitos elegantes, para solo una persona, arrastrados por un peatón indio, a guisa de animal.»

«Los PP. Misioneros en esta parte de la isla, son los oblatos del Corazón de María. Además de la iglesia o iglesias que tienen en la ciudad, han levantado en las afueras, en medio de una vegetación tropical, una catedral preciosa; junto a ella un colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, un convento de Religiosas del buen Pastor. Sólo un sacerdote indio oyó el año pasado unas 40.000 confesiones.»

«El lunes por la noche fondeamos en Singapour, y por la mañana entramos en el puerto. Todas estas tierras parecen un paraíso, pues la costa está esmaltada de islas e islotes, cubiertas de arbolado y tapizadas de verde. La isla de Sumatra, cuyas costas tuvimos a la vista durante un día, son más áridas, aunque tienen bastante arbolado, y sus desgraciados habitantes dicen que son caníbales. ¡Pobrecillos! ¡Quién hubiera podido quedarse en aquellas tierras! ¡Cuántos buques verán pasar a lo



Catedral católica; Colegio del Buen Pastor, y una calle de Colombo (Ceylán).

lejos de sus costas, y aún no han recibido la buena nueva de la luz del Evangelio!»

«En Singapour fuímos a hospedarnos en la casa que tienen los misioneros de las Misiones Extranjeras de París, donde nos obsequiaron con su caridad tradicional. La ciudad es preciosa. La vegetación frondosísima. Con todo, las flores...! Vi unos claveles pequeñitos, me acerqué a olerlos y no tenían aroma, como si me hubiera puesto una piedra delante de las narices. El calor muy intenso, todos sudan, extranjeros y naturales. Estos, con la ventaja de que todos van a la moda, o sea, lo más ligero posible. Los que hacen de caballitos de los coches no llevan más indumentaria que un pantalón, una chaquetilla y un sombrerito terminado en punta; casi todos son de raza amarilla.»

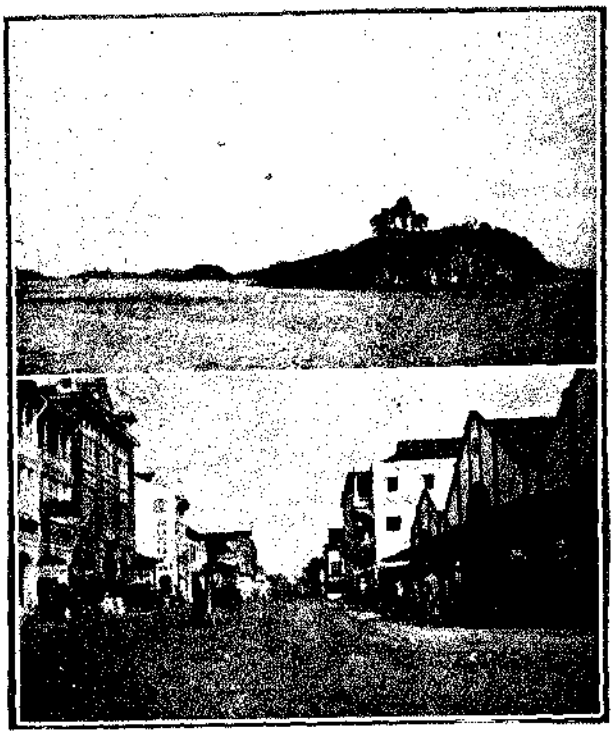
«Visitamos al Señor en la Catedral Católica, luego las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, con su precioso edificio, donde dan instrucción a 1.600 alumnos, de ellos 1.100 católicos. Son 14 Hermanos y les ayudan profesores de fuera.»

«El agua que beben en la ciudad es agua de lluvia, y por eso son aquí tan peligrosas las sequías. Ahora han construído un puente que une la isla con el continente, y de éste viene una cañería, que evitará esas contingencias.»

«Por la tarde del lunes salimos para Saigón, donde Dios mediante, estaremos mañana miércoles por la tarde.»

«Ruegue al Corazón amabilísimo de Jesús por estos expedicionarios y dé mis recuerdos, después de a su buena familia, a todas las personas buenas de esa hermosa Sevilla a quienes conozco.»

«Suyo en Cristo Jesús amigo y capellán, *Julián de Madariaga, S. J.*»



Entrada al puerto de Singapour. Una calle de la ciudad

CAPÍTULO II

REMEMBRANZAS.

UÉ CORAZÓN el del Padre Julián de Madariaga! ¡Qué de afectos vehementes no le embargan durante todo su viaje! ¡Patria, familia, amigos..., a todos quiere dar testimonio del cariño que les profesa...! He aquí un documento en que se transparentan, de modo elocuente, dichosas remembranzas.

A mi querido Juan de la Cruz Liaño.-Sevilla (1)

¡Qué contento el Padre estaba
Con sus santos chiquitines!

(1) Publicamos esta composición tal como salió de la pluma del P. Madariaga, y sin corrección alguna.

¡Cuán ajeno se encontraba
Del Señor los altos fines!

¡Qué cosas tan peregrinas!
Se recibe un telegrama
Por el que el Cielo le llama
A las Islas Carolinas.

Dejemos ese tesoro
De esos niños tan del Cielo
De esos hermanitos de oro
Tan ajenos de este suelo.

De esas playas solitarias...
Tan alegres unos días,
Otros días tan calladas.

Adiós, ensueños del Puerto,
Adiós, cielo de Granada,
Jardín y precioso huerto
De Cristo y su grey amada.

Crucé la alegre Sevilla
Donde corazones de oro
Se agolpaban a porfía
Alrededor de una cuna
Donde un Rey les bendecía.

XXIV. *La Academia en 11 de abril de 1924.* Pág. 148

Como un sueño veneró
En Limpias de la Montaña,
El Cristo, a quien nadie engaña,
Pues taladra con su vista
Hasta las mismas entrañas.

También visitó el solar
Donde Ignacio de Loyola
Vió los días de su infancia
Y su conversión total.

Adiós Pilarica hermosa
Que vi tu imagen velada
Porque llorabas muy triste
La luz de tu amor clavada.

Santa cueva de Manresa
Donde mi padre lloró
Y me alentó a tal empresa.

Adiós, Sarriá, casa hermosa
Rodeada de jardines
Semillero en Cataluña
De rosas y de jazmines.

Adiós España, por fin;
Tierra por siempre bendita

Del uno al otro confín.
Que me colmó de sus bienes;
De Euskeria en la costa brava,
En los llanos de Castilla
Y en la vega de Granada,
Y en tierras de Andalucía
Que son mi segunda patria.

Adiós España bendita,
Muy bendita y muy amada,
Que a mi corazón de piedra
Pudiste arrancar balada.

Cuando estos versos escribo
Surcamos un mar precioso,
Como piedra de zafiro.
Una costa muy frondosa,
Se aleja en el horizonte...
Poblada está de salvajes
Que al Señor desconocen.
¡Pobrecitos; Pobrecitos!
¡Virgen, no los desampares!

Julián de Madariaga, S. J.

Estrecho de Malaca, 2 de Mayo de 1926.

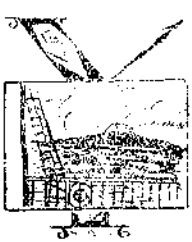
CAPÍTULO III

EN EL JAPÓN.

Tokyo 3 de Junio de 1926.

R. P. Guerrero, S. J.—Granada.

Amadísimo en Cristo P. Guerrero:



A ESTAMOS en los últimos preparativos para llegar a las islas». «El sábado 5 de junio saldré y solo, en el vapor japonés, para la isla de Jap, a suplir al P. Pons y quedarme solito con el H. Hernández. Tardaré en llegar unos 18 días, haciendo escala en Saipán, donde probablemente podré saludar al señor Obispo, pues es la primera vez que, desde que se constituyó este Vicariato, sale a visitar toda la diócesis o vicariato.»

«Ya en otras cartas he referido parte del viaje, así que solamente añadiré alguna otra cosita nueva para que se las lea a esas buenísimas huertanas tan fervorosas y ejemplares. Realmente, es el ejército de Jesucristo el que hemos visto esparcido en este inmenso mundo desde Egipto hasta el Japón. Todos soldados que, enamorados de su Divino Capitán, Cristo Jesús, se esfuerzan por arrancar las almas de las garras de Satanás que tan agarradas las tiene, y que en algunas partes, sobre todo en el Japón, se defiende terriblemente con uñas y dientes y todo furor.»

«Donde están las Iglesias y cristiandades más hermosas que yo he visto en el extremo oriente, es en Saigón y en Shang-hai».

«De Saigón ya les hablé. El primer puerto de la China que tocamos fué Hong-Kong, posesión inglesa, situada en una isla junto al continente y a poca distancia de otras dos grandes ciudades, Macao, portuguesa, que está a tres o cuatro horas de vapor; y un poco más lejos Cantón.»

«Hong-Kong tiene una bahía inmensa rodeada de montañas a cuya cumbre se llega por carretera admirablemente asfaltada como si fuese un paseo, y luego un funicular. Tiene edificios grandiosos, sobre todo la parte baja donde están las oficinas, bancos, etc. Las casas son hermosas, con jardines;

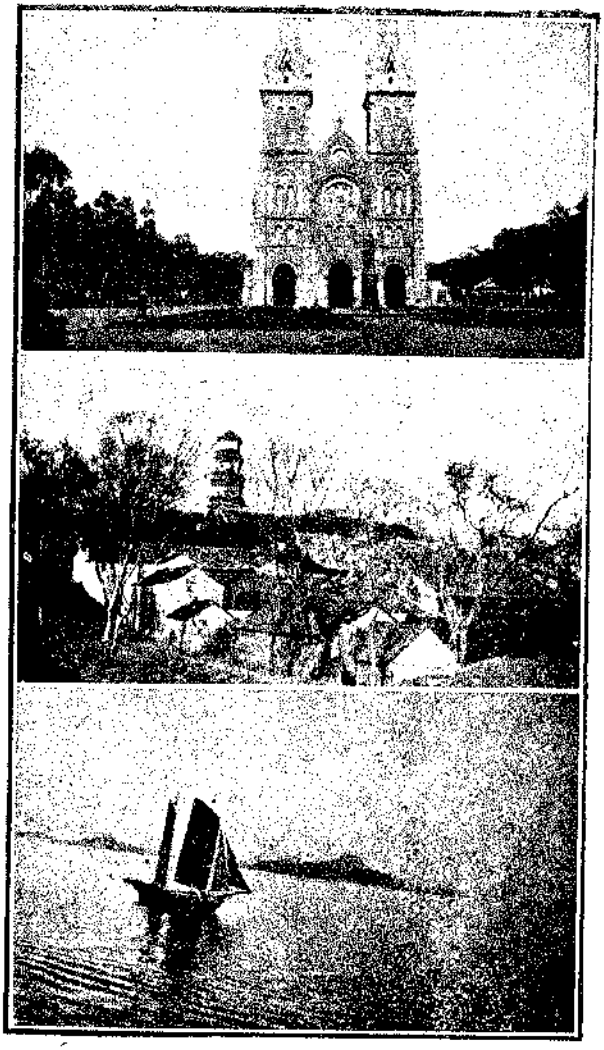
XXV *Vista de parte de la bahía. funicular: una calle de Hong-Kong.* Pág. 182

y con frecuencia verdaderos palacios escalonados en el monte, algunos de ellos de chinos ricos, que acuden mucho a la colonia inglesa a disfrutar de la paz en que no les dejan en Cantón sus paisanos con sus robos y tropelías. A veces los ladrones chinos han pirateado a los vapores que van a Macao o Cantón, asaltando a los barcos, llevándolos a una isla y allí saqueando a los pasajeros. ¡Pobre China, está muy mal, y no lleva por ahora trazas de arreglarse! Hace poco, en pleno día, en Shang-hai asaltaron, a las dos de la tarde, los chinos a los autos donde iban europeos y los asesinaron, y hasta unas dos horas después no se pudo poner orden. En Shang-hai está el puerto con barcos de guerra ingleses, franceses, americanos; y en las posesiones francesas e inglesas hay fuerzas militares, pero parece que nada basta.»

«El miércoles 19 de mayo entramos en los estrechos del Japón, entre numerosas islas, que son montes cubiertos de arbolado, y el jueves 20 llegamos a Kobe, donde ya en el muelle nos esperaban, llenos de alegría, el P. Fáber y el Procurador de las Misiones Extranjeras de París. Por la tarde nos montaron en auto, luego en un funicular, y nos encontramos en la parte media de la pendiente de una de las montañas, de unos mil metros, de donde se divisan, a lo largo de la

costa, numerosos pueblos. Aunque no faltan edificios suntuosos, sin embargo, casi todas las casitas, lo mismo en la ciudad que en el campo, son de madera. Lo mismo en la ciudad de Tokyo; por eso los incendios están a la orden del día. Después del funicular, subimos por un sendero, entre espeso bosque de pinos, paisaje precioso, pero camino triste, porque era la subida a una *pagoda*. En el camino nos topamos con dos peregrinos, luego dos mendigos, más allá una especie de arco triunfal de madera, con unas hornacinas o jaulas con sus dioses correspondientes. En la jaula de la derecha, hay una estatua de un dios furioso, feo como un demonio, y todo él y la alambrada que le cierra está lleno de pegotes de papel; porque sus devotos, que son los que les duele algo, acuden a su ídolo para que les cure, y la manera de lograrlo es atinarle con una bolita de papel mascado donde le duele, v. g., ¿le duele al paciente la nariz? Pues salivazo va y salivazo viene con las pelotillas, a ver si le atina en la nariz; y así es que el muñeco está que da grima.»

«Pasado este arco de triunfo subimos por unas escalinatas de piedra, que aquello parece un parque, y sube que te sube, llegamos a una explanada grande, alrededor de la cual hay una manera de escenarios cubiertos, y en el fondo otro que pare-



Catedral católica de Saigón.—Pagoda china en Wilha
Mar interior del Japón

ce más principal. A la izquierda del escenario hay un despacho donde un bonzo o sacristán despacha a los *fieles* lo que necesitan para sus supersticiones. En un braserito suelen arder unos palitos de incienso. Antes de llegar al templo, hay una fuente de agua con sus correspondientes cacharritos para beber, y allí se lavan las manos y beben los infelices para entrar ya en el templo purificados de los pecados. ¡Pobrecitos! Una señora se adelantó con su niño, que tenía vendado un ojo, mientras su marido la miraba de lejos; se fué al bonzo del despacho, luego a una estatua de madera, que es el Buda que se ve por todas partes, que estaba a la derecha del templo, y la pobre madre tocaba primero, con toda devoción, la estatua del monigote y luego la cara del niño, y así varias veces, a ver si lo curaba. Otros se acercan para hablar con los espíritus de sus antepasados. Hay otros escenarios donde se ve enmedio, colgada una cuerda cubierta con telas de colores, y el techo está lleno de recortes de papel y trapitos colgados con hilos, donde residen los espíritus. Se acerca el *vidente* o el *oyente*, tira con toda fe de la cuerda (que por supuesto no suena) y están un ratito o ratazo con los pies juntos y como en oración escuchando no sé qué.»

«La gente de letras va dejando de creer en tales

paparruchas, aunque todos tributan un culto, unos idolátrico y otros entre idolátrico y civil, a las almas de todos sus antepasados, y ésta dicen que es una de las grandes dificultades que tienen para convertirse.»

«Los católicos son unos miles en todo el imperio, que se pierden como gotitas en un mar. Tienen los infieles prevenciones terribles contra los católicos, pues consideran por tradición, a los cristianos de los tiempos de las persecuciones, como a traidores a la patria.»

«¿Pues qué hará falta para romper este hielo? Mucha oración, muchos Apóstoles para el Japón, y muchas limosnas para estos Apóstoles. Cuesta mucho, va despacio, pero cuando se trabaja, con la gracia de Dios, se recoge.»

«El domingo de Pentecostés, asistimos a la misa que cantó el P. Fáber en una iglesita buena, que hace pocos años era una barraca, y parecía una fiesta de los primeros cristianos. La iglesia está a la japonesa, esto es, con el piso cubierto de esteras finas y muy limpio, solo en la parte de la derecha, junto a la pared, hay bancos y reclinatorios para los europeos. Entre éstos estaban los embajadores del Brasil y Bélgica con sus familias, el representante de España, etc. Entran los cristianos japoneses en la iglesia dejando sus sandalias,

Un templo sintoista de Tokyo. Lámparas en donde se hallan los espíritus. Niños saliendo del colegio Hnos. Marcenistas de Tokyo.

y algunos sus botas altas, porque estaba lloviendo, en la puerta de la iglesia, y en el santo suelo tienen reclinatorio, camino y asiento. A la derecha los hombres, a la izquierda las mujeres, y lo mismo al comulgar. Las mujeres, que en la calle van con pelo (no pelonas, que esas majaderías no se estilan por acá, como tampoco la inmodestia en los vestidos), a veces con unos peinados japoneses muy singulares, se cubren en la iglesia con un velo blanco.»

«La misa fué sumamente devota, comulgaron unas ciento veinte personas.»

«Dirigía el coro la hija del Obispo protestante de Tokío, que es muy conocida en la ciudad como artista. Esta joven se presentó un día al párroco de esta Iglesia, que es un ancianito francés de las Misiones Extranjeras de París, y le pidió si podría ella dirigir una misa. Algo sorprendido quedó el buen párroco, pero le dijo que sí. Después de la misa que dirigió preguntó al sacerdote, señalando a las cristianas cantoras: ¿Y no podría yo ser como una de estas?» El le contestó: «Sí quiere, sí, pero con tal que se instruya, porque usted es cristiana a medias». Ahora está instruyéndose como catecúmena, para ingresar en el catolicismo. Este sacerdote ancianito me dijo que llevaba cincuenta años en el Japón sin salir del Imperio, y que cuan-

do vino no había en su parroquia ningún cristiano. Después de la misa los fieles iban a saludar a su párroco, como a su abuelito.»

«De lo bueno, bueno, que hay aquí es sin duda alguna el Colegio de los *Marianistas*. Su Colegio, con el simbólico título de *Estrella de la Mañana*. Título tan tierno, y que al mismo tiempo no asusta a los paganos! Está muy acreditado entre los japoneses. Fundado en 1888, ha dado al Japón hombres muy ilustres; pues tienen embajadores, generales, profesores, ministros, y sobre todo algunas conversiones notables que valen por centenares, como son algunos actuales sacerdotes japoneses, que entraron gentiles en el Colegio; y sobre todo el almirante Yamamoto y su hermano, verdaderos modelos de católicos ejemplares y celosos. Actualmente tienen unos mil seiscientos alumnos, la mayor parte gentiles, y unos cien catecúmenos.»

«Un millón de recuerdos a todos los Padres y Hermanos de esa santa casa. Los otros cuatro saldrán para las islas unos diez o quince días más tarde. El Padre Berganza y el H.° Aguinaco irán a Ponapé, y el H.° Cipriano Martín y el H.° Espuny a Truk, con el señor Obispo. Creo que tendré el consuelo de poder ver al señor Obispo, porque

esta es la primera vez desde que existe nuestra misión, en que hace la visita a todo el Vicariato.»

«En sus S. S. y O. O. y de toda esa fervorosa gente me encomiendo.»

«Suyo en Cristo Jesús.»

Julián de Madariaga, S. J.

CAPITULO IV

EN LA TIERRA DE PROMISIÓN.

Jap 27 de Junio de 1926.

Madre Mercedes Madariaga.

Mi querida hermana:

L MISMO día que acababa de escribir a Presen, recibí tu carta, de tanto corazón como siempre. Empiezo esta hoy por la mañana, y espero... Dios mediante, terminarla en la isla de Jap, donde volverá a recogerla este mismo barco en su regreso al Japón, pues ahora va de Yokahama a Kobe y Mogi, a la isla de Saipán, Jap, Palaos y Célebes, y vuelve por el mismo camino al Japón».

«Ya os dije cómo la víspera de salir de Tokyo

fuí con un jovencito pagano, que hablaba el castellano, a visitar la ciudad. ¡Pobrecito! ¡Con qué respeto se descubría al pasar por delante de sus templos, donde creen que están los espíritus de sus antepasados! A veces se ven en las calles colgados de cuerdas, como las lavanderas cuelgan las ropas, multitud de papelitos; en esos papelitos residen los espíritus, y es señal que en aquel barrio hay una fiesta religiosa».

«Sólo quería deciros de este paseo, como cosa curiosa, que al visitar el parque principal, que es muy hermoso, entre las jaulas y casetas de los leones, elefantes, ciervos, etc, hay varias con pavos comunes, y dos borriquitos, paciendo sin trabajar en su jaula o establo, con su nombre científico de *asinus*, no sé cuantos. Es que no había borricos en el Japón, aunque ahora se van introduciendo».

«Este vapor, el «Thikusen Maru», tiene unas 2.500 toneladas y pertenece a la Nipon Yusen Kaisa, única compañía que recorre las Carolinas, y que tiene otros muchos buques que van a Europa.»

«Llegamos a Kobe el lunes 7 de junio a las tres y media de la mañana. A las nueve bajé a tierra, y en puch-puch (1) fuí a la Iglesia de los Sacerdotes

(1) Carrito tirado por un hombre.

Misioneros de las Misiones Extranjeras de París, donde celebré el lunes y el martes, pues en el barco no puedo celebrar, porque ni tengo altar portátil, ni se pueden encender luces en el camarote por estar prohibido. Además tengo ahora un compañero de camarote, pagano, aunque ya tengo colgado el crucifijo de los votos en la pared, y al fin nos preside Jesucristo. El jueves 10 llegamos a Moji, que está en el primer estrecho del Japón, un poco retrasados por la neblina.»

«A las tres de la tarde desembarqué, y llevando en un cuadernito las señas del misionero católico escritas en japonés, eché a andar camino adelante, y como me había dicho un japonés que a poca distancia vería la Iglesia católica, estuve andando sin ver más que casuchas y alguna que otra pagoda en la falda del monte, hasta que, enseñando mi cuadernito a unos estudiantes japoneses, ellos, con toda cortesía, me hicieron volver atrás, hasta ponerme al pié de una escalinata de piedra que subía entre las casuchas. Subí, ví un mendigo sentado, más allá un arco de esos que señalan la llegada a una pagoda..., pero gracias al Señor, en una de tantas casitas vi una cruz de madera en la fachada y una placa del Sagrado Corazón. Era la casita del P. Misionero: el P. Martín, francés, de las Misiones Extranjeras de París. Hube de

quitarme los zapatos y ponerme unas babuchas para entrar en casa, pues es una casa japonesa. Allí vivía él solo, con la vecindad de una familia cristiana; tan pobre, que no se atreve a poner *reservado* en la capillita, y allí se reunen los cristianos y paganos los domingos; y a veces se va a hacer sus correrías por las provincias.»

«Enterado el Padre de quién yo era, me llevó al otro lado del estrecho Simonoseki, donde hay un misionero alemán jesuíta, el P. Agustín Utsch, que está también solo, y la comida se la prepara una familia cristiana que cuida de la casa. Me dijo que antes los alemanes le enviaban muchas limosnas, pero estos mismos bienhechores están ahora empobrecidos.»

«De esta manera pude celebrar misa el día del Sagrado Corazón de Jesús, en aquella capilla, la cual, y como notable adorno del altar, tenía dos ramos de flores, y sin más auditorio que el ayudante y el P. Agustín.»

«A las doce y media del día partimos del Japón, con una mar preciosa; al otro día, sábado, el viento arreció y tuvimos temporal, sin ver cielo, ni barco alguno, ni tierra, hasta el martes, que amainó y llegamos a la preciosa isla de Futami, que tiene tan sólo una aldeíta y algunas otras casas en una preciosa bahía.»

«A las cinco de la tarde al mar, y otra vez temporal, hasta el viernes, en que el tiempo mejoró, y el sábado, a las cuatro de la mañana, veo la primera de las islas Marianas, que voy a visitar. Son dos islas: Saipán y otra que se ve muy cerca y que apenas está poblada, abundando en el centro en cerdos salvajes.»

«El vapor fondea lejos de Saipán porque la mar es muy poco honda y está llena de rocas, arena y coral, y aun las lanchas y las dos gasolineras tienen que venir haciendo eses para no tropezar. Vinieron a recibirme al vapor el P. Llera y el H. Oroquieta. La torrecita que se ve junto a la costa es la iglesia, que aquí llaman el convento, porque era de los antiguos misioneros agustinos; parece de cal, con unas dieciocho columnas de hierro, el techo de madera como el interior de un caserío viejo, el tejado de planchas de zinc, como casi todas las casas, y el campanario de madera. La casita negra que hay junto a la torre es la casa del gobernador japonés.»

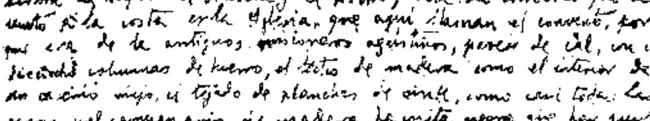
«En la puerta de la residencia me esperaba el Padre La Fuente, y luego saludé al H. Unamuno, y al señor Obispo, el Vicario Apostólico de las islas, que providencialmente está haciendo la visita de la misión, y voy con él embarcado hasta Jap. Así he tenido el consuelo de poder celebrar

los españoles, lo que se sacaba de la caza de toros salvages en esta isla se destinaba al sostenimiento de la leprosería de la isla de Guam.

El vapor fondea lejos de Saipan porque la mar es muy poco honda y está llena de rocas, arena y coral, y aun las lanchas y las dos gasolineras tienen que venir haciendo eses para no tropezar. Vinieron a recibirme al vapor el P. Vera y el H. Oroquieta. La torrecita que se ve junto a la costa es la Iglesia, que aquí llaman el convento, porque era de los antiguos misioneros agustinos, paredes de cal, con unas sencillas columnas de hierro, el techo de madera como el interior de un edificio viejo, el tejado de planchas de zinc, como casi todas las casas, y el campanario de madera. La casita negra que hay junto a la torre es la casa del gobernador japonés.

En la puerta de la residencia esperaba el P. Lafuente, y luego saludé al H. Uranguno, y al Sr. Obispo, el Vicario Apostólico de las islas, que providencialmente está haciendo la visita de la misión, y voy con él embarcado hasta Yap. Así he tenido el consuelo de poder celebrar misa, hoy día de S. Luis Gonzaga en el camarote, ayudándole yo primero al Sr. Obispo, y luego él a mí, los dos solitos, y sin luces, porque aquí no se puede encender nada porque está prohibido en el barco, ya ves qué de privilegios tenemos los misioneros para viajar. Los necesitamos. Así que ya tendré el consuelo de poder celebrar todos los días.

Con un viage precioso llegamos la Víspera de S. Juan Bautista a vista de la isla de Yap



La isla está rodeada de bajos de coral donde rompen las olas y el vapor entra por un paso o canal y ancla enfrente de la colonia. La casita que se ve mas alta es nuestra residencia. En la lancha del alcalde, que es un buen chamorro, y tripulada por sus hijos e indios carolinos, vinieron a recibirnos el P. Pellicer, que es el Superior de toda la mision, y el H. Hernandez, los dos únicos misioneros de estas islas.

Los chamorros son todos cristianos viejos, todos bien vestidos, hablan una lengua que tiene muchas palabras castellanas, están esparcidos por casi todas estas islas occidentales, y son como la levadura de todas estas cristiandades. Los carolinos son de color bronceado, buenos tipos, muchos de ellos paganos, y en cada isla tienen su lengua especial. Estos de Yap han sido los mas reacios a la civilizacion. Los hombres van todos desnudos con un simplicísimo taparrabos, y las muge-

misa hoy, día de San Luis Gonzaga, en el camarote, ayudándole yo primero al señor Obispo, y luego él a mí, los dos solitos, y sin luces, porque aquí no se puede enceder nada, porque está prohibido en el barco. ¡Ya ves qué de privilegios tenemos los misioneros para celebrar, y de todo necesitamos! Así que ya tendré el consuelo de poder celebrar todos los días.»

«Con un viaje precioso llegamos la víspera de San Juan Bautista a vista de la isla de Jap.»

«La isla está rodeada de bajos de coral, donde rompen las olas y el vapor entra por un paso o canal y fondea enfrente de la Colonia. La casita que se ve más alta es nuestra residencia. En la lancha del alcalde, que es un buen chamorro, y tripulada por sus hijos e indios carolinos, venían a recibirnos el P. Pons, que es el Superior de toda la misión, y el H. Hernández, los dos únicos misioneros de estas islas.»

«Los chamorros son todos cristianos viejos. Van todos bien vestidos, hablan una lengua que tiene muchas palabras castellanas, están extendidos por casi todas estas islas occidentales, y son como la levadura de todas estas cristiandades. Los carolinos son de color bronceado, buenos tipos, muchos de ellos paganos, en cada isla tienen su lengua especial. Estos de Jap han sido los más

reacios a la civilización. Los hombres van todos desnudos, con un simplicísimo taparrabos; y las mujeres sólo usan una falda hasta los tobillos, especie de meriñaque de flecos de hojas secas; así van aún los cristianos; y aún no ha habido medio de hacerlos vestir. Verdad es que son sencillos como niños. Todo lo hará el Señor a su tiempo.»

«En el muelle nos esperaban un grupo de cristianos, pues era día de labor, y al acercarnos entonaron cánticos religiosos, y después de saludarnos, subimos todos la cuesta con un sol de fuego, y en el sótano de la residencia, que hace de capilla, les habló el P. Obispo, por medio de intérprete, diciéndoles que fuesen fieles a la gracia y que esperaba la conversión de la isla; porque al que estorba las conversiones le quita Dios de enmedio, como lo ha hecho hace poco con dos jefes carolinos. Además les recordó las palabras de un gran jefe suyo, que poco antes de morir y en una reunión de centenares de gentiles, les dijo: «Por estas canas que van a bajar al sepulcro, yo os aseguro que, de todas las religiones que han venido a la isla, sólo la católica es la verdadera». Este jefe murió católico y cuando empezaba a construir un nuevo palacio que le hubiese costado unos 40 yens (2'50 pesetas a la par), que para éstos es una

millonada; pues decía que no quería habitar en el palacio antiguo, porque allí se habían cometido muchas abominaciones y brujerías y supersticiones. Todo quedó sin hacer por su muerte y por el ciclón del pasado diciembre. Después de hablar el señor Obispo, me presentó a los cristianos y les dije algunas palabras, saludándolos.»

«A la una de la tarde volvimos al barco, y a eso de las cuatro levaba anclas el vapor, llevándosenos al Prelado, y a poco quedaban la bahía y el mar desiertos, y nosotros en nuestra soledad. Tuvimos la consoladora providencia, de que precisamente el primer día entero que pasaba en la isla, era el santo del P. Pons, Juan Bautista.»

«El día de San Juan Bautista celebró el P. Superior la misa solemne de *uno solo*, cantando muy bien los cristianos toda la misa, por supuesto sin armonium, pues este está hecho pedazos y dispersos sus restos por el campo. Después de la misa, y en honor del P. Juan, cantaron en carolino la marcha de San Ignacio.»

«Como a cada paso, hablando de esta isla, hay que hacer mención del 15 de Diciemdre, voy a contaros lo que sepa.»

«Ese día tuvo una mañana como desazonada y rara. De vez en cuando rachas de viento fuerte que luego calmaban. Más abajo de nuestra residencia

hay una casita de la misión donde hay un pequeño observatorio meteorológico; el dependiente del observatorio nos avisó que estábamos en el centro de un ciclón. Desde medio día, el viento bramaba tan furiosamente que era imponente sólo el oirlo. Tronchó todo el platanar, que antes tapaba la vista del canal, tumbó muchos cocoteros, desparramó los frutos, de manera que la cosecha de cocos de este año está perdida. Las chozas de los indios y las casas todas de la Colonia, aún la del gobernador, que está detrás de nuestra casa, destruídas; sólo quedaron en pie algunas casas construídas por los alemanes en previsión de estos cataclismos, que son de armazón de hierro y de cemento; por eso resistió nuestra casa, menos el techo de zinc; las planchas volaron por los aires como hojas de papel.»

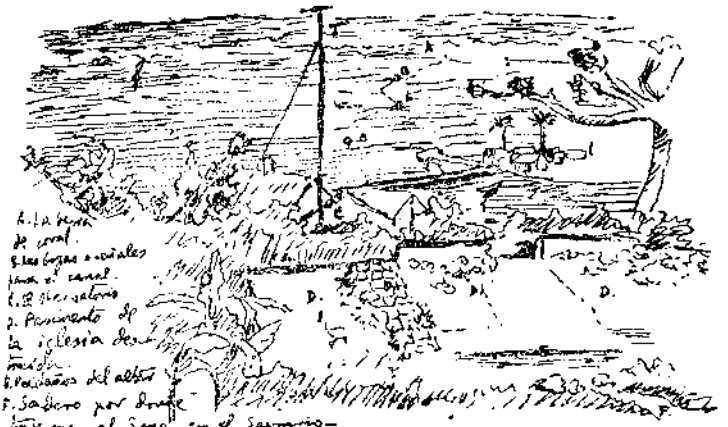
«A unos veinte metros de la residencia estaba la Iglesia, todos decían que resistiría al ciclón, porque eran sus paredes de cal muy gruesas. Pero cuando vieron volar por el aire el techo de la Iglesia, quiso el P. Superior ir a sacar el Santísimo, pero no le dejaron, y fueron dos carolinos fuertes, Juanito y el catequista, y trajeron el Sagrario con mucha dificultad, pues tres veces les tumbó el viento a los dos abrazados al Sagrario. Ahora está su Divina Majestad, en aquel pobrecito Sa-

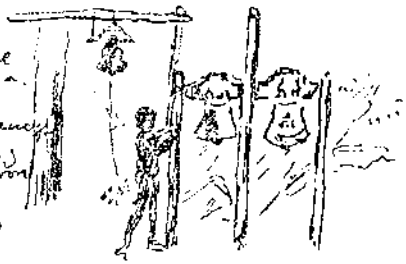
grario estropeado, en un cuartito pequeño junto al sótano que hace de Iglesia, alumbrado con una lata con cera».

«Poco después de sacar el Santísimo, la Iglesia entera se desplomó estropeando las imágenes, destrozando el altar y el armonium, y quedando enterradas las campanas bajo un montón de escombros. El observador trasladó su observatorio a nuestra casa. Muchos vinieron con el ajuar de su casa a refugiarse en el sótano de nuestra residencia, donde llegaba más amortiguado el ruido del ciclón, y allí estuvieron toda la tarde y toda la noche rezando y cantando himnos religiosos».

«De la Iglesia no quedó más que el piso de cemento y las gradas del Altar. Se conservan algunas imágenes estropeadas y rotas. Estaba dedicada a la Inmaculada».

«Por ahora dejo de escribiros, hasta el siguiente correo, y tengo que darme de lleno a aprender la lengua de estos isleños. Sólo algunos cristianos ancianos que alcanzaron el tiempo de los españoles, y algunos otros pocos, entienden el castellano; entre ellos uno de los pricipales jefes, que se llama Froilan, que me presentaron hoy domingo, es un viejecito muy amable y lo tienen que traer en hombros, y vino hoy desde unas dos horas de camino. Algunos de estos pobrecitos vienen aun de





en alguna otra parte de la isla

Dejad esta carta, si os parece al P. Basterra, para que se la lea a su buena tropa, y que le ponga los paréntesis que quiera.

No vendrían mal para Navidad algunos tacos del Calendario del Sagrado Corazón, pues suelen pedirlos los cristianos.

Rogad por mí, y por estos pobrecitos

Vuestro hermano e hijo que nunca os olvida

Julián S. [illegible]

lugares distantes dos o tres horas de camino por los montes, y muchos y muchas vienen la víspera, duermen en una casita y por la mañana tempranito confiesan y comulgan.»

«Son muchos los niños que vienen todos los días a la escuela japonesa de dos horas de camino, y luego vienen a la misión, y se vuelven a medio día a sus chozas.»

«El H. Hernández, que es aquí el cocinero, despensero, sacristán y la madre del misionero, me dice que os dé recuerdos de su parte.»

«Nos alumbramos con lámparas de petróleo o velas, comemos todos los días conservas; y algún que otro plato, que no lo es, como habichuelas del Japón, y pan, que nos lo hace una buena familia cristiana con la harina que le damos. En vez de vino agua de lluvia, pues por aquí no hay manantiales si no es lejos, en alguna otra parte de la isla, y esa es mala.»

«Dejad esta carta si os parece al P. Basterra, para que se la lea a su buena tropa, y que le ponga los paréntesis que quiera.» «No vendrían mal para Navidad algunos tacos del calendario del Sagrado Corazón, pues suelen pedirlos los cristianos.»

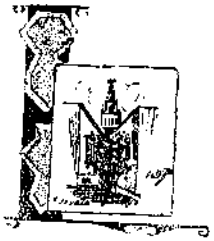
«Rogad por mí y por estos pobrecitos.»

Vuestro hermano e hijo que nunca os olvida.

Julián, S. J.

CAPÍTULO V

JUICIOS DE DIOS.



A ENTRADA del P. Julián en la misión no pudo estar más llena de esperanzas. El Ilustrísimo Vicario Apostólico, P. Santiago López de Rego, creyó haber dado con el hombre providencial que enviar a la isla de Jap, al sondear los interiores del novel misionero. Era, en efecto, un sujeto adornado con todas las cualidades necesarias para el apostolado. Virtud acrisolada, voluntad firme, genio emprendedor, corazón ardiente, flexibilidad de carácter dentro de una prudente intransigencia, poeta, músico, dibujante, marino de profesión, conocedor de varias lenguas vivas, en una palabra, un hombre de talla y cabal en todos sentidos. Por ésto el Ilustrísimo Vicario, al diri-

girse al R. P. Provincial de Andalucía, que ese año enviaba diez misioneros, para darle las gracias por tan gran refuerzo y tan oportuno, se fija de modo

Último dibujo del P. Madariaga, hecho en un momento, a petición del Iltmo. P. Rego (1).

especial en el Padre Madariaga, y pone de manifiesto el gran concepto que de él formara desde el primer momento, y se solaza en el fruto que sin

(1) Episodio referido en la vida de San Francisco de Jerónimo: «A Catalina, mujer de mal vivir, muerta repentinamente, le pregunta el santo: «*Catalina, ¿dónde estás?*» Ella incorporándose: «*¡En el infierno!*»; y cae de nuevo en el ataúd.»

duda debe, en breve plazo, cosechar el nuevo paladín de la gloria de Dios.

Mas, ¡ay dolor! Veloces corrían las cartas de los superiores de la Misión hacia Europa llenas de floridas esperanzas, pero más veloz corrió en alas de las ondas hertzianas el radiocable fatídico que portador de lúgubre mensaje, decía así:

«Jap-9-Julio. Jesuitas. Sevilla. Fallecido Madariaga. Pons.»

¿Será verdad?, ¿es sueño? ¡Bendigamos al Señor en su divina providencia! Llegó, pues, el correo, de todos esperado con verdadera ansia, que debía traer las circunstancias y pormenores del fatal desenlace.

JHS

«Jap, 12 de Julio de 1926.»

«A toda la familia de nuestro inolvidable Padre Julián de Madariaga.»

«Apreciables señores: Triste es tener que recibir noticias tan dolorosas como las de esta carta; si bien nuestra santa fe nos dará alientos para recibirlas con méritos; y la inolvidable muerte de nuestro querido P. Julián, consuela con la esperanza segura de su dicha eterna, que es lo único

que él deseaba y lo mejor que podemos desear cuantos le amábamos de veras.»

«Lo que más siento es que sin duda les llegó a V. V. la nueva de su fallecimiento, seca, imprevista, como un rayo. Que de haber sabido lo que les diré a V. V. ahora, hubieran tenido V. V. algún lenitivo en el dolor. No se pudo comunicar de otra manera dadas las enormes distancias y la escasez de recursos. Esta misma carta tardará muchos días en poder salir.»

«Llegó acá nuestro bondadoso P. Julián el 23 de Junio próximo pasado. Su piedad, indicio seguro de familia catolicísima; su sinceridad; su delicadeza en el trato; sus grandes alientos para ganar al Corazón divino muchas almas; y hasta sus habilidades en pintura y música hicieron que descansara yo en él y creyera haber venido el misionero para este Jap de tantas esperanzas. Ya iba yo planeando la visita de otras cristiandades y residencias que me urgían. Hubiera quedado el Padre Julián con el H.° Hernández, ya antiguo en esta isla.»

«Pero fué Providencia de Dios que no me fuese. Estuvo el Padre algo indispuesto el 29: llamamos al médico y dijo era cosa intestinal, conocida acá y de cura no difícil. No fueron en un principio tan eficaces las medicinas; pero el 7 y el 8 de Julio

hubo franca mejoría. Comulgaba el buen P. Julián todas las mañanas; teníamos breves conferencias sobre Jap y su conversión y planes de apostolado. No sentía el Padre gran molestia, si no es alguna en estar en la cama y la imaginación muy exaltada.»

«Llegó el 9 de Julio. Comulgó el Padre de rodillas en la cama devotísimamente. Vino el médico a las ocho de la mañana, como todos los días y lo halló mejor; prescribió las medicinas, la ración de leche, huevos y arroz como solía y se volvió. Como a las dos horas notamos que el Padre deliraba y salía de la cama. Avisamos al médico; vino luego a oscultar al enfermo, dijo que se había complicado peligrosamente con el corazón; que aplicaría todos los remedios, aun los extremos. Y bien que trabajó el buen médico japonés con sus tres enfermeros; pero se fué viendo que todo era inútil y empezó nuestro dolor.»

«Avisé del peligro poco a poco a nuestro querido enfermo, si bien no hacían falta prevenciones para su alma tan de Dios. Sin inmutarse en lo más mínimo, comenzó a rezar lentamente saboreándose las oraciones del Ritual y varias otras: *Alma de Cristo, santificame... Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía;* etc. Pidió la Extrema Unción y la recibió siguiendo

las oraciones todas. Repitió mucho y con gran fervor en latín: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum;* y a Dios se lo entregó luego plácidamente y sin señales algunas de agonía. Era viernes y las tres y tres cuartos de la tarde.»

R. I. P.

«Los fieles se reunieron luego a rezar por nuestro llorado Padre y acudieron en buen número el día 10 a la Misa de *Requiem* y Comunión. Durante todo el día estuvieron visitando el cadaver y orando ante él. El entierro fué a las cuatro de la tarde. El gobernador japonés, a quien habíamos visitado pocos días antes el P. Julián y yo, manifestó gran sentimiento. Asistió al entierro con otros varios japoneses notables; habló del Padre a los concurrentes en un breve discurso y envió dos grandes coronas de flores ya que no podía manifestar de otro modo su pesar.»

«El buen P. Julián desde la gloria nos protegerá sin duda a todos y aliviará nuestro gran sentimiento; es cierto, caso triste, pero ¡tan rodeado de circunstancias muy consoladoras! ¡Bienaventurados (y para siempre) los que mueren en el Señor! No deseo para mí otra muerte que la de mi buen P. Julián. Él me la alcance como se la pido.»

«He enviado varios objetos y escritos de nuestro queridísimo P. Julián al R. P. Provincial de Andalucía con encargo de que les remita a V. V. lo que haya de serles más agradable. Incluiré en ésta algunos retratos que hallé entre los objetos del buen Padre. Quedo de V. V. afectísimo en el Señor.—*Juan Pons, S. J.*»

«Jap. 11 de julio de 1926.»

«R. P. Antonio Revuelto.»

(Sevilla.)

P. X.

«Reverendo en Cristo P. Provincial: Ayer enterramos a nuestro llorado P. Julián de Madariaga; y quiero poner luego a V. R. algunos datos edificantes de su breve estancia entre nosotros, aunque ha de tardar bastante esta carta en poder salir.»

«Llegó el buen P. Madariaga acá el 23 de Junio, es decir, hace 18 días; vino de Saipán con el Ilustrísimo P. Rego, que pasaba para Palaos. Fuése el Ilmo. Obispo a las pocas horas; y empezamos a disfrutar del carácter pacífico y sincero del Padre Madariaga, destinado, a lo que creíamos, a trabajar aquí largos años, cuando en realidad no había de estar sino de paso para la gloria.»

«Al día siguiente de su llegada acá, estando los dos en recreo, después de comer, me dijo de

pronto que sentía molestia en el vientre y que sería por algún enfriamiento en los cambios bruscos de temperatura, cosa aquí tan frecuente, pues en un momento pasamos del sol abrasador a la lluvia tenaz y desapacible, Añadió que ya ahí en Andalucía le solía suceder esto con las alteraciones atmosféricas. Fuese a echar en cama algo abrigado, y a media tarde estaba ya sin malestar alguno. Emprendió el estudio de la lengua; teníamos los dos conferencias sobre el apostolado en Jap; le llevé a visitar a un enfermo cercano; habló a los fieles, el domingo 27, por intérprete. Todos estamos tan contentos con él, cuando el 28 sintió de nuevo alguna molestia intestinal El 29 se sintió peor y dijo que en otras ocasiones le había ido muy bien el no tomar nada, y se pasó un día entero sin comer. Indicó deseos de continuar la abstinencia; pero le dijimos que era remedio sospechoso y que haríamos venir al médico. El 30 aún pudo celebrar la Santa Misa.»

«Vino el médico, y con gran cuidado examinó y auscultó al enfermo. Dijo que se reducía a una descomposición intestinal, conocida aquí, y que esperaba curarla en pocos días. No dieron las medicinas resultado tan pronto; pero el 7 y el 8 de Julio se notó franca mejoría. Con todo, se venía quejando el P. de gran debilidad de cabeza; del

mucho trabajo y pesado de la imaginación; y alguna vez rara, decía alguna incoherencia. Además sentía gran molestia en estar en cama, cosa que el médico ordenaba en absoluto.»

«Llegó el 9 de Julio, día fatal, o mejor, dichoso para el P. Madariaga; para nosotros, tristísimo. Comulgó el buen P. de rodillas, en la cama, devotísimamente, como todos los días anteriores. Vino el médico a las ocho de la mañana, como solía, y declaró que iba muy bien el curso de la mejoría en la enfermedad intestinal. Le recordé la gran debilidad de cabeza del P. y contestó: luego que desaparezca por completo lo del intestino atenderemos a lo demás, que es cosa fácil; siga alimentándose con leche y huevos como hasta ahora. Recomendó al enfermo gran reposo.»

«Fuése el médico, y al poco rato notó el Hermano Hernández que el Padre deliraba, y que sin duda salía de la cama, cosa peligrosa, pero en parte inevitable. Resolvimos que el H. Hernández o yo estaríamos siempre con el Padre para ayudarle y hasta para evitarle desvanecimientos que le asomaban: luego llamamos al médico; vino a las once y media de la mañana y, tras breve auscultación del enfermo, declaró que el corazón se había complicado y que el caso era serio, y pidió permiso para emplear todos los remedios aún

extremos. Le dijimos que en sus manos quedaba todo.»

«Como se acentuase el peligro, se lo comuniqué a nuestro querido enfermo. No se inmutó en lo más mínimo; y empezó a repetir con gran suavidad y pausa las jaculatorias y actos de virtud que yo le iba sugiriendo. De pronto me dijo: «Padre, la Santa Unción»; y la recibió con gran fervor, contestando a todo. Fué acelerándose el mal, a pesar de los esfuerzos del médico y de los tres enfermeros; pero no se alteró nunca la placidez y gusto con que el buen Padre iba saboreando y repitiendo las oraciones del Ritual, hasta poco antes de expirar, en que le dije que las recitase con el corazón para evitar el cansancio de las palabras.»

«Como media hora antes de morir tuvo excitación notable, por efecto sin duda de las continuadas inyecciones y de la gran fiebre que le devoraba. Luego volvió a su reposo, y en él, sin dar señal de muerte, entregó plácidamente el alma al Criador. Era viernes y las tres y tres cuartos de la tarde. Había repetido muchas veces y con singular afecto: «*Pater in manus tuas commendo spiritum meum.*» Esperamos que desde el Cielo nos alcanzará una muerte preciosa, como la suya, a los ojos del Señor. Me dijo antes de morir que no

se olvidaría en la Gloria de esta isla y de su evangelización. Gran consuelo y esperanza.»

«Los fieles se juntaron luego a rezar por su alma y al día siguiente, ayer, asistieron en buen número a la Misa de *Requiem*, Comunión y responsos. Durante todo el día acudieron a rezar ante el cadáver; algunos largo rato. Por la tarde fué el entierro, al que asistió mucha gente, a pesar de las distancias y del mal tiempo. Vino también el gobernador japonés con algunos notables, y mostró gran sentimiento por la muerte del Padre y habló a los concurrentes en un breve discurso. Envió además dos grandes coronas de flores con dedicatoria, habiendo antes indicado que temía fuese cosa impropia para un misionero; pero que no hallaba otra manera de expresar su dolor.»

«También el gobernador general de todas las Islas envió, desde Palaos, donde reside, su telegrama de pésame.»

«Al H. Hernández y a mí nos ha dejado con grande impresión lo repentino del caso; pero sobre todo la virtud y conformidad de nuestro buen P. Madariaga con la voluntad de Dios. ¡Venía él con tantos deseos de trabajar y convertir almas al Sagrado Corazón! Pero luego de conocer los designios de Dios, que ordenaba su muerte, se sometió tan de todo corazón y como

sin costarle esfuerzo alguno, que daba envidia. Indicio claro de un alma siempre rendida al querer divino. Durante toda su enfermedad mostró gran sujeción a cuanto el médico ordenaba, que las más veces era lo contrario a su gusto. Una vez había el Padre propuesto lo que se le ocurría y oído la respuesta negativa, ya no hablaba más de ello.»

«Pondré en un cajoncito varios objetos, escritos, etc., pertenecientes al buen Padre. Tal vez el crucifijo, rosario y algo más, serían muy del agrado de su familia. A ésta escribo para aliviarles en su dolor.»

«De V. R. aftmo. siervo en Cristo.»

Juan Pons, S. J.

CAPITULO VI

LA APOTEOSIS

Ha sido el R. P. Julián de Madariaga el primero de los Misioneros de la Compañía que, en esta nueva era de la evangelización de las islas Carolinas por los Padres Jesuítas Andaluces, ha subido al cielo. Sin duda que la Divina Providencia lo ha trasladado a las regiones de la Gloria como primicias del nuevo apostolado, y como prenuncio de futuros triunfos para aquéllos de sus hermanos que han de sucederle en el combate. Esta es la persuasión general de todos los misioneros, y el Ilustrísimo Vicario Apostólico, el R. P. Santiago López de Rego, haciéndose intérprete de todos sus súbditos, en

un arranque de fervor, describe así la *presunta* entrada del P. Madariaga en el goce de Dios, en una carta dirigida al R. P. Provincial de la Provincia Bética de la Compañía de Jesús: «La preciosa muerte del P. Madariaga ha despertado entusiasmo al ver que desde las Carolinas se va al Cielo, y quizás derecho. La entrada en la Gloria fué triunfal: salió San Ignacio y San Francisco Javier con los mártires de Carolinas; y Santa Teresita, se puso entre ellos. No le asediaron a preguntas, pero sí le llenaron de plácemes, le enseñaron los tronos reservados a los yapenses que se han de salvar por su sacrificio.»

«Allí estaría el último reyezuelo de Jap, católico que exhortó a los suyos a abrazar la Religión Católica. Y al oído le dijeron quiénes son los jesuítas vivientes que vendrían a las Carolinas, y le concedieron pedir por alguno que mucho lo desee. Animo, pues, y a pedir al nuevo intercesor.»

† *Santiago L. de Rego, S. J.*

«Jap, 20 de septiembre de 1927.»

«Sr. D. Cesáreo de Madariaga.»

Bilbao.

«Apreciado don Cesáreo. Tardó mucho en llegarme la muy grata de Vd., y algo he tardado yo

también en contestarla a causa de mis viajes largos, y no muy cómodos, que digamos. Dispense usted la tardanza.»

«He vuelto, tras largos meses, a mi Jap de tan gratos recuerdos enturbiados sólo por la muerte de nuestro querido Julián (q. e. p. d.). No llegó el buen Padre a tratar ni siquiera diez días a los naturales, y ya les había ganado el corazón con su porte fino y tan edificante. En el aniversario de su muerte quisieron tener una misa solemne de *Requiem*, y la cantaron, sin duda, no muy acordada, pero gratísima a los oídos de Dios que gusta de intenciones rectas más que de voces concertadas. Esto prueba que las manifestaciones de dolor que dieron en su muerte eran sinceras y profundas.»

«Prometióme el buen P. Julián interceder por estos naturales desde el cielo; y cierto que lo está haciendo muy a gloria de Dios. Está ahora aquí de misionero un padre colombiano y no acaba de maravillarse del fruto que se va recogiendo.»

«Pidan a Dios Nuestro Señor que dé constancia a los ya convertidos, pues son grandes los peligros entre tanto pagano de sus mismas familias. Hay gente buenísima y hasta de sacrificio; pero el resistir largo tiempo y a tanta seducción, es cosa heroica, y lo heroico es cosa rara.»

«Mucho le agradeceré a V. que comunique esta mi carta a toda su respetable familia, en cuyas oraciones se encomienda su afectísimo siervo en Cristo.»

Juan Pons, S. J.

CONCLUSION

Amado lector que has tenido paciencia para acabar con la última hoja de este libro, reflexiona un poco sobre lo que has leído, y no desprecies las inspiraciones que el Cielo te sugiera al recordar, como en síntesis la historia de nuestro héroe.

Joven, hijo de cristianísima familia, de nobles sentimientos y de corazón generoso, alimenta desde muy niño su alma con la lectura de aventuras novelescas, en especial las de Robinsón Crusoé. Estas lecturas le avasallan, y yendo en pos del ideal fantástico en esas páginas reflejado, ideal que se le desvanece cuando cree tenerlo más al alcance de sus manos, se halla al borde de un precipicio en el crítico momento de la elección de estado, cuando se entesta en ser marino explorador. Gotas de acíbar vertidas por la experiencia, truecan en amargura los goces primeros. Los días felices de su niñez, en los que su piadosa madre

le consagran a la Virgen en el Carmelo, le convidan, a guisa de ténue faro en el horizonte, a enderezar su rumbo hacia el regazo de la Madre de las Misericordias. El contacto con jóvenes piadosos de su edad, le ofrecen ocasión para deliberar más sosegada y concienzudamente sobre su vocación; y una luz potente, más que la del sol, y un impulso irresistible, le marcan el camino del porvenir y cómo le obligan a seguirle.

El jóven ha hallado su verdadero destino; ha correspondido a la gracia de Dios; ha emprendido y llevado una vida santa, ha subido al altar del sacrificio, y se ha inmolado, con heroísmo de gigante, en bien de sus semejantes, yendo a sepultarse en los abismos del Océano Pacífico. Dios ha aceptado la oblación, y en el momento mismo en que ofrecía las primicias del cáliz de su apostolado, segado en flor, ha sido arrebatado de la tierra y llevado al cielo para ser coronado con la inmarcesible palma del martirio incruento.

Lector amado, si eres persona religiosa, alaba en los escondidos caminos por donde la Divina Providencia condujo a nuestro Julián, los ocultos senderos por donde te trajo a tí al seno de la religión, y como Julián permanece firme clavado en la Cruz, hasta que el Señor se digne visitarte para conducirte al puerto de la eternidad feliz.

Si eres padre de familia no desperdicies la ocasión que te ofrece el joven Madariaga para enseñarte a estudiar el corazón de tus hijitos y para marcarte la conducta que debes seguir en los críticos y solemnes momentos en que tus hijos hayan de elegir estado.

Si eres joven, aprende en el joven, el cuidado que debes seguir en la selección de las lecturas que han de nutrir tu inteligencia, aviva el ojo cuando hayas de escoger un amigo en quien depositar tu corazón, asegura tu porvenir con una madura y concienzuda elección de estado y, sobre todo, consagra tu cuerpo, tu alma, tus facultades, todo tu ser al Señor de cielos y tierra por medio de nuestra soberana Reina y Madre la Bienaventurada Virgen María, para que te muestre, como a Julián, el Norte de la verdadera grandeza y para que endereze todos los días de tu existencia a procurar en todo lugar y tiempo y por todos los medios la Mayor Gloria de Dios.

FIESTA DE LA APARICIÓN DE LA VIRGEN
DE GUADALUPE.
1927.

APÉNDICE

NOTAS.

1.ª Las islas Marianas y Carolinas, casi desde su anexión a España, fueron evangelizadas por los PP. de la Compañía de Jesús, hasta que, desterrada la Compañía de los dominios del rey don Carlos III, pasó a manos de otros religiosos.

Transcurridos 150 años ha querido la Divina Providencia llamar de nuevo, para evangelizar aquella islas, a los antiguos operarios, los cuales desembarcaron en ellas el año de 1921, poco después de terminada la llamada gran guerra.

En el año de 1926, y por el mes de marzo, salió de España una expedición misionera, uno de cuyos miembros era el P. Julián de Madariaga.

2.ª Cumple dar las más expresivas gracias a la familia Madariaga por los materiales que han suministrado; a los jóvenes antiguos discípulos del P. Madariaga por las noticias que han comple-

tado, y al joven artista don Fernando Gracián, que como antiguo discípulo del P. Julián, ha querido disponer para la imprenta las iniciales de los doce primeros capítulos con los dibujos que nos legó, hechos de sus manos, el difunto misionero, y completar con dibujos propios los capítulos restantes.

3.ª Los dibujos a lápiz o pluma, y los encabezamientos de los doce capítulos primeros, símbolos sevillanos de los doce meses del año, son del P. Julián de Madariaga. Las fotografías de países orientales fueron tomadas por el autor en sus viajes por aquellos hermosos parajes.

FE DE ERRATAS

Pág. 140.—Después del título TERCERA PARTE añádase: EL MISIONERO.

ÍNDICE DE LÁMINAS

	Págs.
I.—P. Julián de Madariaga, en 1926 . .	5
II.—Julián a los nueve años	13
III y IV.—Campo Volantín (Bilbao)	16
V.—Julián a los doce años.	20
VI.—Soldado (dibujo Madariaga) . . .	23
VII.—Julián en Liverpool.	29
VIII.—Nostramo	34
IX.—Salida de Galveston	64
X.—La Santísima Virgen de Begoña . .	70
XI.—Santuario de Begoña	90
XII.—Arenal de Bilbao	90
XIII.—Colegio de Granada y vega de Granada.	98
XIV.—Grupo de jóvenes jesuítas en Granada.	103
XV.—Colegio de San Ignacio (Sarriá) . .	103
XVI.—Colegio Ntra. Sra. del Recuerdo y camarillas. Madrid (Chamartín) . .	113

Págs.

XVII.—El P. Madariaga en el día de sus últimos votos 120
XVIII.—Academia: fundación y desarrollo . 122
XIX.—Fases de la Academia 126
XX.—Compañeros de viaje del P. Madariaga. 141
XXI.—Port-Said; Djibuti; Aden. 142
XXII.—Catedral; Colegio, y calle de Colombo (Ceylán) 144
XXIII.—Singapour: entrada al puerto y calle Victoria. 146
XXIV.—El P. Madariaga con sus niños. . . 148
XXV.—Bahía; Funicular, y calle de Hong-Kong. 152
XXVI.—Catedral de Saigón. — Pagoda de Wuhu.—Mar interior del Japón . . 154
XXVII.—Un templo sintoísta de Tokyo.—Lámparas animíferas.—Colegio de Hermanos Marianistas 156

ÍNDICE DE MATERIAS

Págs.

INTRODUCCIÓN 5

PRIMERA PARTE.

NUEVO ROBINSÓN CRUSOÉ O EL JOVEN JULIÁN DE MADARIAGA.

CAP. I.—El despertar a la vida 11
» II.—Los primeros vuelos 18
» III.—Preludios de borrasca 26
» IV.—El triunfo. 31
» V.—En pleno goce 39
» VI.—Las primeras gotas de acíbar. . . 46
» VII.—El piloto desorientado 51
» VIII.—Desesperada lucha 60

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE DE DIOS O EL P. JULIÁN DE MADARIAGA.

CAP. I.—El destierro 68
» II.—La metamorfosis 78
» III.—El bautismo de sangre 84
» IV.—El religioso 94

Págs.

CAP. V.—El pedagogo 111
» VI.—La vocación de misionero 129

TERCERA PARTE

EL MISIONERO.

CAP. I.—A bordo de D'Artagnan. 140
» II.—Remembranzas. 147
» III.—En el Japón 151
» IV.—En la tierra de Promisión 160
» V.—Juicios de Dios. 173
» VI.—La Apoteosis 185
CONCLUSIÓN 189

APÉNDICE

NOTA 1.ª 193
» 2.ª 193
» 3.ª 194
Fe de erratas 194
Indice de láminas 195

A. M. D. G.